# APOLOGÍA DEL PONTIFICADO

## HOMENAJE Á S. S. LEÓN XIII

CON OCASIÓN

## DE SU JUBILEO PONTIFICIO

POR

El Exmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Montevideo

SUMARIO. — 1 Introducción. — 2 Reflexiones generales sobre el Pontificado. — 3 Institución y supremacía del Papado. — 4 Los Papas constituyen la mayor grandeza de la historia. — 5 Los Papas como Jefes de la Iglesia. — 6 Los Papas como Príncipes temporales. — 7 El Poder temporal de los Papas. — 8 Los Papas como personas particulares. — 9 Los Papas y los pueblos. — 10 El pontificado y el jubileo de León XIII. — Apéndices.

MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA URUGUAYA DE MARCOS MARTÍNEZ

Calle Buenos Aires 155, Esquina Misiones

1902

# APOLOGÍA DEL PONTIFICADO

## HOMENAJE Á S. S. LEÓN XIII

CON OCASIÓN

## DE SU JUBILEO PONTIFICIO

POR

El Exmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Montevideo

SUMARIO.—1 Introducción.—2 Reflexiones generales sobre el Pontificado.—3 Institución y supremacía del Papado.—4 Los Papas constituyen la mayor grandeza de la historia.—5 Los Papas como Jefes de la Iglesia.—6 Los Papas como Príncipes temporales.—7 El Poder temporal de los Papas.—8 Los Papas como personas particulares.—9 Los Papas y los pueblos.—10 El pontificado y el jubileo de León XIII.—Apéndices.

MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA URUGUAYA DE MARCOS MARTÍNEZ
CALLE BUENOS AIRES 155, ESQUINA MISIONES
1902



LEÓN XIII

# Apología del Pontificado

## INTRODUCCIÓN

« *El Papado es imperecedero* ». Macaulay, historiador protestante.

Sí; el Papado es imperecedero! Fué grande y respetado antes que estuviesen formadas las nacionalidades modernas, y lo será aún cuando estas desaparezcan en la evolución de los tiempos.

Y ¿qué responderemos á los que profetizan su próxima ruina?

« No vemos aparecer signo alguno, dice el citado historiador, que anuncie que se acerca el fin de su larga dominación. Ha visto nacer á todos los gobiernos y á todas las comuniones eclesiásticas, y no nos atreveríamos á afirmar que no esté destinado á verlas morir. »

Ahora bien, este Papado imperecedero ¿qué papel ha desempeñado y desempeña en el mundo actual y desempeñará en el porvenir? Para responder á esta pregunta de introducción, queremos, á título de imparcialidad, servirnos de la autoridad de otro ilustre publicista M. de Vogüé, libre pensador y miembro de la Academia

francesa. Las palabras que vamos á trasladar están tomadas del epílogo de la obra titulada *Los Papas y la civilización*, que son muy notables, y nos van á servir de programa.

«Los acontecimientos de actualidad que todos presencian, dice, han atraido sobre el Vaticano las miradas de nuestros contemporáneos. Jamás habían cesado los fieles de dirigir su pensamiento hácia ese polo de la catolicidad; pero hasta hace poco, este atraía debilmente la atención de los indiferentes, de los extraños y de los adversarios de la Iglesia. Fascinados por el desarrollo prodigioso y aparente preponderancia de las fuerzas materiales, y distraidos por las violentas conmociones del siglo, creian muchos debilitado, cuando no extinguido, el influjo de una fuerza puramente moral... que en las balanzas temporales solo acusaba el peso de un alma imponderable.

Apesar de todo, y cuando el Pontífice, en quien esta alma se encarna hoy día, parecía completamente destituído de acción por la lógica humana de las cosas, la atención universal se ha vuelto hácia ese noble Anciano, y se ha vuelto con un crédito de espectación, llena de solicitud y ansiedad, de esperanzas y temores, que apenas excitan en igual grado los más grandes soberanos.

En los países separados del catolicismo, en los centros refractarios á toda fe religiosa, la opinión, reina de nuestro tiempo, acecha el pensamiento del Papa con un cuidado igual al de los adeptos, que esperan de él una dirección espiritual.

Poder de opinión, el Papa disfruta de la preponderancia adquirida por los poderes de este órden. Es el jefe de la asociación más podero-

sa y disciplinada que existe, en un tiempo en que la fuerza del principio de asociación está centuplicada por el aislamiento individual de todo aquello que pudiera hacerle oposición.

Se nos permitirá reproducir aquí, continúa, lo que decíamos á este respecto hace algunos años, pues la observación ha robustecido nuestra convicción. Todas las transformaciones de nuestro tiempo conspiran en favor de la Iglesia. A consecuencia del doble movimiento democrático y cosmopolita, se efectúa un notable desalojo de poder público; mientras los poderes de opinión, los poderes internacionales, como son la prensa, los grandes bancos europeos y las vastas confederaciones de obreros se engrandecen á espensas de los poderes oficiales y limitados á un lugar.

Por otra parte, el efecto inevitable de la democracia es envilecer los cargos oficiales y elevar en proporción los cargos morales é intelectuales, que la opinión sola ha conferido. Pues bien; el Papa desempeña el primero de estos cargos. El representa la opinión, y mas que la opinión, la fe de muchos millones de hombres. Y si se toma como punto de comparación el último siglo, la fe católica es hoy la más viva, la más activa, tanto en el clero como en los centros ortodoxos. Si se traslada este punto de comparación fijándolo veinte ó treinta años antes de nosotros, la hora presente acusa todavía un aumento, sino en la cantidad, al menos en la actividad de los católicos declarados y efectivos.

Fuera de estos, en las clases influyentes, en la juventud estudiosa y particularmente en el mundo dedicado á los trabajos del pensamiento, hay un gran número de espíritus separados,

indiferentes por hábito ó excépticos por razonamiento, entre los que se nota el hecho de una atracción creciente ejercida por el Papado, por más que sean inteligencias que oficialmente no le pertenecen aún, pero cuya aproximación á ese centro de atracción es inevitable, pues sobre los escombros de todos los sistemas, solo un cuerpo de doctrinas permanece en pié, cual es el depósito confiado al guardian del Vaticano. El ofrece solución á todas las necesidades públicas y privadas y se pierde en las profundidades de la historia, probando su eficacia entre las más diversas situaciones de la sociedad al traves de los tiempos. »

Y después de magistrales consideraciones con que desarrolla las causas de esa atracción intelectual en los tiempos modernos, propone estas tres cuestiones capitales, como él las llama.

« ¿Ha ejercido el Papado gran influencia en el desarrollo de nuestra civilización? ¿Ha sido buena y útil esta influencia? Indudablemente que sí. A pesar de las flaquezas y defectos á que toda carne está sugeta, á pesar del impulso de ambiciones temporales, á pesar de los excesos inseparables de todo gran poder, el Papado ha sido una potencia impulsora de las ideas justas y generosas, y es preciso atribuirle una gran parte de la superioridad moral que distingue á nuestra civilización de la civilización antigua.

¿Continúa el Papado esa misión al presente, y con qué resultado? A despecho de las ruidosas hostilidades y de la indiferencia real ó aparente en algunos Estados, la misión del Papado no se ha aminorado.

La disminución de su posición temporal no ha afectado á su influencia, antes por el contra-

rio, parece que ha sacado de este accidente un aumento de fuerza moral. Esta influencia pierde el carácter que los últimos siglos le habían dado y vuelve á revestir el de los períodos anteriores. El Papado vuelve á comenzar su tarea en los países nuevos sobre terrenos favorables con una energía y un éxito que nos recuerdan sus épocas memorables, y no menos nos las recuerda su participación activa en las grandes corrientes de ideas y el puesto que ocupa en la preocupación de los poderes seculares y de la opinión popular.

¿Se presenta favorable el porvenir para la continuación de esa misión? Las lineas precedentes responden á esta pregunta, demostrando que las corrientes, que arrastran á nuestro mundo, marchan en el sentido de la verdadera vocación de los Papas, y que estas corrientes vuelven á crear las condiciones históricas en que el soberano Pontificado ha obtenido sus mas brillantes victorias. La novedad sorprendente sería que el Papa faltase á las circunstancias ó que estas faltasen al Papa.

Pero, al observar las magníficas perspectivas abiertas á la acción del Papado por las circunstancias del presente, temen algunos, acaso de buena fe, que una realización completa de esas promesas, determine un retroceso hacia la teocracia, incompatible con las legítimas exigencias del espíritu moderno; pero esto es negar á la Iglesia su natural prudencia. Ella sabe que, si la infancia de nuestra raza en la edad media necesitó su vigilancia contínua sobre todos los detalles de la vida y su protección contra las brutalidades de los poderes feudales, protección que no podía ejercerse sino por medio de un dominio efectivo sobre los protegidos, nada

semejante es necesario, ni aún posible, en las condiciones actuales de nuestra existencia.

Nuestras naciones envejecidas, nuestras inteligencias formadas y emancipadas, exijen aún del Papado auxilios y direcciones generales; pero dueñas en adelante de sus acciones, en su mano está el aceptar esos auxilios y direcciones. Ellas no necesitan ya de la intervención minuciosa, constante y sancionada con penalidades, que fué, propiamente hablando, el régimen teocrático (1) y que puede ejercerse útilmente en el período de formación social.

Pero ¿es acaso necesario, ó mejor, no es una simpleza detenerse á refutar objeciones que el simple buen sentido rechaza por instinto? Jamás se habrá visto que una madre guarde para con sus hijos adultos los cuidados de la infancia.»

Y en verdad, esa es la conducta de la Iglesia para con los pueblos que ella meció en su cuna, hasta constituirlos en naciones civilizadas.

Pero, tampoco podrá desconocerse que son sumamente notables la elevación y profundidad con que habla el ilustre publicista del libre-pensamiento acerca del Pontificado en su misión grande y sublime á traves de los siglos, así como de su estado presente y de su porvenir. Un católico podría suscribir sin grandes restricciones este juicio, digno de todo espíritu imparcial é ilustrado, superior á los prejuicios vulgares y retrógrados del jacobinismo anticlerical.

El constituye lo que podríamos llamar un signo de los tiempos, que señala la gradual desaparición de las preocupaciones antireligiosas

1—Esto es algo exagerado, pues la teocracia ó régimen teocrático consiste en la absorción del poder civil por el religioso, lo que nunca ha pretendido el Pontificado.

ante una crítica independiente y amiga de la verdad en el terreno neutral y libre de la historia y de la ciencia. En este terreno el catolicismo no teme á sus adversarios y el triunfo del Pontificado será decisivo.

Ahora bien, aceptando las solemnes declaraciones de M. de Vogüé en favor del Papado, como un programa, nos proponemos publicar un opúsculo que contenga en resúmen la Apología del Papado en general y del pontificado de León XIII en particular.

Si alguna ocasión es propicia para ilustrar á los fieles acerca de esta institución esencial del cristianismo y la más grande de la historia, hasta constituir la obra política más maravillosa que haya existido, al decir de Macaulay, creemos que ninguna ocasión lo es más que la presente del Jubileo pontificio de León XIII.

Y tanto más, cuanto que es evidente que las sectas protestantes, en su mísera impotencia de organización religioso-moral, han tratado de arrojar lodo á la faz de esa institución colosal, que agovia y avergüenza su apostasía con un esplendor incomparable de majestad y de gloría; pues ella constituye el centro del mundo moral y el trono de la soberanía religiosa en el mundo.

Hay, por tanto, que recordar á los fieles lo que representa, y la sublime y benéfica misión que ha desempeñado y desempeña con gloria y grandeza tales, que de ella puede enorgullecerse la historia, como declara un eminente historiador protestante.

Ante el entusiasta movimiento del mundo católico para celebrar con las mas espléndidas demostraciones de amor y veneración el Jubileo del grande y sabio Leon XIII, hemos visto

con pastoral satisfacción que nuestra República ha dado solemne testimonio de filial amor y adhesión al Padre común de todos los creyentes, no solo por su excelsa dignidad de soberano del mundo moral y religioso, sino también en prenda de gratitud y admiración por el genio y sabiduría con que ha regido los destinos de la Iglesia universal, y por la magnificencia y gloria con que ha sabido distinguir su reinado entre la serie de los mas grandes Pontífices.

Así, pues, sin perjuicio de hablar al final de este tratado de la grandeza excepcional del pontificado del Papa reinante, queremos aprovechar esta ocasión para hablar del Papado, y justificar las simpatías y el amor de los fieles hácia esta institución divina, así como la admiración de los grandes genios, aún del campo heterodoxo, por el mismo Pontificado, al que ya no es dado despreciar sin incurrir en la nota de retrógado volteriano y sectario intransigente.

---

## Reflexiones generales sobre el Pontificado (1)

Existe una institución, coloso de diecinueve siglos, gloria de la humanidad y creación inmediata del Salvador del mundo: esta institución es el Pontificado. Y la historia del Pontificado es la historia del mundo desde la Ascensión de Jesucristo á los cielos; porque desde este momento se mezcla con todos los acontecimientos que transformaron á los pueblos y á las naciones. Para desarrollar, pues, tan magnífico asunto, sería necesario un libro, y este libro tocaría todas las cuestiones que más interesan á la humanidad, porque es la historia de la civilización. ¡Tan maravillosa es su influencia y tan sublime la grandeza de su misión divina en el mundo!

Ahora no haremos más que bosquejar algunos rasgos esenciales de tan vasta é interesante institución, que es la gloria más pura de la humanidad y la obra más espléndida de la Providencia, como bastaría á demostrarlo el ódio que le profesa la incredulidad, con todos los enemigos del orden social mancomunados.

Desde luego, el dogma y la tradición primitiva colocan á San Pedro á la cabeza de la gloriosa lista de los soberanos Pontífices con que se corona la historia de la Iglesia: «Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... y yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra, será también atado en los cielos... Yo he rogado por tí para que no desfallezca tu fe... y tú confirmarás á tus her-

1—Para estas reflexiones nos hemos servido de la pastoral publicada con ocasión del jubileo episcopal de León XIII.

manos... Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos». Esto dijo Jesús á Simón Pedro, (S. Mateo XVI, XVII, etc.); y así quedó fundado el Pontificado, imperecedero como la Iglesia.

San Pedro fué, pues, el jefe del colegio apostólico, y los Papas, sus sucesores, se han trasmitido de siglo en siglo este primado, que no desaparecerá jamás y que ningún poder humano ha podido conmover. La historia, dominando todas las controversías de los partidos, muestra al Pontificado desempeñando su puesto de preeminencia y soberanía, conduciendo la Iglesia al través de luchas y de prodigios por medio de una autoridad dirigente, fuera de la cual las sectas solo han llegado á la anarquía; como sucede con el Protestantismo, dividido hasta lo infinito en confesiones arbitrarias, y que es lo que hubiera sucedido á la Iglesia, si Jesucristo no le hubiese dado en Pedro un Jefe permanente. (1)

No es este el momento de compulsar los monumentos que atestiguan la naturaleza y justifican el ejercicio de esta autoridad. La historia la muestra presente por doquiera, y las contradicciones heréticas no han hecho más que confirmarla.

* * *

(1) La disolución natural en todas las sectas se realiza también en el protestantismo: así, el ministro calvinista Gasparin ha escrito una obra titulada *La agonía del protestantismo*, y son de su opinión el ministro episcopal Ewer, el pastor luterano Dr. Brückner, con los calvinistas ilustres Doumargne, Monnier, etc., añadiendo este último que en verdad ya no existe iglesia protestante, ya que el *credo* protestante se divide en tantas *feés* como sectas. Si vive aún, es como contingente para el racionalismo; pues su principio fundamental no es otra cosa que «el racionalismo aplicado á la interpretación de la Biblia», como advierte el citado Ewer. Y esto es lo que explica las simpatías del liberalismo racionalista por el protestantismo; confirmando la célebre fórmula, que dice: «del protestantismo al racionalismo absoluto no hay másque un paso.»

Establecida al principio la Iglesia fuera de la sociedad política, como una asociación de proscritos y de mártires, no tardó en dominar por el número el poder de sus perseguidores, hasta penetrar la sociedad por sus costumbres, por sus creencias y por su culto. Entonces el Pontificado debió modificarse, no en su carácter y esencia, sino en su adaptación á las circunstancias sociales.

Sus relaciones, ya con los pueblos, ya con los príncipes, tomaron una nueva forma, y el ejercicio de su poder salió de la región privada de la conciencia y de la fe para llegar á las relaciones externas de la política en el orden social.

Mas, estas transformaciones no fueron repentinas, sino desde el momento en que la sociedad se hizo civil y políticamente cristiana: esta evolución se verificó bajo el Emperador Constantino, porque ya nadie podía existir sin la Iglesia. Entonces la misión del Pontificado comenzó á desarrollarse más libremente: como el cristianismo había vencido al mundo, la Iglesia no podía estar fuera de la constitución del Estado. El Papa era una potencia pública que gobernaba los espíritus, y aceptada á este título por la potencia que gobernaba los cuerpos.

El Pontificado, sin embargo, no había llegado aún á tener todas las condiciones de su constitución definitiva, porque independientemente de este poder de primacia espiritual, que le era propio y que la sociedad civil reconocia, le estaba reservado poseer una soberanía visible que diese á sus actos, no más eficacia y derecho, sino más ascendiente; y á su misión sobre la tierra, no más legitimidad, sino más libertad é independencia. Esta última modificación fué

una necesidad política de su soberanía espiritual, como confiesa el historiador racionalista Thiers, y cuya manifestación culminante constituyeron las ratificaciones de Pipino y de Carlomagno.

Nadie ignora los debates históricos y filosóficos á que ha dado pretexto esta nueva constitución del Pontificado; pero todos se estrellan ante la justificación suprema de que fué una consecuencia necesaria y expontánea para el ejercicio de su misión con libertad é independencia, y para salvar del caos y del despotismo á la sociedad moderna; fué la salvación de los pueblos.

Entró pues, en la plenitud del derecho político, y desde ese momento pudo garantir el poder espiritual con el temporal, como en su estado normal; y por donde se explica la misión doblemente social que iba á desempeñar en el mundo moderno y que se continuará en el porvenir, á pesar de suspensiones transitorias, de las cuales triunfa, como ha triunfado por la centésima septuagésima vez, como lo advertía en las cámaras italianas el liberal Toscanelli.

Por tanto, el Pontificado con este doble título se ha encontrado mezclado á todos los acontecimientos que han transformado á la Europa, y la mayor parte de las veces los ha dirigido y dominado en pro de la libertad de los pueblos y civilización de las naciones, como más adelante lo demostraremos.

## II

La historia del Pontificado bajo este punto de vista, está llena de enseñanzas y de interés: él presenta durante un espacio de quince siglos

una lucha persistente de unidad, no solamente con relación á los cismas y herejías, que hubiesen imposibilitado la unidad moral y religiosa de la civilización, sino también con relación á las revoluciones de los imperios. La unidad para el Pontificado ha sido la condición fundamental de la verdad y de la libertad en el mundo entero. Nada más hermoso, ni más grande, ni más trascendental que este trabajo de la Iglesia católica en la transformación, educación y emancipación de los pueblos; y todos los grandes historiadores, de cualesquiera creencias que sean, no han podido dejar de proclamarlo así y de justificarlo. No faltan sin embargo, escritores cegados por el espíritu de irreligión que, en vez de bendecir la fuerza poderosa que había salvado á los pueblos, han maldecido esa benéfica intervención de los Papas. Son de esos misterios, que solo se explican por un sectarismo aturdido, pero que no llega á alterar los veredictos de la filosofía de la historia.

Toda la edad media es un esfuerzo constante del Pontificado en favor de los débiles, de los oprimidos y de los siervos. El usurpaba, se ha dicho, la autoridad de los reyes y violentaba la dignidad de las coronas. ¿Qué hemos de responder? Que no existió tal usurpación, pues ese era el derecho público reconocido y aceptado, como salvador y paternal para los pueblos. Y ¿acaso hubiese sido mejor que el Pontificado se hubiera hecho cómplice ó instrumento de las tiranías? ¿Hay mejor uso de la propia influencia que emplearla en favor de la libertad y dignidad ultrajadas?

Además, olvidando este triste problema de la ingratitud humana, sabemos por la historia cual fué el derecho estricto ejercido por el Pon-

tificado en esta santa y sublime misión de libertar y civilizar á los pueblos. El sabio escritor Gosselin ha publicado una obra sobre el derecho público de la edad media, demostrando que en la época misma en que el Papado dió más extensión á su poder ante los soberanos, no hizo más que obedecer al impulso universal de las ideas dominantes: reyes y pueblos se sometían con agrado al alto arbitraje del poder de la Iglesia; y el mundo cristiano debió su unidad, su salvación y su fuerza á esta feliz intervención.

Durante la edad media era tal la confusión de pretensiones y luchas entre los príncipes, tanta la opresión de los pueblos por parte del despotismo, tan furioso el desbordamiento de las pasiones, que todos buscaban una autoridad que los pudiese salvar del naufragio que amenazaba á la sociedad entera. Vieron esta autoridad salvadora en el trono pontificio, y todos, pueblos y príncipes, la invocaron de manera que se creó por *derecho público* en la Silla de San Pedro un tribunal universal directivo y regulador de los destinos de las naciones.

Y en verdad, que los Papas hicieron de su poder el uso más benéfico. «Ellos solos fueron, dice M. Guizot, los que á nombre de la religión, de la moral, de los derechos naturales de la humanidad, ó de los derechos generales de la cristiandad, intervinieron entre los Estados, entre los príncipes y los pueblos, entre los fuertes y débiles para recordar y recomendar la paz, el respeto de los convenios, de los deberes y de los mútuos empeños, sentando de este modo, contra las pretensiones y los desarreglos de la fuerza, los principios del derecho internacional! »

Más aún; el «interés del género humano, confiesa Voltaire, exige que haya un freno que contenga á los soberanos y ponga á cubierto la vida de los pueblos ... Los Papas han contenido á los soberanos, protegido á los pueblos, terminado querellas temporales con una sabia intervención, advertido á unos y á otros sus deberes y lanzado anatemas contra los grandes atentados que no habían podido prevenir.»

Cuando una institución merece grandes elogios y arranca tales apologias de sus mayores enemigos, es señal de que la grandeza de sus beneficios está por encima de toda tergiversación y de toda calumnia. La verdad y la justicia se abrirán paso á pesar del cúmulo de preocupaciones con que el liberalismo sectario ha pretendido denigrar la dignidad y bondad de la más grande de las instituciones que ha contemplado la historia.

Por eso hoy día es caso de necedad sectaria persistir en negar y desacreditar las glorias y beneficios del Pontificado.

*
* *

No podemos descender ahora á historiar los conflictos y discusiones del derecho que sobre la naturaleza de ambos poderes se produjeron cuando más tarde los Estados quisieron suplir con su justicia propia la justicia internacional y soberana del Pontificado, hasta llegar á la separación más ó menos real de la Iglesia y del Estado, como una rebelión contra la benéfica influencia del Papado.

En las naciones civilizadas, esta ruptura moral no podía verificarse sin dolorosos rompimientos. Había como un instinto que hacía

comprender que, retirando el Papa su intervención política, el Estado quedaba árbitro supremo de la libertad de las naciones; y aunque el poder tuviese un contrapeso en la tradición y en las leyes, cuyo pensamiento y hasta su forma, había inspirado el cristianismo, era evidente que estas leyes, reducidas á su propia fuerza y separadas del principio que las había dictado, quedaban impotentes ante la autoridad soberana, libre de toda regla, y por consiguiente sancionado el despotismo del monarca, hasta llegar los soberanos á poder decir: « El Estado soy yo. »

La conciencia de este gran peligro para las naciones dió lugar á terribles resistencias en el seno de los pueblos cristianos. El Estado vencedor, exageró su victoria, como siempre acontece, y tendió á dominar á la Iglesia y á veces á absorberla. Asi se explican las dificultades dogmáticas entre los soberanos temporales y los Papas durante los dos siglos que siguieron á la crisis fatal de la Reforma, que tanto aduló á los soberanos, declarándolos jefes de la religión; hasta que una nueva crisis, desarrollo de la primera, vino por medio de violencias mas terribles aún, á romper todo lo que había sobrevivido de buenas relaciones entre ambos poderes. La revolución francesa, con su arbitraria y despótica constitución civil del Clero, fué la consumación del trabajo político que tendía á aislar el Estado del cristianismo, esto es, á colocar la sociedad toda entera bajo la base despótica y pagana del Dios-Estado, como origen de todos los derechos bajo la sanción de la fuerza material, como última apelación y garantía del derecho nacional é internacional; anomalía que reparará indudablemente el mis-

mo progreso de la civilización, cuyo ideal cristiano es: que los gobiernos son para los pueblos y no vice versa.

Al salir de esa crisis sangrienta, la sociedad católica, procurando rehacerse, debió por la fuerza de las cosas refugiarse, sino en las catacumbas, al menos colocarse fuera de las leyes de la sociedad política, y por consiguiente, la misión del Pontificado tuvo que volver, sino del todo, al menos en situación semejante á la época de las persecuciones, esto es, á una misión puramente reguladora de la doctrina, de la fe y de la moral de los pueblos, que la impiedad quisiera también arrebatarle.

Es á esta situación que en nuestros días llega el Pontificado con relación á los Estados; y aún considerándole bajo este punto de vista, la filosofía admira todo lo que le queda de grande por realizar al dirigir los nuevos destinos del mundo cristiano y de la humanidad.

*
* *

Pero es necesario notar que el Pontificado en estas transformaciones sucesivas, que las revoluciones imprimen á la humanidad, conserva intacta su misión santa y benéfica de unidad social y de libertad, representando el principio y la fuerza moral en las sociedades. Para darse cuenta por tanto, de la misión del Pontificado, no debe buscarse en él los caracteres del poder, que tendrian cierta analogía con los poderes creados por la mano de los hombres. Basta ver en él lo que le distingue de todos los poderes, el carácter de estabilidad y fijeza, contraste eterno con la movilidad permanente de las cosas humanas: esta señal bastaría, en defecto de todas

las demás, para demostrar la naturaleza sobrehumana y divina de su misión.

Cualquiera, pues, que sea la transformación que se verifique en la sociedad moderna, el Pontificado sostiene y mantiene su misión inmortal; y hoy día, como en la edad media, como en tiempos de Gersón ó Bossuet, la misión del Pontificado está marcada con signos que la fe acepta y que la filosofía de la historia no puede desconocer. De donde resulta que todo lo que se ha dicho del Pontificado en diversas edades, puede repetirse siempre, y que esa autoridad augusta, hoy día, la misma, se ostenta bajo formas diferentes según los tiempos, y que su misión siempre social, siempre providencial, siempre católica, esto es, universal, se realiza con variedades en la acción, acomodadas y adaptadas maravillosamente á las evoluciones que experimenta incesantemente la humanidad, como un mentor divino que la acompaña perpetuamente en su peregrinación por la tierra hácia el ideal de sus destinos.

El estudio de esta misión del Pontificado en los tiempos presentes no debe hacerse sobre puntos distintos de los que han ocupado á los filósofos é historiadores en los tiempos pasados; hoy día como siempre, el que quiera darse cuenta de la grandeza é influencia social del Pontificado, debe considerarle con relación á la constitución y estabilidad de la Iglesia; con relación á la perpetuidad de la doctrina y moral cristianas; al bien y órden de los Estados y á la libertad de los pueblos.

III

Desde luego, la constitución de la Iglesia no

se concibe, ni aùn en espíritu y como teoría, sin la institución de una autoridad permanente y una.

Los heterodoxos, los filósofos y los utopistas disputan acerca de la naturaleza del poder en la Iglesia: ¿es una monarquía, una aristocracia ó una democracia? Es una institución divina que de todas las formas tiene lo mejor y lo más adaptado á su misión. Pero sea lo que fuere, el Pontificado dirige y gobierna á la Iglesia y sin él la Iglesia sería un caos, y estaría muy lejos de haber podido resistir toda clase de pruebas y presenciar, como ha presenciado, la ruina de todas las demás.

El cristianismo no ha venido á suprimir las pasiones de los hombres, sino que, enseñando á combatirlas, las ha dejado en el fondo de la naturaleza humana y tambien de la sociedad; y por más esfuerzos que hace para dominarlas con su moral sublime, ellas sobreviven, siempre tumultuosas, á las veces desenfrenadas, y no ha sido dado á la Iglesia verse libre de sus combates, ni de su explosión, ni de sus escándalos. ¿En dónde encontrar, pues, una fuerza poderosa contra esos desórdenes, si una autoridad soberana no se ostenta con esplendor para desarmarlas y contenerlas? Sólo en la Iglesia, que, al decir del publicista Gladden, es *la única fuerza moral organizada,* capaz de oponerse á la desmoralización desenfrenada de las pasiones.

El Pontificado es el principio de unidad y unión para la Iglesia, es el gérmen y el baluarte de su fuerza y de su duración; por medio de él, la Iglesia hace presente y visible su acción sobre las almas, como hace eficaz el combate contra las pasiones humanas, y que no puede

ser sustituida ni por la razón filosófica, ni por la cultura artística y literatura, por ningún código, por ninguna administración y por ninguna forma de gobierno, como advierte Taine.

No equivale esto á decir que la Iglesia queda absorbida en el Pontificado: la exageración á este respecto sería un peligro y un error. La Iglesia es un vasto cuerpo, la sociedad perfecta de los creyentes con su ley de existencia distinta de la autoridad que la gobierna, como es distinto el Estado de su Gobierno civil. Pero el Pontificado tiene en la Iglesia su función marcada con un signo divino, es una función de órden y de estabilidad, fuera de la cual la razón no percibiría más que escisiones y por consiguiente, la desorganización, la decadencia y la ruina. El divino fundador no podía dejar de prevenir lo que el simple buen sentido adivinaría como esencial y necesario para la existencia de la más grande de las instituciones que ha contemplado la historia.

Pero, si el Pontificado es condición de permanencia para la Iglesia, concurre por esto mismo á la unidad y perpetuidad de la fe y del credo religioso-moral del cristianismo. Es necesario ceder la palabra al elocuente Bossuet, que ha llenado todas sus obras de rasgos de admiración y amor por esta autoridad tutelar: «Una de las hermosas prerrogativas de la Silla Apostólica, dice este gran hombre, es ser la Cátedra de Pedro, la Cátedra principal, por la cual los fieles se conservan en la unidad, y como la llama San Cipriano, *la fuente de la unidad sacerdotal*. Esta es una de las señales ó notas de la Iglesia Católica divinamente explicada por San Optato, y nadie ignora el hermoso pasaje

en que demuestra la perpetuidad en la sucesión de los Papas».

En sus obras Bossuet expone su admiración por la misión benéfica del Pontificado; pero bajo el aspecto humano y por razones que la hagan plausible á la filosofía de la historia, un genio penetrante, el conde de Maistre en su obra inmortal «El Papa», ha dado esa demostración, agotando para tiempos como los nuestros todo lo que tan magno asunto ofrecía á las investigaciones sabias é ingeniosas: ninguna razón filosófica, ni de política universal, parece haber escapado á este genio singular para justipreciar la misión augusta del Pontificado en el mundo.

Oigase al menos este pasaje: « Ensayad, dice, dividir el mundo cristiano en Patriarcas, como lo quieren las Iglesias cismáticas de Oriente. Cada Patriarca en esta suposición tendrá los privilegios de Papa, y no se podrá apelar de sus decisiones, porque es necesario que exista un tribunal supremo. La soberanía espiritual quedará entonces dividida y sería necesario cambiar el símbolo y decir: *Creo en las Iglesias separadas é independientes:* en vez de: *Creo en la Iglesia universal* » (1)

« A esta idea monstruosa y esencialmente anticristiana se verían los pueblos arrastrados por la fuerza; pero muy pronto se verá perfeccionada aun mas por los príncipes temporales, quienes preocupándose bien poco de esta vana divi-

(1) Esto sucede tambien con el protestantismo, que solo podrá decir *creo en la Iglesia metodista, luterana, calvinista ó evangélica,* segun la secta á que pertenece; pero no decir: *Creo en la Iglesia de Jesucristo;* y ni siquiera *Creo en la Iglesia protestante,* porque el protestantismo no es una Iglesia ó Confesión religiosa, sino un conjunto de sectas, segun la interpretación arbitraria que cada cual hace de la Biblia. Eso no puede ser la Iglesia de Jesucristo, ni representar el cristianismo, que debe ser *uno* y *único*, como la verdad. Lo que *varía* es el error, porque es *múltiple*.

sión patriarcal, establecerán la independencia de la Iglesia particular ó nacional y hasta se desentenderán del mismo patriarca, como ha sucedido en Rusia.

La soberanía religiosa, pasando al principio del Papa à los Patriarcas, pasará en seguida de estos á los sinodos, y todo acabará por la supremacia inglesa y el protestantismo puro: estado inevitable, y que no puede ser sinó más ó menos retardado do quiera que el Papa no reina.» Esto es, no existiria la verdadera iglesia fundada por Jesucristo sobre el Patriarcado supremo de Pedro y sus legítimos sucesores. Por tanto, la perpetuidad de la creencia tiende á la perpetuidad de la autoridad, y la misión del Pontificado es una misión visible de conservación, no solo para la existencia de la Iglesia de Jesucristo, sino también para la unidad de la fé y del dogma, carácter de verdadero cristianismo. Una religión universal: una humanidad, una fe, un credo, siempre y en todas partes idéntico.

*
* *

El Pontificado tiene una misión de otra naturaleza: su acción con relación á los Estados. Aun considerando al Pontificado en esa separación sistemática de la Iglesia y del Estado, es verdad que, por esta misma separación, debe adquirir y tener sobre las almas un ascendiente colosal y desconocido.

El Pontificado, palabra y magisterio viviente del cristianismo, es la única potencia que tenga el derecho y la misión de gobernar y dirigir moralmente el mundo: otras palabras y magisterios agitarán las pasiones humanas; y este

pobre y triste papel dispensará de genio y aún de fuerza: es fácil alhagar las pasiones. Pero ¿en dónde se encontrará el imperio de los espíritus? Los poderes políticos no pueden alcanzarlo, ni fundarlo. Separados de la fé cristiana, no les queda más que una fuerza de coacción, derivada de lo que se llama *la ley;* ley que á su vez deriva de un conjunto de voluntades que un accidente ó un capricho puede cambiar cada día. Ninguna potencia moral que penetre y dignifique las conciencias puede sobrevivir, sino es el poder moral y religioso del Papa, soberano del mundo moral y religioso, que habla en nombre del cielo y tiene derecho de penetrar por la palabra hasta en los senos más íntimos de la conciencia: *todo lo que ligares en la tierra será atado en el cielo*, que es la garantía divina de su poder espiritual.

Y en esta situación completamente nueva ¿quién no vé que el Pontificado, aunque se le mantenga aislado y en prisión, y con la simple autoridad del Pontífice, despojada de soberanía política, conserva una misión inmensa en el mundo, la de hablar á los pueblos, al alma y al corazón de los pueblos, esto es, de hablarles de sus deberes y derechos públicos y privados? Y ¿qué misión es esta, sino una misión protectora de la sociedad y del órden de los Estados? Mirad lo que sucede con esas gentes á quienes se les han quitado las creencias con una educación laica: quieren hacer saltar la sociedad y los gobiernos con la dinamita y melinita, y los gobiernos no tienen otro remedio que fusilarlos, despues de haber tolerado y autorizado sus doctrinas disolventes y anarquicas.

¿Porqué se oyen, sin embargo, algunos lamentos é imprecaciones acerca de la interven-

ción del Pontificado en la política de los pueblos? Esto es natural en la impiedad: pero también los Estados tienen miedo á ese poder moderador, pues preferirían una política sin las limitaciones de la moral y de la religión, garantía de la conciencia y de los derechos individuales.

Siempre será verdad que el Pontificado conservará su misión política en los tiempos presentes, como en los pasados y en el porvenir. El arbitraje de los Papas no puede tener ya el carácter que tenía en la edad media, porque las nacionalidades, que ellos constituyeron, han salido de la infancia; pero aunque no decide sobre el imperio, decide en las conciencias, y por esta razón es benéfico para el órden.

Si el órden, en efecto, no reposa en las conciencias, es precario y movedizo; para ser estable es necesario que derive de principios superiores á la fuerza artificial de las leyes. ¿Qué sería de la sociedad si el cristianismo le retirase los elementos constitutivos que le ha inoculado? Y puesto que el Pontificado es la autoridad exterior del cristianismo, es evidente que su misión es conservadora del órden, cualesquiera que sean, por otra parte, las transformaciones de la política.

## IV

En fin, por una razón semejante, el Pontificado es el guardian de la libertad de los pueblos. La historia demuestra esta gran misión y los tiempos presentes no darán un desmentido á la tradición de los siglos. En la multiplicidad de situaciones porque ha atravesado la Iglesia desde las Catacumbas hasta los Concordatos,

el Pontificado no ha hecho otra cosa que invocar ò proclamar la libertad. De Maistre lo ha dicho en términos brillantes: «Desde el momento en que las nuevas soberanías comenzaron á establecerse, la Iglesia por boca de los Papas, no cesó de hacer oir á los pueblos estas palabras de Dios en la Escritura: «Es por mi que los reyes reinan.» Y á los reyes: «No juzgueis mal á fin de que no seais juzgados;» para establecer á la vez el *origen divino* de la soberanía y el *derecho divino* de los pueblos.

Así la Iglesia testificaba que el amor y defensa de la libertad le es esencial, y es por este impulso natural que ella ha salvado á los pueblos. Después, cuando su constitución parecía confusamente mezclada con la constitución política de los Estados, tuvo cuidado de reservar este derecho de libertad, en lo que tiene de más íntimo, là conciencia; y su propia defensa fué también la defensa de la humanidad, como advierte Mr. Guizot.

Esta situación merece ser recordada hoy día porque es necesaria al mundo moderno. Es la palabra de Fenelón la que nos da tan hermoso recuerdo:

«Cuando se trata del órden civil y político... la Iglesia no quiere sino obedecer; ella dá constantemente el ejemplo de sumisión y de celo por la autoridad legítima, y derramaría toda su sangre por sostenerla, ni los gobiernos tienen apoyo más seguro que su fidelidad. Pero, antes que sufrir el yugo de los poderes del siglo y de perder la libertad evangélica, renuncia más bien á todos los bienes temporales, como lo hizo el Papa Pascual II.

Cuando se trata del ministerio espiritual dado á la Iglesia por su divino fundador, la Iglesia

lo ejerce con entera independencia de los hombres... No solamente los gobiernos no pueden nada contra la Iglesia; pero ni siquiera en su favor pueden algo, en cuanto á lo espiritual, sino obedecerla... El protector de la libertad no debe menoscabarla jamás; su protección no sería un socorro, sino un yugo insoportable, y la Iglesia tiene el supremo deber de conservar su libertad».

Y ¿no es ésta una magnífica teoría de libertad, aún en la sumisión?

Por lo demás, el Pontificado siéntese cada vez más empeñado en el cumplimiento de su misión fundamental, la defensa de los derechos de la conciencia y de la libertad humana, cuanto más pronunciada es la separación de ambos poderes, la Iglesia y el Estado. En adelante el *apoyo de los Gobiernos* no es invocado, ni puede serlo, sino para el pleno goce de los derechos de la conciencia, que son los primeros y los más sagrados; debiendo notarse que al reivindicar estos derechos, el Pontificado les quita lo que les daría cierta semejanza con la anarquía social. Y aún en esto la misión de la Iglesia es tutelar, porque el Pontificado proteje la sociedad contra el poder y contra los abusos de la misma libertad, de manera que en la gran disolución á que llega el mundo moral, es un admirable espectáculo el de una potencia moral que une las almas y opone un principio y vínculo de unidad á los instintos desordenados y á las voluntades anárquicas.

***

Y ¡cuántos otros puntos de vista existen bajo los cuales podría ser considerado el Pontificado!

Es una institución grande y benéfica bajo todos los aspectos que se la considere, con tal que no se la mire al traves del prisma de las preocupaciones de la incredulidad! El ha sido el alma de las grandes evoluciones y transformaciones que han conmovido à la civilización humana; él ha reanimado y salvado la civilización en varias épocas y crísis; él ha dotado á las naciones de universidades, de bibliotecas y de escuelas; ha perseguido la barbarie en sus invasiones y en los desiertos; él ha embellecido á la civilización moderna con obras maestras del genio y del arte, que ha bendecido y glorificado: él ha coronado las artes, promovido las letras y protegido las ciencias. Nada iguala á esta misión brillante del Pontificado, pues podría considerársele como enviado para inspirar las almas y colmar de beneficios la á civilización y á la humanidad; y es imposible hacer un recuento exacto así de sus glorias, como de sus servicios á los pueblos.

Pero es necesario tener presente que esta sublime misión del Pontificado permanecė idéntica en los tiempos modernos. Pueden nacer nuevas revoluciones; pero el Pontificado tiene su destino inmortal é inalterable, un destino de unidad y de verdad al que se ligan todos los nobles entusiasmos, todas las aspiraciones hácia lo bueno, lo verdadero, lo bello y lo grande, es decir, hacia la perfección y progreso de la humanidad.

Más, si esto es el Pontificado, si tal es la misión que desempeña en el mundo, y si á esto se agrega la grandeza personal del Pontifice ¿cómo extrañar que el mundo católico se apresure á aprovechar la ocasión del jubileo del gran Leon

XIII para manifestar su amor y admiración por el Pontificado?

Queremos reiterar, por fin, la protesta de los católicos del mundo en pró de la libertad é independencia del Pontífice, porque sus votos, son los votos de la política, de la libertad y del cristianismo, al decir del Cardenal Mathieu:

¡Que el Papa sea restablecido en su soberanía temporal! Esta es la condición que Dios y los tiempos le han dado para que obre en nombre de la sociedad cristiana sobre los pueblos é implante con su arbitraje el derecho internacional. Este es el voto de la política.

Que el Papa sea restablecido en su soberanía temporal para que no llegue á ser esclava la religión del despotismo ó de la demagogia, y no desaparezca del mundo la única voz que dá á conocer á los pueblos los excesos de la licencia y á los gobernantes los excesos del poder. Este es el voto de la libertad.

Qué el Papa sea restablecido en su poder temporal á fin de que se cumplan las esperanzas y manifestaciones de la humanidad entera; pues nunca, en ninguna época se ha visto á todas las razas tender sus manos hácia el Vicario de Jesucristo con tanta unanimidad, premura y simpatía. Este es el voto del cristianismo.

Y estos votos se realizarán, porque así lo exigen los intereses más sagrados de la civilización y de la humanidad. Dios ha permitido esa supresión momentanea del poder temporal para que el mundo supiese apreciar mejor su necesidad y grandeza, como al sucederse las tinieblas á la luz, aprendemos á admirar los esplendores del astro luminar.

En los capítulos siguientes, procuraremos desarrollar las ideas que acabamos de apuntar como en sintesis compendiosa.

## Supremacia é infalibilidad del Papa

Nadie ignora que Jesucristo no fundó una escuela meramente filosófica sino una Iglesia, al declarar al primero de sus Apóstoles Simón: «Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia.» Pero, Jesucristo, al fundar la Iglesia, no podía hacer una obra imperfecta, negándole las prerogativas necesarias para cumplir la misión que le confiaba. Así, él llamó á su Iglesia el reino de los cielos en la tierra: reino, esto es, la soberanía de las conciencias, la soberanía moral-religiosa. Por eso dijo à Pedro, primer Pontífice de la Iglesia: «Yo te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que tú atares en la tierra será atado en el cielo y todo lo que tú desatares en la tierra será desatado en el cielo.»

Por tanto, esas llaves del reino de los cielos significan un poder espiritual soberano, y son el símbolo de la autoridad suprema en la Iglesia sobre las conciencias, á las que ata ó desata moralmente, con la autoridad conferida por Jesucristo.

Vese, desde ya que, al tratarse de una soberanía del orden moral y religioso sobre la conciencia; y cuyo ejercicio será ratificado en el cielo, esto es, por Dios, esa autoridad y magisterio debe ser infalible, ya que no podía obligarnos con su autoridad y en su nombre á obedecer en conciencia y para la conciencia un mandato de una soberanía que pudiera enseñar el error ó el mal en el orden religicso y moral. «O negar la divinidad de Jesucristo, ha dicho un autor insospechable á los

protestantes, ó caer de rodillas ante la autoridad del Papa, como Jefe de la Iglesia.»

Dedúcese también que esta soberanía de San Pedro y de los *Pontífices*, sus sucesores, es un primado, no solo de honor, sino también de jurisdicción en toda la Iglesia, porque él tiene las llaves del reino de Jesucristo, que es toda la Iglesia. Así que esta proposición es de fe, y como tal fué definida por los concilios ecuménicos.

«El Papa es el verdadero Vicario de Jesucristo, dice el Concilio de Florencia, el Jefe visible de toda la Iglesia, el padre y doctor de todos los cristianos, y ha recibido de Jesucristo en la persona de San Pedro plenos poderes para apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal, como está manifestado en las actas de los concilios ecuménicos y en los sagrados cánones». (Labbe, coll. concil. t. 13 colum. 513.) Es decir, que según la doctrina consignada en los cánones y consagrada por las definiciones de los concilios, han reconocido en el primer Pontífice una autoridad que no venía de ellos, sino inmediatamente de Jesucristo, que le dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra (1) edificaré mi Iglesia, y las puertas del averno no prevalecerán contra ella». (Mat. c. XVI. 18.)

Y ¡cosa admirable! van ya transcurridos XIX siglos desde que esta promesa se hizo, y la Iglesia de Roma, fundada sobre Pedro ha prevalecido á pesar de todas las persecuciones y de la

(1) Es un indigno subterfugio protestante decir que Jesucristo se significaba á si propio por la frase *esta piedra*. El contexto rechaza tan absurda interpretación pues el nombre *Pedro* en latin ó español significa Piedra en la lengua que hablaba Jesús: «*Tu es Cephas*», tu eres *Piedra*. La *piedra* de que habla Jesús es Simón, al que acababa de darle el nombre de *Piedra*. «Tu eres *Piedra* y sobre *esta Piedra* edificaré mi Iglesia.» Pedro, por tanto, es el fundamento social de la Iglesia, esto es, la autoridad suprema.

acción deleterea del tiempo; mientras todos sus enemigos han ido desapareciendo, unos en pos de otros; solo ella permanece y ninguna institución es más antigua que ella. El mundo nunca dejará de ver en esto el dedo de Dios: el pobre Pescador de Galilea, Simón-Pedro, continuado en la augusta dinastía pontificia, representa el triunfo mas espléndido de la promesa de Jesucristo. Nadie ha podido remover esa piedra fundamental de la cristiandad.

Asi, pues, el gobierno de la sociedad cristiana, la autoridad de su jefe supremo, la perpetuidad de su doctrina y la inmortalidad de su existencia y duración, todo se contiene en las citadas palabras constitutivas de Jesucristo, palabras que suscitan las ideas más elevadas con la admiración más profunda, y cuya fuerza, siempre vivificadora, es tal, que después de XIX siglos que se están oyendo pronunciar, parécenos asistir á la fundación de este edificio colosal y perpetuamente triunfante: ¡Tú éres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y nadie prevalecerá contra ella!

Es evidente, por tanto, que el Salvador del mundo establece su Iglesia sobre Pedro, el primero de los Apóstoles: ninguno le fué asociado en una circunstancia tan memorable; todo descansa sobre él solo. Los demás discípulos concurrieron como simples testigos é instrumentos á la edificación de este templo místico, pero cuyos destinos no van unídos á ninguno de ellos; su caida no producirá la del edificio. Los sucesores de Santiago pueden apostatar en Jerusalen y todo el Oriente puede imitarles en su defección, sin que por esto se conmueva la Iglesia. No es á Andrés, ni á Felipe, sino á Simon, hijo de Jonás, á quien se le dijo: *Tú eres Pedro y sobre esta*

*piedra* (piedra única, porque era preciso que el fundamento de la unidad fuese uno en sí mismo, como dice San Paciano) *edificaré mi Iglesia*, contra la que vendrán á estrellarse todas las fuerzas adversas. Y ¿porqué? Porque su base es indestructible, pues está *edificada sobre la piedra,* que no pueden derribar ni los vientos ni las aguas, esto es, los agentes de destrucción. Así lo garante Jesucristo.

Dadas estas nociones generales, vamos á tratar por separado de la supremacia y de la infalibilidad del Papa.

### La Infalibilidad

Pedro, ó mejor dicho, su autoridad, ha de continuar perpetuamente, porque la Iglesia es perpetua, para todos los siglos; y es evidente que no puede dejar de tener el fundamento que le puso Jesucristo. Ahora bien; una autoridad, un primado que no estuviese garantido del error en su magisterio ¿cómo podría ser el fundamento de una Iglesia que debía enseñar la verdad? Sin embargo, la Iglesia está edificada sobre Pedro, simple mortal, como sus sucesores: este prodigio no puede esplicarse sino por otros; escuchemos la sabiduría divina: *Despues de convertido*, dice á Pedro, *confirma á tus hermanos: Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe.* Luc. XII. 32.

Así que, la fe de Pedro y de sus sucesores, robustecida firmemente por la plegaria de Jesucristo, nunca se oscurecerá, á no ser que se quiera decir que Jesucristo rogó en vano. Ni se replique que un puro hombre no puede ser infalible, esto ya lo sabemos; pero aquí

se trata del Jefe de la Iglesia, al que esta infalibilidad le es comunicada por Dios en virtud de una asistencia ó auxilio especial para el desempeño de la misión que se le confiere como Jefe de la Iglesia, y sólo como á tal.

¿Cómo, en efecto, podría Pedro cumplir con la misión que le da Cristo de *asegurar á sus hermanos y confirmarlos* en la fè, en la sana doctrina, si hubiese sido posible que él mismo la corrompiese ó abandonase? Si no estaba libre de una caída tan deplorable; si pudiese faltar el fundamento, ¿qué sería del edificio levantado sobre esta base? y ¿qué sería de la Iglesia, sino una lamentación eterna sobre las promesas y un dolor inconsolable, viendo desvanecer para siempre destinos tan grandes y magníficos?

Pero, nó; la Iglesia es inmortal como el mismo Dios de quien es obra; la mano poderosa de su Fundador puso en ella el principio de una vida, que no concluirá jamás: *Yo permaneceré con vosotros hasta la consumación de los siglos.* (Matt. XXVIII. 20). Yo permanezco con vosotros; Yo, que soy *la verdad y la vida.* Yo estoy con vosotros sosteniéndoos é iluminándoos por medio de mi espíritu; Yo estoy con vosotros en la persona de Pedro, que he establecido en lugar mio para *confirmar* y dirigir *á sus hermanos.* De manera que el que no siga este guía, se extravía, y el que no está asegurado por él, vacila; deshechar sus decisiones, es negar la promesa de infalibilidad manifiestamente contenida en la súplica del Salvador: *Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fé.... y tú confirma á tus hermanos.*

Así que ninguna otra Iglesia divide con la de Pedro, que es la de Roma, esa hermosa prerogativa, que hace de su doctrina la regla cierta

é invariable de la de todos los cristianos. Por eso decía muy bien un célebre publicista: en medio de las múltiples iglesias que se titulan cristianas ¿cuál podrá llamar nuestra atención? La Iglesia católica, no solo porque es la más antigua; sino principalmente porque considerándose infalible, hace que sea la única que pueda pretender representar el verdadero cristianismo; y como ha sido la religión del pasado, tambièn lo será la del porvenir; pues el solo hecho de confesar las demás sectas ó iglesias separadas, que no son infalibles, demuestran que no están ciertas de su cristianismo, ni de la interpretación que dan del Evangelio.

Y en verdad, que podriamos declarar con San Agustin: *Evangelio non crederem, nisi auctoritas Ecclesiæ me teneret:* No creería en el Evangelio si no fuese por la autoridad de la Iglesia.» ¿De qué nos serviría el Evangelio, si la autoridad de la Iglesia no fuese infalible al enseñarlo y predicarlo?

Ah! El divino Redentor conocía muy bien las exigencias de nuestra conciencia y de nuestro corazón. ¿Qué sería de nuestra paz y tranquilidad de conciencia, si no creyesemos que nuestras creencias reposan en una regla y en un fundamento infalible? Nuestra fé sería perpetuamente vacilante; porque en vano apelaríamos á la infalibilidad de nuestra razón, leyendo ó interpretando el Evangelio. Y ¿cuántas gracias no debemos dar á Dios los católicos por habernos concedido la grande é inapreciable gracia de vivir *confirmados* en nuestra fe? No hay duda; nuestros pobres hermanos protestantes y disidentes, que andan, como dice el Apóstol, al viento de toda doctrina, se han de sentir tristemente fatigados en busca de la verdad, sin estar ciertos ja-

más de encontrarla, aunque sepan que está contenida en la Biblia; porque ¿quién se la explicará? Cuando el apóstol San Felipe vió que el Superintendente de la Reina de Candaces leía la Biblia, le preguntó si la entendía, y aquel le respondió: *¿cómo la he de entender si nadie me la explica?* He aquí la situación de todos los cristianos que carecen del magisterio infalible de la Iglesia: sufren el suplicio de Tántalo; tienen tan cerca la verdad y en su rebelión encuentran el castigo, por no acudir á quien representa la autoridad de Jesucristo: *El que no obedeciere á la Iglesia, sea tenido por un gentil y un publicano.* (Math. XVI. 18.)

Y ante esta declaración de Cristo, no comprendemos porque se enfadan los disidentes al advertirles que obran y se conducen *como gentiles* no obedeciendo á la Iglesia.

*
* *

Pero hay mas, sin esa prerogativa de la infalibilidad, se hubiese destruido *la unidad* del dogma ó creencia cristiana; pues que, si existiesen, como cree el protestantismo, muchos centros, muchas autoridades iguales, independientes, y por consiguiente, rivales; entonces la misma verdad revelada, en vez de ser un vínculo de paz y de unión, hubiera sido una causa contínua de división y discordia, como sucede con las innumerables sectas protestantes.

No podemos admirar suficientemente la divina sabiduría que, comunicando al Jefe de la Iglesia uno de sus más gloriosos atributos, asegura para siempre la perpetuidad de la ver-

dadera fé y la esperanza consoladora de la unidad del dogma.

Así, pues, dando á su Iglesia, en la persona de Pedro, el don de la infalibilidad, Jesucristo ha comunicado á la misma su verdadera grandeza y su dignidad original, y fundó realmente su independencia religiosa. Debemos á la Iglesia el no ser presa de los sofistas, ni doblar la rodilla ante estos falsos sistemas, ídolos hoy adorados y despreciados mañana, ni estar como los hijos de la tutela, siempre vacilantes y dudosos, y siempre arrastrados por los vientos de mentidas opiniones, según el espectáculo que dan las indefinidas sectas disidentes.

En efecto, dice Hettinger, «una autoridad que no sea infalible en la Iglesia, no es autoridad. Una autoridad sujeta á error en materias de fé y de moral, no solamente sería ilusoria y vana, sino también funesta. ¿De qué serviría haber fundado Jesucristo su Iglesia, si se quiere que sea incapaz de preservar contra el error el tesoro de las divinas verdades? Si la Iglesia es falible, en vano vino Cristo; si la Iglesia no tiene razón, reinará la duda y la indiferencia.»

Pues bien; esta concepción hermosa de la Iglesia de Cristo, infalible y autónoma, con un programa cierto y seguro para la humanidad, es lo que vino á destruir el protestantismo, entregando el Evangelio al libre exámen de cada individuo; como si Jusucristo, en lugar de fundar una Iglesia, se hubiese limitado á proponer, como cualquier filósofo, un sistema de doctrinas abandonado á la discusión de los hombres. Antes bien, Jesucristo dijo á sus apóstoles: *id y enseñad á todas las gentes á observar lo que os he mandado; el que creyere se salvará*

*y el que no creyere se condenará.* Pero ¿qué será entonces del *libre pensamiento? Si cree*, se salvará libremente; y *si no cree*, se condenará libremente también. La libertad no es *la regla*, sino *la condición* de la salvación; porque con libertad nos salvamos ó no, según el uso que de ella hagamos. Si se pone la libertad *por regla*, como hace el sistema protestante, en vez de la Iglesia de Jesucristo, resultan tantos Evangelios, tantos credos religiosos é iglesias como interpretaciones individuales pueden existir. Esto es destruir el Evangelio y la doctrina de Jesucristo, que no puede ser más que una, como la verdad.

Llamar, por tanto, cristianismo *puro* y Evangelio *puro* el librado á la interpretación individual, es la aberración más inconcebible: es el racionalismo con máscara cristiana. Y en efecto ¿en qué cree el protestantismo? Esta pregunta no tiene respuesta, porque es distinto el credo de cada una de las múltiples confesiones que lo constituyen; viene á reducirse á creer lo que *cada cual* sospecha estar contenido en la Biblia. ¿Será Evangelio *puro* el interpretado por Lutero; ó por Calvino, ó por Zwinglio, etc., etc.? Pero ¿cómo puede ser *pura* verdad, siendo múltiple su interpretación?

***

Y es digno de notarse que, mientras el protestantismo autoriza todas las interpretaciones bíblicas, niega la legitimidad de la única que nació con el cristianismo, cual es la católica. «Pensad como querais, dicen, con tal que no admitais la Iglesia católica», la que debería tener, por lo menos, el derecho de interpretar la

Biblia en el sentido que lo hace, segun el mismo principio protestante.

Mas, los cismáticos y disidentes responden qué entonces perderían la prerogativa inviolable de la libertad. Pero, ¿cómo? La garantía de la libertad para la conciencia y la razón ¿no es la certeza de verse libre del error y del mal? La razón y la conciencia están obligadas á acatar el bien y la verdad y á rechazar el error y el mal. ¿Qué mayor satisfacción y grandeza para nuestro espíritu que tener en este asunto un guía infalible? Esa es la perfección de la libertad y la independencia de la conciencia, á las que sólo en la Iglesia podemos aspirar.

Y si se trata de la libertad psicológica, ó libre albedrío ¿quien la niega y qué imposiciones materiales ó civiles nos obligan á profesar en el seno de la Iglesia? La adhesión á la autoridad de la Iglesia es un acto libre y racional, que se realiza libremente, por convicción; aunque, como es natural, bajo la sanción de nuestra propia responsabilidad; porque no existe *libertad moral*, desde que estamos obligados *moralmente* á hacer el bien y aceptar la verdad, rechazando el error y el mal. Esta es la regla de conducta del ser racional y de todo hombre.

Tampoco ignoramos que los protestantes han querido probar que de *hecho* algunos Papas han fallado enseñando errores dogmáticos. Para ello apelan á ciertos hechos de algunos Papas, en los cuales sin embargo, jamás ha habido la menor sombra de difiniciones de fé. Así, algunos ministros protestantes han tenido valor para oponer á la infalibilidad cuestiones juzgadas, aún por protestantes que respetan la crítica histórica, comolas de Liberio, Virgilio y Honorio. Son indignas vulgaridades.

Así, es de todo punto evidente, á saber, que el gran Liberio no redactó nunca cosa alguna que fuese contraria á la fé, padeciendo persecución por negarse á las imposiciones del emperador Constancio en favor del arrianismo, siendo una calumnia arriana interpelada en la *Apología* de S. Atanasio, pues este escribió la Apología contra los arrianos *dos años antes* que Liberio fuese Papa.

En cuanto á Vigilio, jamás vaciló en las cosas de fé, aunque sí en las cuestiones de oportunidad, dudando si era conveniente ó necesario condenar á tales hombres y escritos (la cuestión de los tres Capítulos), que el Concilio de Calcedonia había perdonado. Tampoco el Papa Honorio enseñó, como se dice, el monotelismo en sus cartas al patriarca Sergio; pues lo que enseñó muy formalmente fué lo contrario, y lejos de definir cosa alguna contra la fé, su falta consistió precisamente en no *querer definir nada*, como él mismo lo dice, contra una novedad, cuyo veneno le había ocultado el astuto Patriarca de Constantinopla. Así, tambien está constatado que nunca el Concilio VI Ecuménico pensó en condenar á Honorio como personalmente culpable de heregía, sino tan solamente culpable de negligencia. Estas indicaciones están plenamente probadas, entre otros autores protestantes, por Constant en « *La Historia y la infalibilidad de los Papas,* » á la que remitimos á los adversarios, que deseen más pormenores.

***

Por no entender bien el sentido y el alcance de la infabilidad pontificia, es por lo que mu-

chos la combaten, y hay entre cierta clase de personas tanta repugnancia á creerla; por eso esplicaremos brevemente su concepto.

La infabilidad es distinta de la impecabilidad. Los Papas son infalibles, pero no impecables; ninguno ha faltado á la fé; pero pueden faltar á la ley de Dios. Por eso los Papas se confiesan como todos los demás fieles cristianos.

El Concilio Vaticano definió que el Papa es infalible *cuando habla ex-cathedra, es decir, cuando ejerce el cargo de Pastor y Doctor de todos los cristianos.* La infabilidad no muda en un caso concreto la condición de la naturaleza humana; así, cuando decimos que es infalible, no decimos que deje de ser hombre; no le atribuimos una infabilidad absoluta y natural. La singular prerogativa de no poder engañarse, no se explica por su talento natural y como propia, sino, como dijo el Concilio Vaticano, *mediante la divina asistencia que le fué prometida en el bienaventurado Pedro*, esto es, como Jefe de la Iglesia.

Asi entendida, no envuelve en absoluto repugnancia, ni se explica que haya dado pretexto á tan virulentos ataques y ridículas suposiciones. La infabilidad del Papa no le viene de su mismo entendimiento, que es finito, sino que es un don de Dios, quíen tiene poder para hacer cumplir su promesa, moviendo é ilustrando el espíritu de sus Vicarios para que enseñen la verdad, é impedir que caigan en error: *he rogado por ti para que no falte tu fe.*

La infabilidad del Papa no se extiende á todo lo que diga ó enseñe: solo es infalible como lo precisó el Concilio Vaticano, *cuando define en virtud de su apostólica y suprema autoridad la doctrina sobre la fe ó costumbres, que debe ser*

*profesada por toda la Iglesia.* Asi que, como dice el Card. Belarmino: «Todos los católicos convienen con los hereges en que el Obispo de Roma puede errar, siempre que no hable como Jefe de la Iglesia y acerca de asuntos dogmáticos y morales.» Luego es una ridiculez decir que los católicos están obligados á creer todo lo que al Papa se le antoje decir.

Ni se diga que la infabilidad se opone con sus definiciones al progreso de las ciencias; pues no es éste su objeto, á no ser cuando, saliendo las ciencias de sus límites propios, entran en el campo de la fe y de la moral, combatiendo sus principios.

Lejos de cortar las alas del pensamiento les hace extender su vuelo, como lo ha demostrado la experiencia: los Papas han sido los protectores de las ciencias. (1)

Por fin los Papas, no inventan dogmas, sino que solo declaran lo contenido en la revelación cristiana. Así, cuando definen un dogma, no proponen una verdad nueva, sino que declaran que está contenida en el depósito de la revelación. No hay dogmas nuevos, sino *nuevas* definiciones, cuando las heregías ó una discusión sobre una verdad tradicional, hace necesaria la definición para más esclarecimiento de la fé en los creyentes.

1—El creyente sabe que no puede la ciencia llegar á contradecir la fé porque de ambas es Dios el autor; pero de hecho la ciencia está emancipada de la fé y se ha colocado en la actitud del apostol Tomás, que dudó y no creyó hasta palpar la realidad de las llagas del costado. ¡Qué le hemos de hacer! Pero llegará el día en que se convencerá, despues de sus dudas y tanteos; pero la fé no puede ir á remolque, porque entonces variaría. Hace treinta años se daba por verdad científica la generación expontánea: hoy no es admisible. Entonces la fé hubiese variado.

## La supremacía del Papa

Sin embargo, la previsión de Jesucristo se extiende todavía más allá, y no agotó sus tesoros con el gran don de la infalibilidad, que es mas bien en favor de la Iglesia. Sabía que Pedro sin autoridad para atraer á los que yerran, dirigir á los que se extravían y conducir á todos por un mismo camino, habría poseído inùtilmente para la Iglesia el privilegio de una fe inmutable; así añade inmediatamente: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas* (S. Juan XXII. 16 y 17), las madres y los hijos, los pastores y el rebaño. Y desde este momento quedó Pedro, como pastor universal, revestido del poder, que le había prometido con las llaves del reino de los cielos, y que hará triunfar de todas las pruebas y errores su indefectible fe.

El Pontífice romano, como pastor universal, tiene debajo de él á todos los pastores que dirige, gobierna y confirma, según el mandato de su Maestro, á fin de que no haya mas que un solo pastor y una sola grey. Enviados para bautizar y enseñar, no bautizarán, ni enseñarán sino bajo la dependencia y por la autoridad del que los debe *apacentar* y *confirmar*, y que puede siempre pedirles cuenta de la misión que se les dió, y que es libre para ampliar ó limitar, según la necesidad y conveniencia de cada porción de la sociedad ó de la sociedad entera. Los ejemplos se agrupan en gran número en confirmación de estas máximas sobre la constitución eclesiástica.

El Primado de la cabeza aparece claramente en veinte lugares de las Actas de los Apóstoles; y los Padres S. Cipriano y S. Agustín, al hablar

de S. Pablo y de la santa libertad con que advirtió á Cefas, le llaman un apóstol inferior.

«Era preciso, dice Bossuet, que este mismo apóstol Pablo, el gran Pablo, *viniese á verlo* en Jerusalen; no al gran apóstol Santiago, obispo de Jerusalen, llamado el Justo, é igualmente respetado por los cristianos y por los judíos; no era á él á quien debía venir á ver Pablo, sino que vino á ver á Pedro, y á verlo según la fuerza del original, como quien viene á pedir órdenes al que es mayor y de más autoridad.

Si no fuera por evitar proligidad, podríamos desplegar aquí toda la tradición en favor del primado de honor y jurisdicción que tiene el *Papa* en toda la Iglesia. Esto es lo que enseñan todos los Padres desde los primeros siglos; así: Orígenes (Hom. 5 in Exodo), San Atanasio (Epist. ad Felic. papam), S. Gregorio Nacianceno (de Moderat.), S. Epifanio (In Ancor.), S. Juan Crisóstomo (Hom. 55 in Matt.), S. Cirilo (Cap. I. in Joan.), Teofilacto (In cap. II. Luc.), Tertuliano (De præscript. Cap. 22.), San Hilario (Cap. 16 in Matt.), S. Gerónimo (In Cap. 16. Matt.), San Agustin (Serm. 203.), San Máximo (Serm. 1. de S. Pet.), S. Paulino (Epist. 22. ad Sever.) y S. Leon (Serm. 2. in Assumpt.).

Todos convienen en decir con Tertuliano, tan inmediato á la tradicción apostólica: «El Señor dió las llaves á Pedro y por él á la Iglesia»; ó con S. Optato: «San Pedro recibió él *solo* las llaves del reino de los cielos, para comunicarlas á los demás.» En todos los siglos vemos salir la misma voz de todas las iglesias; constatando la historia religiosa y profana el ejercicio de la autoridad universal del Papa en la Iglesia á pesar de los cismas y heregías.

¿Puede tener una base más firme y constante en la tradición cristiana desde los siglos primitivos el primado y soberanía del Papa en la Iglesia universal? El Cisma griego y el Protestantismo se han separado de la Iglesia sin fundamento alguno en la Escritura, ni en la tradición, ni en la historia.

*
* *

En efecto; en el principio, y quizás en el principio mejor que en ningun otro tiempo, el caracter y prerogativa suprema del Jefe de la Iglesia se manifiesta plenamente en los actos tan numerosos como brillantes de su potestad soberana, y en la veneración profunda con que acataban su trono los fieles y obispos del mundo entero.

En todas partes en la S. Escritura aparece Pedro á la cabeza del colegio apostólico. Apenas dejó la tierra el Salvador, obra y manda en nombre suyo. El es el que ordena dar un sucesor á Judas; él, el que convoca y preside la asamblea en que debe ser elegido el nuevo apóstól; él, quien designa entre ellos el que se debe elegir, y si no le nombra solo, como tenía derecho para ello, dice S. Juan Crisóstomo, es porque quería dar ejemplo de ese espíritu de condescendencia y de caridad que recomienda con tanta fuerza á todos los pastores. Pedro es el primero que anuncia á los judíos el Evangelio de la salvación: Pedro es el que responde ante los magistrados, y el infalible intérprete de la fe, es también su primer mártir y confesor.

Una especial vocación destina á Pablo á ser el apóstol de los gentiles; sin embargo, no es él

el que les ha de abrir la entrada de la Iglesia, sino Pedro, por el que debían venir todos los pueblos. Si la sociedad cristiana estuvo agítada por disensiones en su nacimiento, tambien es Pedro el que las apacigua en un Concilio en que habla el primero, y en el que solo habla uno después de él para confirmar sus decisiones por la autoridad de los profetas.

Sus sucesores continúan dando leyes á las iglesias, que las reciben y se conforman con ellas con una plena sumisión. El Papa San Clemente las prescribe á la Iglesia de Corinto en una carta, que Ireneo llama *potísima,* porque este obispo sabía que *todas las iglesias y todos los fieles de la tierra deben obedecer á la Iglesia romana por razón de su eminente principado.* Así es como en aquellas épocas primitivas todo concurre á justificar la alta idea que todo católico concibe de aquella *cátedra eterna de la que debían partir en todos los tiempos los rayos del gobierno*, como dice Bossuet en su elocuente sermón sobre la unidad.

Pero un argumento, que nos parece decisivo para demostrar cómo se entendió la fundación de la Iglesia por Jesucristo, se nos ofrece en la mísma era apos'ólica. Al suscitarse el célebre cisma de Corinto, recurren los fieles para atajarlo al Sumo Pontífice San Clemente, à pesar de que vivía aún el Apóstal San Juan, y á pesar de que escribió éste, con el fin de apaciguar los ánimos y zanjar las desavenencias, una larga y sentida Epístola, que ha llegado hasta nosotros. Y adviértase que durante la vida del Apóstol San Juan habían gobernado la Iglesia, como sucesores de Pedro, los Pontífices San Lino y San Anacleto, anteriores á San Clemente. Luego, pues, esta tradición

apostólica demuestra que no se reputaban Jefes de la Iglesia á los demás Apóstoles, ni á sus sucesores, puesto que viviendo aún un Apóstol, los fieles, ó mas bien dicho, la Iglesia, solo acató la autoridad de Lino, de Anacleto y de Clemente, inmediatos sucesores de San Pedro, primer Jefe de la Iglesia. Por eso decía San Ambrosio: *Ubi Petrus ibi Ecclesia.* «*Donde está Pedro* (en sus sucesores) *allí está la Iglesia.*»

Tal es la constante doctrina de la tradición universal; y sin embargo, no ignoramos que estos testimonios que podríamos multiplicar hasta lo infinito, se esquivan por hombres que se glorian de oponer á una tradición de casi XX siglos los ensueños de una imaginación delirante y las malas pasiones de un corazón viciado por el orgullo y cansado de la obediencia.

A toda esa augusta y venerable tradición ¿sabeis lo que oponen? La triste y miserable autoridad de algunos apóstatas: un Lutero, un Calvino, un Zwinglio, como si los hereges y las heregías fuesen una novedad al través de los siglos, mientras están anunciadas por la Escritura: *oportet hæreses esse*, es necesario que existan heregías; porque sirven de ocasión para definir la verdad y los dogmas, como sirvió la pretendida Reforma para dilucidar la soberanía pontificia y restaurar la disciplina eclesiástica. Dios no permite el mal sino para sacar mayor bien.

Pero ¿qué autoridad tenía Lutero y demás heresiarcas para sustituirse á la soberanía del Papa en la Iglesia? ¿Porqué era usurpada acaso? No; la Iglesia debe ser lo que fué según la constitución primitiva, sino dejaría de ser

la Iglesia de Jesucristo, careciendo del fundamento ó piedra fundamental puesta por el mismo Jesucristo. Hablad á esos hombres del consentimiento unánime de los siglos; se harán los sordos para no entender lo que no les conviene, y si les quereis obligar á que os escuchen, condenarán toda la augusta tradición apostólica y patrística, antes que abandonar los prejuicios que se han formado. Cada protestante se considera con la ciencia suficiente para decir á la Iglesia universal: *tu te has equivocado y soy yo quien lo dice.*

¿No es ésto el colmo del orgullo? Presentadles esa larga serie de hechos, en los que está tan vivamente expresada la autoridad de la Santa Sede, y no verán más resultado que el de una negra intriga urdida para sugetar la Iglesia á un solo hombre. Manifestadles los escritos y encíclicas en que los soberanos Pontífices á la faz del universo proclaman tan alta su autoridad, fundada en la de Pedro, y os dirán que en esos monumentos reverenciados por todos los cristianos, no ven más que pretensiones excesivas é imposturas inventadas para colorar las injusticias y favorecer la usurpación.

He aquí el lenguaje con que llenan sus libros; lenguaje al que, lejos de darle más acritud, lo hemos suavizado, porque es el odio sectario y los prejuicios inveterados lo que en él se revelan. Porque ¿quién podría determinarse á manchar su pluma con las injurias que no se avergüenzan decir á los Vicarios de Jesucristo, consecuentes en esto con el infame y grosero lenguaje del apóstata Lutero, su corifeo más sonado?

*
* *

Más, sino creen á los hechos, á los doctores, á los Papas, ni al mismo Jesucristo, que dice: Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, sin que puedan prevalecer contra ella las potencias adversas, ¿á quien creerán? Y si es la cátedra de Pedro la única de donde débe hallarse constantemente desterrada la verdad ¿porqué se mandó en su persona confirmar á sus súbditos y hermanos? Engañarlos para esclavizarlos, ¿sería confirmarlos? ¿Eran mentiras las que debían llevar á las naciones en virtud de estas palabras, *id y enseñad á todas las gentes?* ¿Estaba destinado el centro de la fé para ser el asiento de la impostura? Pero todo esto, además de blasfemo, es incompatible con la palabra y la promesa del Cristo; pues, si el Papa, por usurpación, ha gobernado la Iglesia hasta el siglo XVI, época de la aparición del protestantismo, que pretendió reformarla, se deduciría entonces que durante XVI siglos prevaleció el averno ó los consejos del error contra la Iglesia de Jesucristo á pesar de la promesa divina.

Mas, no haya temor, el Papa, como verdadero Vicario de Jesucristo, continúa gobernando la Iglesia, y continuará esta misión hasta la consumación de los siglos; mientras el protestantismo, agoniza y se disuelve como sistema religioso, según confesión de protestantes esclarecidos é imparciales, y dá el triste espectáculo de una descomposición general; cada uno cree lo que se le antoja.

Más, el Pontificado no muere, antes bien, vésele hoy en la cumbre de todo su esplendor, á pesar de estar abandonado á sus propias fuerzas y perseguido por la más formidable conjuración de la masonería, el protestantismo y el

anticlericalismo mancomunados; pero vencerá esta vez como ha vencido siempre.

Y en la hora presente, en que el principio de autoridad está minado y amenazado por todas partes, no quedándole más recurso, y éste débil, que la fuerza material, es consolador considerar y ver que reside intacto é invulnerable en la Iglesia; y mientras que todo tambalea y parece desplomarse bajo los esfuerzos de una descomposición y revolución universal, ¡cómo es consolador contemplar á la Iglesia asentada sobre la roca de Pedro, permanecer de pié en medio de este cataclismo y continuar su vida fecunda, en sus conquistas á través del mundo! ¿Y cuándo ha sido más íntima y estrecha la unión de la Iglesia con su Pastor supremo?

Sí; el Pontificado es imperecedero y el coloso más grande de la historia. Ante él, todo es efímero y transitorio; y contra él nada prevalecerá.

Y esto no es un alarde insensato: diecinueve siglos de experiencia al través de las luchas mas terribles, han curado de espanto al catolicismo: cada lucha ha sido una victoria.

Pero hoy se dice que el mundo pertenece al *libre pensamiento*, incompatible con la revelación. Esto no es verdad: el libre pensamiento incrédulo, no es el *pensamiento libre*, que admite la legitimidad de la revelación y las pruebas racionales de la misma. Si la revelación sobrenatural es el fundamento de la Iglesia, la demostración de su existencia se funda en pruebas naturales ó al alcance de la razón natural. Aunque no es esta la ocasión de demostrar esta verdad, puede apelarse para ello á los apologistas del cristianismo, que por fortuna no escasean.

## Los Papas son la mayor grandeza de la historia

Por fortuna ha sonado la hora de las grandes reivindicaciones de la historia; y la institución que mas ha ganado en ellas es la institución divina del Pontificado, y precisamente en los momentos en que el anticlericalismo, en el paroxismo de su saña sectaria, se propone cubrirla de infamia y de las mas negras calumnias.

Y bien, podemos declarar muy alto que los Papas constituyen la mayor grandeza de la historia.

Esta proposición es la más verdadera y consoladora para la humanidad, y con raras excepciones, es aclamada entre los que se consideran sabios y eruditos á título legítimo.

Afortunadamente esta historia de los Papas comienza á ser objeto de atención entre autores notables, distinguiendose en estos estudios publicistas protestantes é imparciales que han rehabilitado la memoria de los pontífices más calumniados, y no han desconocido la grandeza de la misión de los Papas en los progresos de la civilización.

Y desde luego, como lo advierte el ilustre publicista Perujo, cuya inspiración nos guia, una de las pruebas mas brillantes del origen divino de la Iglesia y de la asistencia que tiene de Jesucristo, su fundador, segùn su promesa, es la gloriosa serie de Pontífices que la han gobernado. Edificada sobre Pedro, como sobre una firme piedra, no ha faltado su solidez en uno solo de los sucesores de aquel.

Este hecho es el mas elocuente para todos los hombres pensadores.

No es posible sin grande admiración contemplar la larga y no interrumpida serie de los Romanos Pontífices; pues ellos se revelan hombres verdaderamente superiores, y desde hace diez y nueve siglos vienen siendo las figuras mas visibles de la historia, personajes que se han distinguido por sus altas prendas, por sus excelentes dotes, por todo género de virtudes y buenas cualidades; cada uno ha dejado á la posteridad una memoria durable de su paso en algún insigne beneficio, y cada uno ha conquistado su celebridad peculiar, constituyendo la dinastía más prodigiosa y una selección de las personalidades más salientes en cada época de la humanidad.

Sube de punto la admiración considerando que forman esta inmensa cadena unos *dos cientos sesenta* Papas, que han vivido en tan diversas épocas de agitación y de paz, de persecución y de respeto; que han sido de diversos paises, de diversa edad, de diversós genios, de diversas inclinaciones, y que han salido de todas las clases sociales, desde la mas alta nobleza hasta la mas humilde familia, y sin embargo, todos han guardado la majestad de su posición y de muy pocos puede decirse que no hayan sido del todo dignos de la Tiara. Indudablemente el Pontificado es una institución divina, cuando tal majestad y grandeza comunica á los que han obtenido esta dignidad.

Y á la manera que, si se reunen muchas antorchas, cada una tiene su luz; y reunida la luz de todas, aumenta vivamente su claridad y extensión, así cada uno de los Papas brilla con sus dotes particulares; pero todos en conjunto,

hacen que el Pontificado deslumbre con los más benéficos y magestuosos resplandores; nada ha podido superar ni en su duración ni en grandeza á la augusta dinastía del Pescador de Galilea; todas son de ayer comparadas con ella, y su trono ha sido incomnovible, no teniendo más fuerza que su grandeza moral. No ha existido jamás cosa semejante en la historia de la humanidad.

Se dirá que ha habido algunos Papas menos dignos de la magestad pontificia. No lo negaremos, porque no es una dinastía de ángeles; pero sí diremos que han sido rarisímos, y que, si han cometido faltas, no ha sido obrando como Papas, sino como personas particulares; y aun este pequeño número va disminuyendo á medida que la sana crítica histórica deshace las calumnias inventadas por sus adversarios, como veremos al considerar los Papas como personas particulares. Sin embargo la Providencia ha permitido los defectos de algunos para que resalten más las virtudes del mayor número; y téngase presente que esto ha sucedido cuando la Iglesia no gozaba de libertad para elegir sus Pontífices.

Por lo demás, los que han profundizado la historia saben que todos los hombres célebres tienen mucho que disimular en su vida privada; aunque hay esta diferencia á favor de los Papas; entre los hombres célebres han sido rarísimos los que, como personas particulares, no han tenido defectos mayores que los de los Papas; al paso que entre estos han sido rarísimos los que los han tenido. Los hombres célebres sin tacha han sido la excepción; los Papas sin ella son la regla general.

Además, el caracter augusto de que están

revestidos los Papas, contribuye en gran manera á que se noten sus faltas y aún se abulten; y lo que en otros hombres parecería indiferente, en un Papa parece reprobable. Y por último, esas raras excepciones no han influído para que el Pontificado deje de ser la más grande institución, como inmensos los beneficios que á ella debemos, siendo uno de los más apreciables haber salvado la civilización.

Son los Papas las más grandes figuras de la história.

M. de Laurentie ha dicho: «Los hombres son ingratos y echan en olvido lo que debiera fijarse eternamente en su memoria; y como existe en la sucesión papal un no se qué de austero, que avergüenza y contraría á los vicios y al orgullo, no quieren reconocer toda su grandeza augusta y protectora. El Pontificado aparece á nuestros ojos en el espacio de diez y nueve siglos con un carácter de grandeza y de beneficencia universal que debería hacer doblar la rodilla á todas las naciones; el pontificado ha levantado al hombre de su humillación exterior, así como lo había sacado de su decadencia moral por el cristianismo; es desde su principio la representación de la dignidad de los pueblos ante la tiranía imperial, y engendró en las almas un deseo de perfección y de grandeza que no se vió jamás.»

*
* *

Para comprender bien el mérito de los Papas, en esa serie de soberanos, que atravesó diecinueve centurias con una duración prodigiosa, es preciso profundizar el espíritu de la época en que vivieron, las circunstancias en que se halla-

ron colocados así como su carácter en medio de los diversos acontecimientos, y se verá que casi todos ellos han sido superiores á su siglo.

Al compararlos con los personajes contemporáneos suyos, se les vé descollar sobre ellos de una manera sorprendente, y ser dignos de ocupar el primer lugar entre los grandes de la tierra, realizando siempre el prodigio de dominar la fuerza bruta con la fuerza intelectual y moral, que es el florón más hermoso de todas las conquistas de la civilización; y ellos marcharon siempre á la cabeza de todo verdadero progreso, dando impulso á la moralidad, á la cultura y al bienestar de los hombres y sociedades, como lo reconocen los historiadores más imparciales.

A veces aparecen los Papas como hombres providenciales, suscitados por Dios, para defender la fe contra el error, los derechos de la Iglesia contra los usurpadores, los derechos de los pueblos contra el despotismo de césares y emperadores, la causa de la civilización contra las embestidas de la barbarie; es preciso ser ciego en la historia para no reconocer esta verdad, confesada por el incrédulo historiador Laurent.

El mundo contemplaba con asombro este espectáculo único: sentado sobre la cumbre de los pueblos, gozando de una dominación universal, en medio de naciones que no tenían más ley que la fuerza material, veíase al más augusto soberano, que solo disponía de la fuerza moral para hacerse respetar.

Y no se crea que no han encontrado obstáculos en su glorioso camino. Los Papas más grandes han sido aquellos que han sostenido mayores luchas: la del imperio y el sacerdocio fué la salvación de la sociedad en sus liber-

tades políticas y civiles, por más que solo tuviese apariencia eclesiástica y religiosa.

Y si bien es esto una prueba de la intervención divina en los asuntos humanos, y especialmente en los de su Iglesia, manifiesta al mismo tiempo que los Romanos Pontífices han hallado en su dignidad la fuerza y grandeza necesarias para ponerse á la altura de los acontecimientos y hacerse superiores á ellos.

Los Papas han sido grandes, porque lo es la institución del Pontificado y ha reflejado en ellos su grandeza; asi qüe la Iglesia se ha manifestado siempre majestuosa en su cabeza y jefe visible; y cuando en virtud del elemento humano se relaja su disciplina, se reforma á sí misma, al decir de Macaulay, por espontánea reacción, como lo verificó el gran Gregorio VII.

Comprendiendo los Papas su dignidad, han tratado de conservarla á costa de los mayores sacrificios y sin retroceder ante ningún peligro. Sus luchas y sus trabajos nada tenían de miras personales, como lo prueba el hecho de dar gustosos su vida ó su libertad, ó morir en el destierro por no ceder ante la injusticia y la prepotencia; y asi triunfaba el derecho sobre la fuerza. Pocos han sido los Papas que han disfrutado con tranquilidad de su posición, pues han sido en todos tiempos el blanco de los mas encarnizados ataques. La heregía y el cisma, el escándalo y el error, la violencia y la astucia, la calumnia y la traición, las exigencias y la política, amargaban la vida de los Pontífices con multiplicados disgustos, que procuraban superar con magnanimidad, y por una compensación providencial, estos disgustos eran ocasión de que ejercitasen las mas heróicas virtudes. Con esto, al elevarse y santificarse ellos mismos, hacían

florecer las virtudes en toda la tierra, como advierte el sabio Cardenal Wiseman.

La historia de los Romanos Pontífices contiene, en efecto, las páginas más gloriosas para la religión y para la humanidad, y por eso causa compasión y tristeza ver al fanatismo antireligioso y sectario hablar sin respeto y hasta llenar de injurias á esos hombres insignes, los más venerables bajo todos conceptos.

Y en verdad; mas de *sesenta* Papas han dado su vida por defender la fé y los derechos de la Iglesia, y brillan con la aureola del martirio; mas de *cuarenta* han sufrido las más crueles persecusiones, cárceles, despojos y destierros; otros muchos han merecido ser puestos en el catálogo de los santos por haber practicado en grado heróico todas las virtudes evangélicas; y otros merecen el título de apostólicos por su celo en evangelizar los paises bárbaros. Entre ellos ha habido talentos distinguidos. hombres sabios en todas clases de ciencias, escritores notables, oradores elocuentes y hasta poetas. Ellos han sido hábiles políticos, legisladores prudentes y previsores, modelos de príncipes, lo más solícitos y paternales para los súbditos, apoyo de los débiles, defensores de todos los derechos, vengadores de todas las injusticias.

Ellos han tendido siempre al mérito una mano protectora, han fomentado el desarrollo de las ciencias y de las artes, fundadores y promotores de las primeras universidades, colegios, bibliotecas y museos, cuando nadie pensaba en honrar la ilustración y las letras, y han presidido á los grandes descubrimientos, como á los grandes inventos, formando de Roma, su gloriosa sede, el foco de luz que irradiaba en el

mundo entero, convirtiéndola en lugar de peregrinación obligada, aún hoy día para los cultores de las bellas letras y de las artes liberales. El solo Pontificado de León X, que dió su nombre al siglo más glorioso para las bellas artes, bastaría para dar gloria eterna al Papado.

Ellos han cumplido fielmente su misión divina de enseñar á todas las gentes y atraerlas así á la civilización cristiana, sobre todo con la obra magna y civilizadora de la Propagación de la fe. Ellos figuran en primera línea en la historia de todos los pueblos, y su nombre va unido á todas las grandes reformas y á todas las grandes instituciones; en una palabra, los Papas son la mayor grandeza de la historia.

Por último, el odio profundo que los enemigos de la Iglesia profesan á los Papas, y las malas artes que emplean para denigrarlos, es la medida del mérito que tienen. Su gloria confunde á sus enemigos, al paso que llena de satisfacción, no solo á los católicos, sino á los historiadores imparciales del campo adverso; pues, en verdad, es una gran satisfacción contemplar una dinastía de más de 260 individuos que constituyen el honor de la raza humana. Pero, lo que está escrito en la historia, no lo borrarán ni el odio ni los prejuicios.

Después de esta exposición general y á grandes rasgos sobre los Papas, vamos á considerarlos ahora como *Jefes de la Iglesia*, como *Príncipes temporales*, como *personas particulares* y como *protectores de los pueblos;* para ver si la Iglesia y la humanidad tienen motivo de congratularse por ellos como los mas ilustres miembros de ambas.

## Los Papas como Jefes de la Iglesia

Ya hemos hablado de la institución divina del Pontificado, de sus dotes y prerogativas; ahora veremos de qué modo han ejercido los Papas su augusto ministerio y su sublime misión. Dijimos ya como desde los primeros siglos ejercieron los Pontífices un poder supremo de decisión en asuntos de disciplina y gobierno. Sabidas son las célebres apelaciones á su autoridad, y la intervención que tenían en los asuntos de todas las iglesias, nombrando ó destituyendo Prelados y juzgando todas las controversias: era el ejercicio de la soberanía que Cristo le confiara en toda la Iglesia.

Ahora bien; ¿quien no admira el celo y actividad de estos hombres superiores, que lo mismo, cuando estaban perseguidos y puesta á precio su cabeza en las catacumbas, que cuando estaban respetados por príncipes y pueblos, sentados en el trono, se veían precisados á atender á los difíciles y variados asuntos de todas las iglesias del mundo? Ningún gobierno se le asemeja por su extensión y complexidad. pues es soberano inmediato en todo el universo y en todas partes tiene súbditos que le aman y obedecen. «Ego Leo, Papa Ecclesiæ universalis: *Yo, León, Papa de la Iglesia universal.* No hay rincón del mundo en donde no llegue su acción y jurisdicción espiritual.

Ni el Emperador de Roma, ni el mismo Alejandro Magno, tenían una jurisdicción más extensa; pues ya en tiempos de Tertuliano, decía este al Cesar: « nosotros nos extendemos

más allá de los límites de tu imperio, donde no llegan tus legiones. »

Nada hay más importante que la magnífica figura de los Papas, como principio de gobierno y de unidad de la Iglesia, y sus incesantes esfuerzos para conservarla segun la voluntad expresa de Jesucristo. Bajo este aspecto, se presenta el Papa como el fundamento de aquel inmenso edificio que abraza todas las naciones y á cuya sombra vienen á descansar los hombres de todo el universo. Semejante al centro de un círculo, cuya circunferencia se dilata incesantemente, y no está limitada á algun lugar de la tierra, pero cuyo centro responde á todos los puntos de la circunferencia, así todos los católicos están unidos al Papa como principio de unidad. Una sola Grey y un solo Pastor en toda la superficie de la tierra; de manera que el que no reconoce como Pastor al Pontífice de Roma, por ese solo hecho es evidente que no pertenece á la Grey de Jesucristo, por más que se llame indebidamente cristiano.

El Papa es el centro que está en correspondencia con todos y cada uno de los fieles; americanos, europeos, asiáticos, africanos, habitantes de la Oceanía, que tienen objetos distintos ó tal vez contrarios, segun la nación á que pertenecen, tienen sin embargo, un mismo interés como católicos, y consideran al Papa como á su Padre común, y obedecen y acatan sus decisiones, porque saben que está puesto por Jesucristo para gobernar su Iglesia. Por eso no se concibe un papel ni una misión más importante sobre la tierra, ni mayor grandeza entre las grandezas humanas. Y ante esa figura colosal aparecen pigmeas, como lo son en efecto, esas pobres iglesias separadas, cismáticas ó pro-

testantes, que han roto el redil por orgullo y andan descarriadas por el mundo, sin rumbo, sin dirección, al viento de toda doctrina y del capricho individual, porque les ha parecido mejor vivir sin la vigilancia del Pastor universal.

Pobres y ciegos, dignos de compasión ¿cómo no ven que esa desobediencia es contraria á la voluntad de Jesucristo, á quien pretenden seguir; pues él ha dicho: «El que no obedeciere á la Iglesia sea para vosotros como un gentil y un publicano?» Y esos *gentiles* con nombre de cristianos, en su ciego orgullo nos consideran víctimas del *yugo papal*, para disimular su apostasía; cuando ese yugo no es otra cosa sino el suave yugo de Jesucristo? Roguemos por ellos, que son al fin, nuestros hermanos, para que vuelvan á la casa paterna, esos queridos hijos pródigos del cristianismo.

*
* *

En virtud de su grande y divina misión han procurado siempre los Papas mantener la unidad en el gobierno de la Iglesia y extender la fé á todos los pueblos: *apacienta mi grey; enseñad á todas las gentes.*

¿Quien no admira su profunda sabiduría y severa rectitud al ver que, sin respeto á personas ni consideraciones humanas, sentenciaban siempre y en todos los casos con arreglo á la más estricta justicia? Solo tergiversando los hechos y calumniando, pueden los enemigos de los Papas acusar á estos en algunos casos de injusticia y arbitrariedades. Vigilantes por la unidad de la fé y la conservación de su depósito sagrado, apenas salía algún error ó pululaba alguna heregía, se apresuraban á condenar á los nova-

dores y á prevenir á los fieles contra sus seducciones.

El Papa ha sido siempre la expresión de la regla de fé para la Iglesia de Jesucristo, y esto salvó la integridad del cristianismo.

Por lo mismo se le ha visto reunir y convocar los Concilios generales, esas grandes asambleas en que se ventilaban los intereses de la Iglesia, y que han servido de modelo á los Estados generales y Parlamentos de las naciones modernas. En medio de tantos y tan venerables Prelados. venidos de todas partes de la tierra, se sentaba el Pontífice á presidir por derecho propio, por sí mismo ó por medio de sus delegados, sin que ninguno se opusiese. Entonces aparece grande el Papa ante las muestras de respeto de toda la Iglesia reunida; y en nuestros tiempos ninguno de los grandes de la tierra se ha visto rodeado de tanto esplendor como Pío IX en el Concilio Ecuménico Vaticano.

El Papa confirma las decisiones de los concilios, ó las deshecha en todo ó en parte, y su juicio supremo es aceptado por la Iglesia universal, porque responde al encargo que le hiciera Jesucristo de *confirmar* á sus hermanos.

Despues toma á su cuidado el hacer observar las disposiciones de los concilios generales ó particulares, y, si es necesario, dispensa en la disciplina. El se dirige á toda la Iglesia, *Urbi et Orbi*, por medio de sus Bulas, de sus Encíclicas ó de sus Constituciones, que son un modelo de prudencia y sabiduría; y con ellas manda, enseña, define. establece ó reforma en virtud de su autoridad suprema. Al mismo tiempo toda la Iglesia acude á él desde las más remotas comarcas, á certificarle su obediencia ó á pedirle gracias, dispensas ó absolu-

ciones. Legislador, doctor y monarca de la Iglesia universal, tiene súbditos en todos los países y en todos los climas, así como representantes, vicarios y nuncios en todas las cortes, en todos los Estados. El dispone de una milicia numerosa y bien organizada de todo el clero católico, secular y regular, que sigue fielmente el impulso y la dirección que él le da, y se mueve y obra al imperio de su voz, por simple deber de conciencia, sin coacción material de ninguna clase; y para que nada falte á su grandeza, al hacer uso de un poder tan vasto, por que es en beneficio de sus súbditos, se llama á sí mismo: *Siervo de los siervos de Dios.* Y he aquí como el Rey de la Iglesia es el más grande de los Reyes y el más augusto de los que dominan: *Rex Regum et Dominus Dominantium*, sin necesidad. sin embargo. de ejércitos permanentes ni de escuadras. Es en el mundo el ideal de la potencia moral y de la majestad espiritual. Por eso decía el ilustre publicista, Tocqueville: «Tengo una admiración profunda, mas grande de lo que podría manifestarlo, por esa potencia moral, la mas grande que existe en el mundo, representada por el Pontificado.»

*
* *

Los Papas como Jefes de la Iglesia, aprueban, establecen, reforman ó suprimen las Ordenes religiosas y dan una dirección saludable al espíritu de su institución, que siempre es provechosa á la Iglesia y á la sociedad. Todos los que componen estas asociaciones piadosas están á las órdenes del Papa y, en su nombre y bajo su dirección, se dedican á las obras más benéficas. Cultivan las ciencias, se dedican á

educar á los pueblos, practican la caridad, van á civilizar á los bárbaros, á rescatar á los cautivos y á predicar el Evangelio á los infieles. (1)

Y en esto, especialmente, se manifiesta el celo de los Romanos Pontífices; ellos iniciaron y regularon el gigantesco movimiento de las misiones extranjeras, fundaron la Congregación de *Propaganda Fide* y los seminarios de las misiones, en los que se estudian todos los idiomas conocidos, y envian de uno á otro polo esos ejércitos de apóstoles, destinados á cambiar la faz del universo.

Lo que no se había obtenido con esfuerzos aislados, ejecutábalo con éxito el Papado, reuniendo en sus manos las fuerzas del apostolado católico, y la distribución de todos los recursos de la cristiandad. Estudiáronse las costumbres y el espíritu de los pueblos; las

1.—Con motivo de la persecución despótica é inícua de que son víctimas las órdenes religiosas en Francia, ha escrito el insigne literato Francisco Copée, los siguientes hermosos párrafos:

«Uno de los más escandalosos espectáculos que nos reservan nuestros gobernantes, es el estúpido y cobarde atentado contra inocentes religiosos y vírgenes del Señor, cuyo derecho á reunirse en sociedad no puede ser más sagrado, puesto que lo ejercen para practicar las más grandes virtudes.

«¿A quién perjudican en esta sociedad moderna, tan neciamente orgullosa de si misma, esas órdenes instructoras, hospitalarias, contemplativas, que solo se dedican á hacer el bien, enseñando á la niñez la santa ley de Dios, cuidando con amoroso y fraternal desvelo á los enfermos y rogando á Dios por los impíos é indiferentes que blasfeman contra El ó le olvidan?

«¿Qué encontráis de extraño en ellos, excepticos contemporáneos? ¿Sus votos religiosos? En efecto, qué gran contraste y qué manifestación tan cruel contra vuestro género de vida. Ellos son voluntariamente pobres, mientras vosotros os arrastráis ante el becerro de oro; ellos son castos mientras vosotros os revolvéis en el cieno de todas las concupiscencias; ellos son humildes y obedientes, mientras vosotros estáis locos de orgullo y siempre prontos á la rebelión.

« Esas, esas son las verdaderas causas de vuestra cólera y de vuestro odio contra esos siervos y esas siervas del Señor: su ejemplo os es insoportable; y, no pudiendo imitarlos, pedís que los expulsen, esperando que así olvidaréis hasta el recuerdo de esas virtudes, que son una perenne acusacion de vuestra conducta.»

*Y el liberalismo jacobino habla de inquisición y proclama la libertad, ostentando en pleno siglo XX el más inícuo despotismo, atropellando con bárbara tiranía personas indefensas por el crimen de hacer uso de la libertad de enseñanza y de conciencia, que sus adversarios tan hipócritamente proclaman a todos los vientos.*

relaciones de los misioneros llevadas á Roma fueron comparadas y apreciadas. Las Congregaciones y las Ordenes religiosas recibieron cada una su parte en esta vasta herencia; á una señal transportábaseles de un cabo del mundo al otro, conforme se les juzgaba más útiles en tal ó cual pueblo; y semejantes á un ejército, que no reconoce más que á un jefe, pero cuyos diferentes cuerpos son tan pronto llamados, tan pronto alejados ó tenidos en reserva, los hijos de San Francisco, de San Ignacio, Santo Domingo y San Vicente de Paul y otros similares, visitan, ocupan ó se abandonan alternativamente los unos á los otros las diferentes misiones con la docilidad del soldado, el celo del apóstol y la rapidez del conquistador. ¿Qué comparación puede existir sin desmerecer, entre un gran conquistador como Alejandro, atropellando á los pueblos con sus legiones, y un Papa enviando legiones de misioneros para civilizar á los pueblos bárbaros é infieles? ¡Cuando se preside á cosas tan grandes, se tiene derecho á la consideración del mundo!

Y sin embargo, los detractores de la Santa Sede han dicho que los Papas no han obrado así más que por ambición, por el furor de dominar, por el deseo de atribuirse toda la autoridad y de sujetar el universo entero á sus leyes, como si no fuera esta cabalmente la misión que le confiara Jesucristo: enseñar á todas las gentes y predicar el Evangelio á toda criatura, para formar un solo rebaño bajo el cayado de Pedro. Pero los conocemos; son meros calumniadores de los hombres más grandes que registra la historia, de hombres que no han ambicionado más que servir á Dios y cumplir con su misión, que es la carga más pesada que puede

colocarse sobre los hombros de un mortal. Y, podríamos decir con Bergier, es bien singular que entre tantos Papas no se haya encontrado ninguno capaz de obrar por religión, aún obrando bien: lo absurdo de esta calumnia basta para refutarla. No obstante, supongámosla cierta; todavía nos vemos precisados á bendecir una ambición que ha producido tan felices resultados: la civilización de los pueblos.

### El poder político de los Papas

El Pontífice, cuya augusta supremacia aceptaron los pueblos y los Reyes, aceptó una misión política, que ya nadie deja de considerar como grande y salvadora para los pueblos. El intervino directamente en las contiendas y disensiones de unos y de otros, á menudo injustas, en nombre de una religión de justicia y de paz; y lo hicieron legítimamente, porque eran solicitados para desempeñar tan noble y benéfica misión que. al decir del filósofo Leibnitz, debiera ser el tribunal permanente de arbitraje entre los pueblos civilizados.

Ellos contuvieron el despotismo de los gobernantes y refrenaron las ambiciones desordenadas, poniéndose de parte de la debilidad contra la violencia, de parte del derecho contra la injusticia, y por eso han merecido los elogios, hasta de los mismos historiadores heterodoxos. En el día, se nos aparecen como héroes de la paz, como unos semidioses ó demiurgos, estos ilustres Pontífices, que en aquellos siglos bárbaros, en que no se respetaba más que la espada, hicieron prevalecer el derecho sobre la fuerza con el solo poder de su palabra é inteligencia, amenazando á los poderosos en nombre de

Dios y privándolos de la comunión de la Iglesia, cuando oprimían á los pueblos con su bárbaro despotismo.

Y que esto se haya podido realizar sin contar con el apoyo de ejércitos permanentes, es el mayor prodigio que recuenta la historia política de los pueblos

Más, desde que los Papas dejaron de ejercer este poder, prevalecieron las injusticias, los Reyes más poderosos hicieron prevalecer su despotismo, y los destinos de Europa han estado abandonados á las eventualidades de las batallas ó arruinándose con la paz armada, porque no existe mediador de paz y de justicia. Pero, Dios no lo ha colocado en vano en medio de las naciones, que el mismo Pontificado civilizó.

Veámos ahora cómo los Papas han ejercido la influencia más saludable en el desempeño del poder político de que gozaron en la Edad Media.

Fieles á la santidad de su misión, tuvieron la gloria de fundar el orden político-social en Europa en medio de la anarquía universal y de crear las relaciones morales, económicas y diplomáticas entre los Estados, aún los más remotos, Contribuyeron con todas sus fuerzas y con toda su influencia á establecer el debido equilibrio entre la autoridad y la libertad para que una y otra acelerasen con su doble cooperación el progreso de las sociedades en el sentido político y civil, bajo la égida augusta de la religión. Como bajo este aspecto la influencia del Pontificado ha sido tan controvertida, seremos más abundantes en citar autoridades imparciales, y también para que se vea que hoy dia ya está hecha la luz en este asunto; debien-

do relegarse á la categoría de panfletarios á los calumniadores de los Papas.

Desde luego, la acción benéfica, la influencia poderosa del Pontificado en el comienzo y promedio de los siglos feudales, durante y después de la invasión de los bárbaros, ha sido demostrada y puesta de relieve por profundos y juiciosos historiadores, cuya escuela y profesión de principios impide que sean considerados como parciales en este punto.

La rehabilitación histórica de la edad media ha sido hecha principalmente por historiadores protestantes, como Müller, Harder, Leo, Voigt, Hurter y ambos Mentzel.

En aquella época, en que la sociedad era un proceloso océano, agitado por encrespadas y soberbias olas, desquiciado ya el imperio romano, en plena invasión de los bárbaros, *la suerte del mundo*, segun la bella expresión de Harder, *caminaba en la nave de Pedro.*

El historiador protestante Sismondi en su «Historia de las Repúblicas italianas», escribe: «En medio de este conflicto de jurisdicciones entre los señores feudales, el Papa era el único que se mostraba defensor del pueblo, y el único pacificador de las turbulencias de los grandes. Esta conducta de los Pontífices explica la reverencia con que eran considerados, y sus beneficios sirven para comprender el agradecimiento de las naciones.»

Y el protestante Robertson confiesa que la monarquía pontificia, «centro de unidad religiosa, ha sido por espacio de muchos siglos un *beneficio inmenso* para la humanidad.»

Guizot, en su *Historia general de la civilización en Europa*, dice: «Para decirlo todo, esta influencia ha sido saludable; no solo ha soste-

nido y fecundado el movimiento intelectual en Europa, sino el sistema de doctrinas y preceptos en nombre de los que imprimía el movimiento; era muy superior á todo lo que el mundo entero había conocido jamás.»

El publicista P. de Toux en sus *Cartas sobre Italia* confiesa que: «El gran poderío que alcanzó la Iglesia, salvó de la barbarie á Europa. La Santa Sede fué el gran centro de unión de todas las naciones condenadas entonces á un aislamiento absoluto. Ella se puso entre el tirano y la víctima; y formando entre los pueblos enemistados entre si, relaciones de interés, de alianza y de benevolencia, llegó á ser la salvaguardia de las familias, de los individuos y de los pueblos.»

*
* *

Los Papas á quienes más se había calumniado, han sido también defendidos y vindicados en los últimos tiempos por historiadores protestantes. Sirva para ejemplo lo que en su *Hístoría de Gregorio VII*, dice el protestante Voigt:

«Es de todo punto imposible formular sobre este Pontífice una opinión que reuna todos los pareceres. Su gran idea, y jamás tuvo más que una, era *la independencia de la Iglesia.* Todos sus pensamientos, todos sus escritos y todas sus acciones venían á agruparse al rededor de esta idea fija, á la manera de rayos luminosos. Esta idea era la que daba el impulso á su actividad prodigiosa y es como el compendio de toda su vida.

«El poder político se inclina naturalmente á la unidad; y así sucedió que Gregorio VII quiso

proporcionársela á la Iglesia, levantándola sobre todas las potestades del mundo. Alcanzar ese poder, consolidarle, dilatar su dominación por todos los siglos y todas las naciones; tal fué el fin constante de todos los esfuerzos de Gregorio; y en su íntima convicción, el gran deber del encargo que había recibido del cielo....

«Aún suponiendo que, á imitación de la antigua Roma, hubiese tenido el propósito de dominar á todas las gentes ¿quién se atrevería á condenar los medios que empleó para el logro de aquel fin, sobre todo, si se considera que todos estaban en el interés de los pueblos?....

«Para juzgar sus actos con acierto, es necesario poner la consideración, á un mismo tiempo, en su fin y en sus intenciones; es necesario examinar antes en lo que consistían las verdaderas necesidades de su tiempo. A nadie puede causar extrañeza que se apodere del alemán una generosa indignación, al traer á la memoria á su emperador Enrique IV, humillado en Canosa, ni que el francés se indigne, al recordar las severas lecciones dadas á su rey Felipe I. Pero el historiador, que considera los sucesos bajo un aspecto más general, debe extender su vista más allá de los limitados horizontes en que franceses y alemanes la tienen aprisionada; y, haciéndolo así, llega á considerar *como muy justo* cuanto obró el gran Pontífice, aunque los otros le condenen....

« Los adversarios mismos de Gregorio VII se ven obligados á confesar, *que la idea dominante de este Pontífice*, esto es, *la independencia de la Iglesia, era indispensable para el bien de la religión y para la reforma de la sociedad;* y que para alcanzar este fin, era necesario rom-

per todas las ligaduras que tenían encadenada la Iglesia al Estado, con gran detrimento de la religión católica....

«*Cosa dificilísima es rayar en la exajeración cuando se elogia á Gregorio VII;* como quiera que en todas sus acciones supo echar los fundamentos de una gloria sólida, y que todos estamos igualmente interesados en que á cada uno se le dé lo que se le debe de justicia. Absténganse, pues, los *malévolos* de arrojar la piedra al que es inocente, y reverenciemos y honremos al hombre que puso al servicio de su siglo ideas tan grandes y generales.»

En verdad que el elogio es digno de ambos, del historiador y del historiado, y consuela grandemente ver vindicada la gran figura del insigne pontífice, tan calumniado por incrédulos y sectarios vulgares.

Fallmerayer ha hecho à su vez esta juiciosa y hermosa observación: «El Papado ha transformado espiritualmente todos los pueblos sobre los que ha reinado y les ha fundido en un todo, desde entonces indisoluble. Gregorio VII é Inocencio III eran conquistadores más grandes que Carlo Magno y Napoleón. Sólo la Roma cristiana ha realizado la monarquía universal en toda y en la mejor acepción de la palabra: unidad moral y de civilización. El gobierno de los pontífices romanos ha sabido formar en la parte del mundo que dominó, un pensamiento europeo universal. El espíritu europeo es inmortal; la misma Reforma no ha podido sofocarlo. Ella ha roto el bien común de la cristiandad; pero solo exterior y materialmente; en el fondo las naciones de Occidente han permanecido hermanas: la idea de oponer una resistencia legítima no pertenece

á la fuerza más que de un modo pasivo, ella fué inspirada á estos pueblos por la Santa Sede, y con esta idea fué depositado en el corazón de todas las naciones latinas el germen de la libertad civil y del verdadero orden moral. Las ideas que Gregorio VII y otros grandes Papas, que le sucedieron, han extendido con sus escritos políticos entre todos los pueblos de Europa, sobre el origen, naturaleza y fin del poder secular, estas ideas aun viven y reinan hoy. A despecho de todos los gérmenes de división, sembrados por la heregía, por la diversidad de espíritu, por el orgullo del saber y por la enemistad, la dirección intelectual y moral, tomada en la acepción màs lata de la palabra, ha continuado siendo la misma entre todos los pueblos cristianos. La repulsión íntima hacia el sistema bizantino, la necesidad de oponer el espíritu á la materia ciega, el movimiento y la vida á una inmovilidad de hielo, la luz á las tinieblas, la civilización á la barbarie, la ley al capricho de un déspota insensato, hé aquí lo que caracteriza al espíritu europeo y lo que ninguna fuerza humana puede destruir.»

Y este es, sin duda, uno de los mas grandes beneficios que la civilización debe al Papado y que la nefasta Reforma no pudo destruir en los mismos pueblos que arrastró á la heregía, y que continuan debiendo al Papado ese espíritu inmortal europeo, que continúa siendo el mismo entre todos los pueblos cristianos, aún disidentes.

Así pues, el papel de árbitro ejercido por los Papas en la edad media, con un derecho que no le regateaba la opinión común, ha sido elogiado aun por sus adversarios, como sumamente benéfico. «El interés del género humano requiere,

decía Voltaire mismo, que haya un freno que contenga á los príncipes, y salve las naciones; y por unanimidad púsose en manos de los Papas».

«Solo el poder de los Pontífices, dice M. Coquerel, impidió los excesos del despotismo». «El despotismo militar, añade Bochmer, este cancer de nuestra época, no podía nacer mientras que el Papado interviniese como potencia». Por eso el ambicioso déspota Federico II de Alemania, consideraba feliz al Sultan Saladino, su contemporaneo, porque no tenía en frente de sí à un Papa que limitase su despotismo. ¡Qué elogio para los Pontífices!

Vese también que, con ser incalculable el poder político del Papado en la edad media, jamás usaron de él los sucesores de Pedro, sino en provecho de la humanidad, ya reprimiendo los excesos de los gobernantes, en una época en que los príncipes apenas tenían más regla de conducta que su voluntad omnipotente, y el absolutismo era la forma ordinaria de gobierno; ya cortando de raiz las disensiones entre los reyes cristianos, ó dirimiendo en ùltima instancia sus contiendas y litigios. «Si existiera en medio de Europa, ha dicho Chateaubriand, siguiendo al protestante Leibnitz, un tribunal que juzgase en nombre de Dios á las naciones y á los monarcas, y previniese las guerras y las revoluciones, ese tribunal sería la obra maestra de la política y el último grado de la perfección social. Pues bien, los Papas por la influencia que ejercían sobre el mundo cristiano, estuvieron á pique de realizar este magnífico ideal».

*
* *

Y en verdad, las circunstancias especialísimas de la sociedad de la edad media, exigían que los Papas pudiesen hacer temblar en su trono á los tiranos y pulverizarlos con el rayo del anatema.

Aquellos hombres indómitos y feroces, ébrios de sangre y desvanecidos con la victoria, cuando escalaban las alturas del trono, hubiéranse convertido facilmente en déspotas, como Tiberio y Calígula, si no tuvieran sobre su altiva cerviz la espada de Dâmocles de la justicia, los Papas. Este mismo poder era en alto grado beneficioso á los reyes; los pueblos no podían ni sabian tomarse, como ahora, la justicia por su propia mano, pero velaban por ella los Pontífices, cuyos fallos nadie más que los que se creían perjudicados, se atrevía á combatir.

El protestante Haller lo conoció así y tuvo el valor de confesarlo. Hé aquí algunos de sus pensamientos: «En primer lugar, Roma jamás ha condenado ni conducido á ningún príncipe á la guillotina, como repetidas veces lo han verificado la Reforma y el filosofismo. En segundo lugar diré, que si los Papas, no tuviesen aquella superioridad, cuyos efectos no se quieren sentir, los soberanos por propio interés debieran procurársela y admitirla. ¿Qué cosa es mejor para un príncipe, que el pueblo á quien preside y gobierna, examine y de por sí decida, si su soberano es indigno del trono, ó sea mas bien un árbitro superior el que juzgue»?

«Es muy digno de notarse igualmente, que si los Papas depusieron á príncipes inicuos, como un Enrique IV, jamás dispusieron de la corona, entregándola á quien bien les pareciese; limitábanse á declarar vacante el trono, y cuando más contestaban á los electores, dando su opinión acerca de los que habían de ser elegidos.

«Ni con ser tan grande el poder de los Papas en aquellos tiempos, no se aprovecharon de él para aumentar sus dominios, adquiridos todos por expontánea donación».

La verdad se ha abierto ya paso á traves de las inveteradas preocupaciones de secta, y la casi totalidad de los historiadores protestantes y racionalistas reconocen que fué ventajoso á la civilización el extraordinario poder ejercido por los Papas en los tiempos medioevales.

«El gran poderio de los Papas en aquellos tiempos, en que deponían á soberanos, despojó al despotismo de sus propiedades más atroces. Esto explica porqué en aquellos tiempos no nos ofrece la historia ejemplo ninguno de tiranía comparable con la de Domiciano en Roma. Un Tiberio era á la sazón de todo punto imposible; los Pontífices le hubieran pulverizado. Los grandes despotismos aparecen cuando los reyes llegan á persuadirse de que no hay poder que iguale al suyo y que limite su voluntad soberana; entonces es cuando la embriaguez de su poder sin límites engendra los crímenes mas atroces».

Esta opinión del protestante Coquerel en su *Ensayo sobre la historia del cristianismo* está conforme con el general sentir de sus correligionarios. Reaumer, Roscoé, Cobbet, Walter Scott, Michelet, Berington, Mentzel, Luden y muchos otros escritores ilustres han sabido sobreponerse á los añejos prejuicios de secta, vindicando á los Papas, y poniendo en claro principalmente la verdad de aquel juicio del famoso jurisconsulto protestante Senkrember: «Puede asegurarse sin temor de ser desmentido por los hechos, que no hay en la historia un solo ejemplo de un Papa que haya

procedido contra aquellos príncipes que, contentándose con sus legítimos derechos, no hayan acometido la criminal empresa de convertir su potestad en tiranía».

*
* *

Lejos de usar de su poder político los Papas, para encender la tea de la discordia en el fuego sagrado del altar y poner en combustión el mundo, fueron, según el dicho del protestante Sismondi, *los pacificadores de los grandes.*

*Las luchas*, que ordinariamente se llaman *del sacerdocio y del imperio*, que se echan en cara á los Papas, fueron debidas á la ambición de los Emperadores y son una gloria para los Pontífices, que defendían la libertad y la independencia de Italia, pues debieron, en efecto, denominarse *luchas entre Italia y Alemania.* Así lo vió Voltaire mismo en su *ensayo sobre la historia general.* «Tengo para mí que las cuestiones entre los Papas y los Emperadores, no eran en su fondo mas que el deseo de los Papas y de los italianos de no admitir otro Emperador en Roma».Y mas adelante: «Parece evidente que el gran designio de Federico II era establecer en Italia el trono de los nuevos Césares; y al menos es muy cierto que quería reinar, él solo, sobre toda la extensión de Italia. Este es el nudo secreto de todas las quejas que se elevaron contra los Papas; empleó sucesivamente el disimulo y la violencia, y la Santa Sede le combatió con las mismas armas. Los güelfos, estos partidarios del Papado, y mas aún de la libertad, contrarrestaron siempre el poder de los gibelinos, partidarios del imperio. Las divisiones entre

Federico y la Santa Sede no tuvieron por objeto la religión».

No; estas luchas no pueden ser objeto de censura para el Pontificado. Los Papas se limitaron á defenderse y á defender la libertad; como italianos muchos y como príncipes todos de una parte de Italia, tenían el derecho y el deber de mirar por la independencia de la patria; y por haberlo hecho así merecen los mas encarecidos elogios. «Todos los pueblos, dice un ilustre publicista, han convenido en colocar en primera linea, entre sus grandes hombres, á los venturosos ciudadanos que tuvieron la dicha y la honra de sacar á su pueblo del yugo extranjero: héroes, si lo consiguieron, mártires si sucumbieron en esta lucha gloriosa, sus nombres atravesarán los siglos. La insensatez moderna querría exceptuar á los Papas de esta apoteosis universal y privarlos de la gloria imperecedera que les es debida, como príncipes temporales, por haber trabajado sin tregua ni descanso en la grande obra de salvar la independencia de su patria.» Y sin embargo ya sabemos cómo ha pagado la Italia moderna este inmenso beneficio y esta gloria del Pontificado.

La cuestión de las investiduras, que fué también causa de las luchas en que se vieron envueltos los Papas con el Imperio, constituyó un gran esfuerzo por la independencia de la Iglesia contra el despotismo de los emperadores.

Llamábase *investidura* el acto por el que el señor confería un feudo á un vasallo por medio de la entrega de algún objeto que significaba el derecho adquirido, debiendo preceder el *homenaje*, por el que el sùbdito prometía fidelidad á su señor.

Los Obispos y Abades de Alemania eran á la

vez señores feudales, en cuanto poseían territorios otorgados por el Emperador.

El *homenaje* obligaba en justicia á los señores, así eclesiásticos como seglares; pero los soberanos lo confundieron con la *investidura*, y después de recibir aquél, daban esta á los prelados por medio de la imposición del báculo y del anillo, arrogándose una jurisdicción espiritual, y creyéndose dueños de las abadías y de los obispados, como de cualquier dignidad seglar.

Según se vé, la cuestión era de lo mas grave posible, como que tenía por objeto la libertad é independencia de la Iglesia. Los Emperadores, dice Bossuet, abusaban del uso de las investiduras para vender los obispados y reducir la Iglesia de Jesucristo á *una esclavitud eterna*.

Voltaire acusa á los Papas de haber luchado por abolir una ceremonia *indiferente*; pero nada mas injusto. «No era vana querella la de las investiduras, dice de Maistre. El espíritu feudal, que dominaba entonces, iba á hacer de la Iglesia en Alemania y en Italia, un gran feudo, esclavizado por el Emperador, como la religión entre los paganos».

Los Pontífices en la cuestión de las *investiduras* lucharon, como era su deber, en defensa de la libertad espiritual, y concedieron á los emperadores lo que podían conceder, esto es, las investiduras por medio del cetro, símbolo del dominio temporal, que les pertenecía. Su norma ha sido siempre el lema de Jesucristo «dar al Cesar lo que es del Cesar sin quitar á Dios lo que es de Dios».

Los Papas, pues, han cumplido con su deber como Jefes de la Iglesia y han hecho un bené-

fico uso del *poder politico* que los pueblos le reconocían como Jefes de la cristiandad.

*
* *

Terminamos recordando que el Pontificado supo triunfar de las mas tremendas crisis religiosas, habiendo sido la mayor de todas la denominada el gran cisma de Occidente. El rio de la tradición, deslizándose de un manantial divino, pareció después de catorce siglos que iba á dividirse en tres brazos, que no se unirían jamás. Las intrigas, las ambiciones y también la buena fe, dividieron en tres obediencias el Pontificado; y sin embargo muy otro fué el resultado y muy otra la consecuencia que conviene sacar. «Esa llaga de los contemporaneos es un tesoro para nosotros en la historia, dice de Maistre; sirve para probar que el trono de San Pedro es inquebrantable. ¿Qué institución humana resistiría á tal prueba?»

Y sobre este punto los enemigos afirman lo mismo que los amigos: «Un reino temporal habría sucumbido, ha escrito el historiador incrédulo, Gregorovius; pero la organización del reino espiritual era tan maravillosa, la idea del papado tan indestructible, que esa escisión, la mas grave de todas, no hizo mas que demostrar su indivisibilidad».

Pero los sectarios vulgares no son capaces de estas reflexiones y más bien pretenden sacar un argumento contra la divinidad y unidad del Pontificado.

Hay que tener paciencia con los escritores *malévolos,* como dice el protestante Voigt.

Así, pues, del exceso del mal, obra de los hombres, iba á salir una nueva demostración, mas

sorprendente y mas decisiva, del origen divino, de la unidad y de la perpetuidad necesaria de la Iglesia. El mundo católico, tenido en suspenso durante cuarenta años, esperaba esa demostración y la Providencia se la proporcionó.

Hemos mencionado esta crisis religiosa porque fué la más grande, sin que dejemos de confesar que existieron otras muchas pruebas de la malicia ó flaqueza de los hombres. Más á este propósito queremos recordar las palabras de León XIII en su Encíclica al clero de Francia en 1899: «El historiador de la Iglesia será tanto más fuerte para hacer resaltar en ella su origen divino, superior á todo orden terrestre y natural, cuanto más leal haya sido en no disimular las pruebas que las faltas de sus hijos y á veces las de sus ministros, han hecho sufrir á esta Esposa de Cristo en el curso de los siglos. Estudiada de esta manera, la historia de la Iglesia constituye una magnifica demostración de la verdad y de la divinidad del cristianismo.»

El estudio de esas grandes crisis religiosas, tan diferentes de aquellas que hoy presenciamos, deja sin embargo, en el fondo de nuestras almas yo no sé qué consuelo y aliento. Instintivamente compararnos nuestros males y peligros con aquellos otros que fueron más terribles.

Pascal ha pronunciado una profunda frase, que se aplica tan bien al principio del siglo XV como al del siglo XX: «Da gusto hallarse en una nave batida por la tempestad, cuando se está seguro de que no ha de perecer.»

Hé aquí el sentimiento que experimenta el Papa y el orbe católico, cuando ven á la Iglesia combatida y perseguida por la conjuración de las potencias del mal: *están seguros de que no ha de perecer*, basados en la promesa divina y en una experiencia veinte veces secular.

## Los Papas como soberanos temporales

Los Papas habían salido de las catacumbas coronados con la gloria del martirio y del amor de los pueblos. Esa gloria y ese amor le erigieron un trono.

Y en verdad: la majestad del Soberano Pontífice de la Iglesia universal no estaría bien representada sino en un trono, una vez extendido el cristianismo. No era conveniente que el Papa, Vicario de Jesucristo y Jefe espiritual de todos los católicos, reyes ó vasallos, fuese él mismo súbdito temporal de algún príncipe; y sobre todo, es un derecho para los católicos del orbe entero, que el Soberano espiritual de la religión y de las conciencias sea independiente de cualquier soberano temporal para garantía de toda coacción ó sospecha de tal. Y así lo dispuso suavemente la divina Providencia, empezando por el retiro espontáneo de Constantino que, al dar la paz á la Iglesia, trasladó la capital del imperio de Roma á Constantinopla, sucediéndose después la aclamación del pueblo romano y las ratificaciones de Carlomagno.

Alguien ha dicho que son preferibles los Papas Mártires á los Papas Soberanos; pero esta es *una mera frase retórica ó una mística crueldad.*

Aquel órden de cosas no era el normal de la Iglesia, á no querer encerrarla en las catacumbas y llevar los Papas á servir de pasto á los leones en la arena del coliseo; á no afirmar que Cristo instituyó una carnicería permanente, al instituir su Iglesia. Si fué conve-

niente que en algún tiempo los Papas no tuvieran trono, para evidenciar que la fuerza de la Iglesia le viene de Dios, la consecuencia es que debieron tenerle en las centurias que siguieron á las persecuciones «para que no se convierta en efecto permamente lo que debía ser economía temporal tan sólo.»

Pero ¿á qué pedir argumentos á las edades antiguas? añaden los adversarios ¿No está á los ojos de todo el que voluntariamente no los cierre, que nunca ha sido tanta la grandeza del Pontificado, ni tal su influencia en los destinos del mundo, ni tan respetado su nombre por las naciones, como ahora precisamente en que los Papas no son dueños de Roma? ¿Para qué, pues, sé necesita el poder temporal?

Este argumento no deja de ser especioso, y la prueba de ello es que en todos los tonos y vestido con diversos ropajes, se presenta todos los días en ciertos centros y cierta especie de públicaciones. No obstante, queda resuelto con dos palabras: Si el Pontificado vive hoy vida floreciente, no es *porque* nò tenga el poder tamporal, sinó *á pesar* de no tenerlo.

Maravillosamente lo expresó León XIII en su discurso del 2 de Marzo de 1888, por estas palabras: «Si el Pontificado sabe ádornarse de gloria y conciliarse el respeto, aun cuando los Papas vivan en las catacumbas, en prisión ó en medio de las persecuciones, no es esta razón para que estén destinados á vivir siempre en semejante estado de violencia. No se puede decir que la gloria, con que aún entonces resplandece el Pontificado, sea mérito de los enemigos que le combaten, sinó efecto de esta divina virtud de que está dotado, y la prueba de esta providencia especialísima que le guia

al través de los siglos. En cuanto á los enemigos, no hacen mas que poner las sombras en este cuadro, para que el contraste sea más sorprendente».

Los que dicen que el Papa sería mejor escuchado, si esclusivamente se ocupase en los asuntos del cielo, ó son políticos de mala fé, que procuran encubrir con palabras devotas la atrocidad de sus planes, ó católicos ineptos para comprender que aquí lo temporal es para garantir mejor lo espíritual. Ya antes de haber sido despojado de su dominio territorial la Santa Sede, el ateo socialista Proudhón decía sin ambajes: «Deponed al Papa de su trono temporal, y el catolicismo degenerará en protestantismo y la religión se reduce á polvo.» Hé aquí el verdadero propósito de los enemigos del poder temporal, y es bueno que los católicos no se dejen embaucar con raciocinios especiosos é hipócritas.

Antes bien, téngase siempre presente lo que dice León XIII: « Es preciso que el Papa sea colocado en tal situación de independencia, que no solamente su libertad no sea impedida por nadie, sino que, además, sea evidente á todo el mundo que así sucede. » Lo que no se verifica mientras no tenga pleno poder temporal; pues como dice el mismo Papa en la misma Encíclica *Episcoporum ordinem*, el que no es Soberano, más bien que en su propio poder, está en poder de otros, de cuya voluntad depende el modificar, cuando y como le plazca, las condiciones mismas de su existencia. »

La necesidad del poder temporal de los Papas se comprueba con el testimonio de los mismos adversarios de la Santa Sede y del catolicismo.

Asi el racionalista Gregorovius, declaraba:

«La metrópoli de la cristiandad, representando un principio universal, debía gozar de libertad; á todos los pueblos debía estarles expedito el acceso á ella, y el Sumo Sacerdote que allí tenía su Sede no convenía que fuese súbdito de un Rey. La existencia de un territorio eclesiástico romano, aunque en tan mísera situación, como durante la lucha de las investiduras, era condición esencial de la espiritual independencia de los Papas».

Guizot, escribe en su *Iglesia y las sociedades cristianas:* «La unión del poder espiritual y del temporal en el Papa no ha sido un hecho buscado sistemáticamente, ni obtenido á nombre de un principio metafísico ó de una pretensión ambiciosa. *La necesidad*, una necesidad íntima y continua, es la que ha producido verdaderamente este hecho á través de toda especie de obstáculos».

Cadorna, presidente del Consejo de Estado en Italia, confesó que «la necesidad absoluta de la libertad *efectiva* del Papa crea un derecho para todos los católicos y para sus respectivos gobiernos».

Ya llegará el día en que católicos y gobiernos exijan el respeto de ese derecho.

Lansdowne hizo esta sensata declaración en la Cámara de los Lores de Inglaterra: «La condición de la soberanía del Papa tiene esto de especial: que si por su poder temporal no es más que un monarca de cuarto ó quinto orden, por su poder espiritual goza de una soberanía sin igual en el universo. Todo país en que haya súbditos católicos, interesado está en lo que se refiere á los Estados Pontificios, y debe velar para que el Papa pueda ejercer su autoridad libre de los entorpecimientos de una influencia

temporal que afectara en lo más mínimo á la libertad é independencia de su poder espiritual.» Esto es muy sensato.

Por fin, La Gueronniére, en un folleto célebre escribió estas sabias reflexiones: «La doctrina católica y la razón política concuerdan en reconocer la necesidad de la soberanía civil del Romano Pontífice. Desde el punto de vista político *es necesario* que el Jefe de tantos millones de católicos no sea súbdito de ninguno, que no esté sujeto á nadie... Si el Papa no fuera Soberano independiente, sería súbdito francés, austriaco, español ó italiano, y este título nacional ofuscaría en él el carácter del sacerdocio universal. La Santa Sede no sería otra cosa que el sostén de un trono en París, en Viena ó Madrid. A Rusia, Inglaterra y Prusia interesa tanto como á Francia y Austria, que el augusto Representante de la Unidad Católica no sea súbdito de nadie.»

De todo lo dicho resulta que el Papa no puede ser súbdito de ningún gobierno, y que por tanto, despojado de su poder civil, tiene que hallarse en constante oposición con sus dominadores, y verdadera y moralmente prisionero, careciendo en todo caso de la libertad que necesita. Y siendo esto así, no haya cuidado que ese estado anormal de cosas no desaparezca en el momento providencial, que con fuerza irresistible por los supremos destinos humanos, destruya todas las dominaciones de la tierra que intentan afrontarla.

Y si las razones aducidas prueban la necesidad del poder temporal, esa necesidad prueba ya su legitimidad. Así el protestante E. Leo, de la Universidad de Halle decía: «La potes-

tad del Papa tiene títulos mas firmes que la de todos los soberanos».

Y el tantas veces citado Guizot añade: «Debo decir que si los poderes de la tierra han de tener legitimidad histórica, no hay ninguno que tenga tantos titulos al respeto y á la consideración del mundo, como los tiene la soberanía temporal del Papa». Y luego añadía, condenando la política que ataca esa legitimidad: «Política que necesita hollar en primer término el derecho internacional, y en segundo los fueros de la libertad de conciencia, ha de tener tarde ó temprano, en una forma ó en otra, la condenación de la historia; porque cuando las cosas no se resuelven según los principios eternos de la justicia, esta reclama sus fueros, y tiene desde luego su ministro en el mismo Dios.»

Gibbon escribía así: «El dominio temporal del Papa se halla fundado sobre *mil años* de respeto; y su mas bello título á la soberanía *es la libre elección de un pueblo, libertado por él de la esclavitud.* (Hist. de la dec. del Im. Rom).

«El poder temporal de los Papas, dice el protestante Sismondi, está fundado en los mas respetables títulos: *sus virtudes* y *sus beneficios*». (Hist. de las Repúblicas ital.).

Pero basta con lo dicho sobre la legitimidad del poder temporal de los Papas, el mas intangible de todos, arrebatado muchas veces, pero vuelto á su legítimo soberano, porque vigila por él la divina Providencia, cuya hora llega siempre á su debido tiempo.

Para los triunfos lentos, pero seguros del Pontificado, como para los de la humanidad, la divisa es: «tiempo y esperanza», ha dicho un autor distinguido.

Pero, lo que nos proponíamos es considerar el

ejercicio que han hecho los Papas de su poder temporal, esto es, considerarlos como Príncipes temporales.

Estudiándolo se reconoce, en la sola manera con que han reinado los Papas, el elemento sobrenatural y divino, al lado del elemento natural y humano. El instinto del pueblo había juzgado bien al escoger á los Papas por señores; adivinaba en ellos soberanos más justos, más dulces, más misericordiosos é ilustrados que los demás, como Vicarios de Jesucristo.

Puede sin duda, distinguirse en principio el poder espiritual del poder temporal en manos de los Papas; más es imposible á los Papas no confundirlos en la práctica. Suponer que el Rey de Roma cristiana olvide de repente su divino carácter en las funciones de la soberanía, enseguida que hable y obre bajo el imperio de esta distinción, es suponer lo imposible; sustitúyese así una teoría á una realidad histórica.

Es evidente, por el contrario, que en todo lo que mira al gobierno, á la legislación, al órden público, al verdadero progreso, los Papas no han podido librarse de la continua influencia de su augusto carácter, de sus preocupaciones incesantes, de sus sagradas funciones. Guardianes de la justicia, la conocen mejor que nadie; han debido hacer la aplicación de ella á su pueblo mejor que nadie. De ahí ese digno distintivo que marca su administración entre todas las demás: esta administración es siempre concienzuda, porque es esencialmente cristiana. No es, como se le echa en cara, estacionaria y retrógrada; lleva por el contrario el sello del verdadero progreso. Este sello brilla desde luego

en todo su esplendor, mientras puede compararse en Roma el poder de los Papas con el de los emperadores de Constantinopla.

Los romanos preferían naturalmente señores cuidadosos de sus súbditos á los señores que les habían abandonado. En cambio de los tiránicos decretos de los emperadores bizantinos, que glorificaban á Eutiques, rompían las imágenes é imponían los caprichos de una mujer ó de un eunuco, tuvieron leyes que respiraban la fé y la clemencia. Fué un progreso para los Estados de la Iglesia librarse así de la muerte y volver á tomar lugar al frente de las naciones. Sin los Papas, Roma hubiese desaparecido como Babilonia, Troya, ó Cartago; sería un escombro de ruinas.

El mismo carácter se sostiene en el siglo IX, cuando el imperio de Carlomagno cae en disolución; en el X. en medio de los desórdenes del tiempo y en el XI, à pesar de las intervenciones de los Reyes de Alemania. Si hay en Roma actos de rebelión, de furor y de barbarie, es cuando allí dominan las facciones ó se apoderan de ella los Emperadores. Si hay días de paz, es cuando los Papas recobran su autoridad. Un progreso era el vivir aún en tiempos en los que el resto del mundo no conocía ya ni rey, ni juez.

Mas, hé aquí que aparecen los grandes Papas, genios superiores á su época, los Gregorio VII y Calixto II; los Alejandro III, Inocencio III, Gregorio IX; y todo renace en derredor suyo. Despiértase la libertad con la fe, el valor con la libertad. Roma conoce á un príncipe y el mundo á un Papa. ¿Porqué no se respeta la historia al narrar los prodigios de energía y sabiduría de esos grandes Papas?

El ejercicio del poder temporal está lleno de serenidad y grandeza; es ámplio, liberal, ilustrado, porque son santos los que son sus depositarios y sus instrumentos.

Alejandro III es el que se une á la Liga lombarda, y emancipa del yugo de los alemanes á Roma é Italia; Inocencio III es el que destruye todos los poderes usurpados, pero respeta y confirma todos los derechos adquiridos; Clemente III, Gregorio IX é Inocencio III, son los que garantizan las libertades municipales; Gregorio XI, Bonifacio IX y Martín V, son los que reconocen á las ciudades de las Romanias y de la Umbría sus antiguas franquicias; Nicolás V es el que renueva los privilegios de Bolonia, y va hasta permitirle tenga un embajador en Roma. Hé aquí el progreso de la libertad y de las libres instituciones democráticas, cuando no existían en ninguna otra parte del mundo: la descentralización administrativa, puede considerarse como una creación pontificia.

Cuando la unidad representativa reemplaza en Europa á la desmembración feudal, esta revolución, que en los demás Estados se ejecuta en medio de sangre y de ruinas, mejor preparada en los Estados de la Iglesia, conviértese allí en el fruto de la sabiduría y del tiempo. Una Bula de S. Pío V aplicada con perseverancia, hace más para acabar esta obra, que no hacen en otras partes las armas, la violencia y las confiscaciones de los Reyes.

***

Nada hay, pues, menos inmóvil que la administración pontifical. Hásela visto por el con-

trario, tender con inaudita perseverancia á mejorar incesantemente las leyes, las costumbres, las instituciones del país. Durante su permanencia en Aviñon, los Papas lo creen todo, hasta las promesas de Rienci, para intentar hacer el bien de sus súbditos. Descubren á Albornós y le revisten con este objeto de los más extensos poderes: este es el modelo de los conquistadores, legisladores y políticos. Envían á Anglico para acabar su obra; este es el modelo de los administradores. Hé aquí el progreso en las instituciones y en las leyes. Y mientras en Europa dominaba el despotismo y la arbitrariedad con exacciones permanentes á los vasallos y pecheros, el gobierno del Papa era el más paternal, que podía desearse, con la ventaja de no ser un gobierno hereditario, sino electivo, y á cuyo trono subían casi siempre personas de una edad en que ya no tiene imperio la inspiración de las pasiones, sino la prudencia y sabiduría más selectas de la época.

Si los señores, titulados Vicarios del Papa, afectan la tiranía, los Pontífices los combaten y derriban, como lo hizo Julio II y Alejandro VI. Si á las veces sus propios parientes quieren apoderarse de los dominios de la Iglesia, los Papas por sus Bulas prohíbense á si mismos la enagenación de ellos. Si los cargos y rentas del Estado eclesiástico se convierten mas tarde en presa de un nuevo nepotismo, exagerado por la envidia de los pretendientes, una nueva constitución pontificia remedia también este abuso. Hé aquí el progreso en las mudanzas y cambios útiles al Estado y á los súbditos.

Pueden citarse entre los servidores de los Papas, (y ¿cómo podría evitarse esto entre hom-

bres?), personajes indignos de su confianza, que han traficado con la justicia, abusado de las armas, oprimido á los fieles; mas no se citará un solo Papa que haya merecido por un solo acto el nombre de tirano, aún en la época en que los déspotas y tiranos abundaban en los demás Estados.

Algunos Papas han hecho la guerra, como Julio II y Alejandro III; más nunca su guerra fué ofensiva; han hecho tratados, más nunca tratado alguno ha sido violado por ellos; han prometido, renovado ó concedido franquicias, pero el cumplimiento de su palabra ha sido llevado hasta el escrúpulo. No nos sorprendamos; el amor de la paz, el uso de la clemencia, la energía en la justicia, el respeto de los contratos, el reconocimiento de los derechos de otro, la fidelidad á lo prometido con ó sin juramento, son para los Papas reglas inmutables, por que son principios de conciencia. Así, el ejercicio de su autoridad es á la vez limitado y lleno de movimiento; permaneciendo inmóvil en sus principios, el Papa ha sido siempre progresivo en sus actos.

Y ¿quien podrá negar que el gobierno pontificio fué el más ilustrado entre todos?

Los Papas hicieron de Roma el emporio de las ciencias, de las artes y de las letras, salvaron los restos de la cultura pagana de Roma y Grecia, y mientras en todas partes reinaba el abandono más completo, la corte pontificia brillaba por sus artistas y literatos, gusto que despues fué emulado por los demás Estados cristianos.

Y como los Papas solo conservaban el poder temporal, como garantía del ejercicio de su soberanía espiritual, jamás procuraron aumentar

sus Estados por la ambición de dominar; todo lo debieron á simples donaciones para el patrimonio de S. Pedro, como la donación de la princesa Clotilde, para que el Papa pudiese hacerse respetar mejor de las contínuas invaciones á Italia. Pues es sabido que, si el Papa se hubiese dejado llevar de la ambición de dominar, ninguno con más facilidad que él se hubiese podido hacer dueño de Italia entera.

En fin, ninguna nación ó estado, puede presentar una serie de príncipes semejantes á los Papas. Si alguno se ha parecido á ellos, le han prodigado los títulos de grande y de sabio; y esto fueron la mayoría de los Pontífices, aún como Príncipes temporales. Ya llegará el tiempo en que se hará un estudio más imparcial del gobierno temporal de los Pontífices y se demostrará que ha sido verdadero modelo bajo el aspecto civil como lo ha sido en el judicial, pues, al decir del sabio jurisconsulto Troplong, el derecho canónico de los Papas ha servido de fuente y modelo al procedimiento moderno.

Por lo demás, advertimos que en esta rápida ojeada nos hemos inspirado en la célebre obra del Cardenal Mathieu, *El Poder Temporal*, que puede consultarse con provecho.

Así mismo, nos parece oportuno añadir algunas reflexiones sobre una cuestión importante: *la cuestión romana*, tan relacionada con el poder temporal de los Papas. Así lo vamos á hacer en el capítulo siguiente.

---

# La caida del poder temporal

La algazara y aplauso de la masonería y de los sectarios del mundo entero, al consumarse la toma de Roma con la brecha de Porta Pia, demuestra evidentemente que fué una obra del sectarismo masónico, proponiéndose abatir la religión con el pretexto de la unidad nacional italiana; simple pretexto, como lo evidencia la existencia de la República de S. Marino y el Principado de Monaco, enclavados en la Península italiana.

Más ¿qué juicio debemos formarnos de esa expoliación consumada?

« La expoliación de 1870, dice M. de Vogüé, ha inaugurado una nueva era; era de decadencia definitiva, según los observadores superficiales, que tal la creyeron despreciando las enseñanzas de la historia: para nosotros empero, el suceso de 1870 es solo uno de esos accidentes, tan comunes en la historia del Papado. Hemos visto Papas prisioneros, arrojados del Vaticano, desterrados fuera de Italia, emigrados durante *tres cuartos de siglo* en Aviñon; Papas que se dividen á Roma con el Cesar látino, con el Cesar bizantino, con el Cesar aleman; Papas dominadores absolutos del mundo sin tener donde apoyar su cabeza; Papas dueños absolutos de sus Estados sin que su voz sea obedecida más allà de sus límites por un mundo indiferente ó sublevado; y los hemos hallado siempre, en todas las condiciones y en todos los infortunios, adaptando su institución permanente á las formas transitorias más diversas; siempre investidos de su autoridad indefectible en

la evolución perpetua de sus derechos reales ó señoriales. Nadie puede preveer el desenlace de esta prueba temporal, ni cual será la situación aceptable que ofrecerán al Pontifice las combinaciones históricas del porvenir.»

Pues bien; esto quiere decir que no tenemos que desesperar por la suerte de la soberanía temporal del Papa; la expoliación del 20 de Setiembre de 1870 no es mas que uno de los accidentes tan comunes en la historia, á los que suave y enérgicamente puso remedio la divina Providencia.

Ni se eche en olvido lo que publicistas imparciales han dicho acerca de la necesidad íntima, continua y expontánea del poder temporal para garantía del poder espiritual; y como este es inmortal, aquel debe resurgir necesariamente, pese á quien pese. Tiempo al tiempo!

Pero ¿acaso, se dice, no ha sido garantido el poder espiritual por la misma Italia oficial?

Se ha querido poner término á la cuestión romana con las decantadas leyes de garantías, que reconocen en el Papa la dignidad de Soberano, con un cuerpo diplomático acreditado ante el Vaticano, residencia del Soberano de la Iglesia universal. ¿Está así solucionada la cuestión? De ninguna manera; porque la situación hecha al Pontífice por el Parlamento italiano, es sumamente precaria, ya que puede abolir esa misma ley de garantías.

La independencia pontifical es una cuestión esencialmente internacional y universal; mientras se quiere hacer de ella una cuestión particular, italiana. Este es también el error de los liberales: hablan de la cuestión romana, como de una cuestión que concierne esclusivamente á la Italia política, en la que nadie, fuera de los

italianos tendría el derecho de ingerirse, y subordinan una necesidad del orden espiritual y super-nacional á hechos contingentes, interiores y de interés puramente italiano. En este caso están, sin duda, los príncipes temporales de Italia, cuyo interés dinástico puede subordinarse al de Italia, pues su supresión ninguna consecuencia trae para los intereses generales del mundo.

Pero, al tratarse del Papa, los católicos del mundo entero están unánimes en afirmar este supuesto indiscutible: el Papa debe gozar de una independencia completa y absoluta en virtud de su misión y oficio de Jerarca Supremo del catolicismo, que no es religión nacional, sino cosmopolita, que es la religión de todos los pueblos, de todos los paises y de todas las naciones. Por consiguiente, la independencia efectiva de su Jefe es el interés y el derecho de los católicos del mundo entero. Al tratarse de un príncipe particular, terminada su dinastía, se acaba todo interés; pero en la dinastía de los Papas existe un interés permanente, como soberano de la Iglesia universal, que Italia por si misma no puede resolver ni suprimir. Permanece, pues, siempre el aspecto internacional de la cuestión romana.

Fué una ilusión pueril, contraria á todas las enseñanzas de la historia, la de los grandes hombres de la revolución italiana, el haber creido que habían definitiva é invariablemente normalizado las condiciones de la vida del Pontificado, según las conveniencias políticas y nacionales de Italia. De estas conveniencias por lo demás, se habían formado un concepto asáz arbitrario, bajo la inspiración de pasiones sectarias más bien que á la luz serena de la

razón y de la historia. Deben apercibirse á cada instante que de estas conveniencias, los católicos de los demás países no se muestran muy convencidos ni preocupados, sino que consideran con buen derecho la condición del Papa, tal cual debe ser en sí misma y por ella misma, respondiendo á sus propios intereses y necesidades del orden religioso. Los Estados del Papa, no eran del Papa sino de la Iglesia universal, del catolicismo, de los católicos del mundo entero, como advierte el Cardenal Gibbons.

*
* *

Sería una ilusión asáz vana, un error pernicioso para la nación italiana el disimular esta cuestiòn permanente; más allá de las modestas fronteras de la nueva Italia legal, existe esa gran sociedad de los católicos, que constituyen, por entero ó en parte notable, las principales naciones civilizadas; esta sociedad está alarmada y acongojada por la situación intolerable hecha à su Jefe y Pastor Supremo; y así por todas partes ejerce un impulso, latente, si se quiere, pero constante, por hacer desaparecer las causas de este malestar y derribar los obstáculos que, hoy día, limitan la acción mundial del Papado. ¿Para qué conservar un estado de cosas que provoca la adversión y el disgusto de los católicos de todo el mundo, mientras podría ser la nación más estimada y protegida por el orbe católico?...

El disentimiento entre la Iglesia y el Estado no es en Italia, como en otros países, el reflejo de desavenencias sobre uno ó más puntos, aún de los más importantes del derecho eclesiástico;

no es en Italia un huracán pasajero: este disentimiento interesa á la vitalidad misma del catolicismo todo entero. Porque lo que está en cuestión, lo que se desearía, es sugetar á esta Iglesia, en su Jefe Supremo, al laicismo del Estado y hacer esta sugeción estable y permanente, consagrándola por una situación jurídica definitiva; y este sería el mayor retroceso en las conquistas de la civilización cristiana, sería una vuelta al paganismo, cuyo Pontífice Máximo dependía servilmente del Sumo Imperante.

Pero antes que retroceder á situación tan degradante de la conciencia religiosa, se volvería á las catacumbas, para salir de ellas con un triunfo más espléndido para la libertad y la civilización.

Y tanto mas insoportable es ese orden de cosas, cuanto que son conocidos los trabajos sectarios que en Italia, y especialmente en la misma Roma, se hacen para arruinar moralmente también al Papado en el espíritu de sus súbditos más inmediatos, y cavar un abismo entre el Obispo de Roma y su propia grey; con lo cual se demuestra que no ha existido sinceridad en la cuestión romana, pues se sirven de la supresión del poder temporal para conseguir, si pudiesen, la del espiritual. Los medios corruptores de toda especie se emplean, sobre todo, en aminorar en la conciencia popular el respeto al Papa, por más que el pueblo italiano sea eminentemente católico; para este fin todo sirve: mentiras, calumnias, propósitos de desdén.

Las famosas garantías son letra muerta: toda libertad está concedida á la prensa, que ultraja al Papa y sus funciones y que llega hasta á hacer creer al pueblo ignorante que el augusto anciano es el instrumento de los politiqueros

del Vaticano, que ya no es el Papa, sino el Cardenal Secretario quien gobierna à la Iglesia. En la misma Roma vense á todas las sectas protestantes levantar sus cátedras de error contra la câtedra de Pedro, y la capital del catolicismo se ha convertido en una Benarés, en el centro y el reino de todas las sectas famosas por su odio en denigrar al Pontificado. Lástima da ver á la capital del orbe católico en tan mísero estado y hace exclamar con el Profeta: «*¿Hœccine est Urbs perfecti decoris, princeps provinciarum, gaudium universœ terrœ? Vide, Domine, et considera quoniam facta sum vilis: Vide, Domine, afflictionem meam, quoniam erectus est inimicus*». (Lam. Jerem.). ¿A este estado ha venido á parar la Ciudad de perfecta hermosura, cabeza de las naciones y alegría de toda la tierra? Ve, Señor, y considera á que vil estado me han reducido! Mira, Señor, cuánta es mi aflicción, porque ha prevalecido mi enemigo.» Pero vive Dios, y no será así por siempre.

*
* *

La táctica seguida por la Italia oficial es errónea, porque no miró más allá de las fronteras italianas; el olvido de las grandes lecciones del tiempo es otra de las causas de este error.

Toda la historia del pasado, particularmente del último siglo, muestra que la Providencia ha multiplicado sus intervenciones extraordinarias para salvaguardar la libertad y la independencia del Jefe Supremo de la Iglesia. Por lo demás, el conocimiento más elemental de las realidades políticas de la hora presente lo demuestra muy bien: nada existe de más instable que las

condiciones creadas por el liberalismo italiano al Soberano Pontífice. Si no nos detenemos en la superficie de las cosas, aparece claramente que para el mundo entero, para los gobiernos y para los pueblos, la situación actual del Papa no ha salido del estado provisional de una experiencia en prueba y como un ensayo meticuloso.

No existe un solo personage político que no considere el equilibrio europeo como uno de los más instables. Un error diplomático, una imprudencia, puede á cada instante poner fuego á este polvorín, y todo podría ser cambiado de un momento á otro.

Por consiguiente,fundar sobre esta arena movediza, como si fuese granito, todo un nuevo programa de acción católica, únicamente porque desde veinte ó treinta años de más han venido á sumarse sobre el triunfo efímero de la revolución ¿no sería una verdadera ligereza y la señal de espíritus superficiales? Y poco importa que la victoria parezca imposible de obtenerse. Gregorio VII emprendió y sostuvo casi solo una lucha muy semejante «perseveró en esta lucha titánica, fija la esperanza en Dios, y fué á él á quien la Iglesia debió su victoria.»

Esperemos, pues, en ella, dejando al Papa el cuidado de definir soberanamente la medida y los modos accidentales de las garantías y de las condiciones territoriales de la independencia pontifical. Este es el ideal que debe dominar en nuestras esperanzas, y es el pensamiento que constituye el resúmen de una importante obra sobre *el Papa*, y cuyo asunto es tratado con una elevación de ideas, y una seguridad de vistas sumamente notables: «En esta hora de dolorosas transiciones, dice, en que los pueblos se transforman, y se rehacen los cuadros de la activi-

dad nacional, el Papado se mantiene en su puesto de vigía, aunque perseguido y ultrajado, como debe suceder en épocas en que la iniquidad triunfa y el derecho es oprimido. En vano se agitan y enfurecen las potencias sectarias, su voz domina las tempestades, y por un milagro inaudito de la Providencia la influencia de este cautivo se hace cada vez mas grande, habiendo elevado la Santa Sede á potencia moral de primer órden. Después de múltiples luchas internas y externas, en las que perecerán muchas de esas potencias que hoy figuran en el primer rango, el mismo empuje de los pueblos hará surgir un nuevo orden de cosas en que el derecho pontificio será restablecido á su independencia natural, y lejos de perder en ella nada de su libertad civil, ganará al ejercerlo bajo una forma más perfecta y sobre una escala más vasta.» Esa será la victoria para la Iglesia, para la civilización cristiana y para la humanidad, con honor y gloria de la misma Italia, sede del Papado.

La Iglesia está acostumbrada á esos triunfos expontáneos del derecho y de la justicia; y nunca ha sido defraudada en su esperanza.

---

## Los Papas como personas privadas

Aunque Jesucristo ha garantido la infalibilidad de sus Vicarios y nó su santidad; sin embargo la cronología de los Papas forma el catálogo de los personages más distinguidos del género humano. La casi totalidad de los Papas, aún como personas privadas, no teme bajo este aspecto el escalpelo de la crítica, aunque son muy pocos los hombres que no teman que sea conocida su vida privada.

Léanse las historias ó biografías de los Pontífices, y se hallará que en general fueron modestos y humildes en su vida privada, frugales, sobrios y mortificados en sus sentidos, afables en su trato, prudentes en sus dichos y hechos, gráves en su conducta, y, en una palabra, adornados de todas las virtudes cívicas y religiosas. Ellos dividían su tiempo entre la oración, el estudio, las obras de caridad y los negocios y asuntos de la Iglesia y de su pueblo, sin haber perdido jamás su tiempo en fiestas profanas, banquetes, tertulias, ni teatros, como lo hacen los otros príncipes del mundo.

Nunca los Papas han cerrado sus oídos á las súplicas de los pobres, de los infelices ó de los oprimidos, ni han negado sus tesoros para socorrer cualquiera necesidad. En general, han ocupado la Silla Pontificia hombres completamente intachables, de edad madura, cuando han perdido su fuerza las pasiones y, por tanto, capaces de dominarlas por completo. Unos se han distinguido por su caridad, otros por su paciencia y mansedumbre, aquellos por su piedad, estos por su bondad y dulzura, muchos

por su gravedad y justicia, otros por su modestia, su fortaleza ó su magnanimidad. No hay una sola virtud, una sola bella cualidad que haya faltado á alguno de los Papas, y sus virtudes más heroicas, casi no nos causan admiración, porque es comun verlas practicadas por ellos.

Por esta razón resaltan más los lunares de algunos Papas, por la sorpresa que causan, y que por otra parte, no se descuidan de abultarlas sus indignos adversarios. Pero no son ni tales ni tantos, como se dice, los Papas tachables; y aún estos, si parecieron malos, dice un autor, fué porque ocuparon aquel trono, donde cualquiera mancha se juzga pronto gravísima. Si hubieran sido simples príncipes temporales, hubieran pasado casi desapercibidas sus faltas. Pregunto á cualquiera, que no ignore completamente la historia, si ha existido algún Pontífice entre los que dejaron peor fama de si propios, que haya observado una conducta, no diré igual pero que se acercase á la de un Enrique *el grande*, á la de un Luis *el grande,* á la de un Pedro *el grande*, á la de un Napoleón *el grande*, ¿Cómo es que estos conservaron, no obstante sus liviandades, sus injusticias y su política maquiavélica, hasta el nombre de grandes, mientras muchos Pontífices, por mucho menos son anatematizados?»

Es verdaderamente admirable que en una serie de *doscientos sesenta* Papas, que se enumeran desde San Pedro hasta León XIII, apenas ¡*seis* ó *siete*! merecen ser censurados. Davison, protestante fogoso, que ha hecho de los Romanos Pontífices el cuadro mas escandaloso é infiel, no ha podido acusar nominalmente mas que á *veintiocho*, varios de los cuales son desig-

nados simplemente porque de alguna manera condenaron á los protestantes, siendo todos ellos vindicados por el ilustre historiador protestante A. Ranke.

Quedan, pues, mas de *doscientos cuarenta*, contra los que el difamador Davison no ha encontrado ningún cargo que hacer. Pero ¿existe acaso un proceder mas detestable que escrudiñar en una historia de tantos siglos, para sacar de ella todas las faltas verdaderas ó falsas que se han echado en cara à los Papas, de tergiversarlas, exagerándolas cuanto se puede, *sin decir una sola palabra* de las virtudes, de las buenas obras y de los servicios hechos á la humanidad, y llamar á esta crónica escandalosa *Cuadro fiel de los Papas*? Hé aquí como los hereges é incrédulos tergiversan la historia cuando se trata de infamar á la Iglesia.

Mas, por fortuna, del seno mismo del protestantismo han salido las mas hermosas vindicaciones de los Papas: así Gregorio VII, tan calumniado, aparece vindicado por Voigt, como Alejandro VI por Roscoé, y otros muchos Pontífices por Muller, Gregorovius, Ranke, Macaulay, etc.

*
* *

La caridad, el valor heróico, la vida humilde y pobre de los Papas de los tres primeros siglos, son hechos positivos; los monumentos de la historia deponen de ellos, y constituyeron en verdad, el honor y la admiración del género humano, precisamente en la época en que gobernaban al mundo los tiranos más degradados y crueles.

Las luces, los talentos, el celo, la vigilancia

laboriosa de los siglos IV y V son incontestables: sus obras existen todavía. Sus trabajos admirables en los siglos VI y VII para disminuir ó reparar los extragos de la irrupción de bárbaros, y salvar las letras y las artes, son bien conocidos y los contemporaneos dan testimonio de ellos.

Lo que han hecho los Papas en los siglos VIII y IX para civilizar á los pueblos del Norte es tan sabido, que los protestantes no han podido derramar sobre ello un barniz odioso, sino calumniando los motivos, las intenciones y los medios que han empleado, mientras si se resienten de la época, son superiores á su tiempo. Han querido en su odio sectario juzgar á los personajes del siglo X como si hubiesen existido en el XIX. Es, pues, en la hez de los siglos X y XI donde ha sido necesario escrudiñar, para hallar personajes y hechos que se han podido negar á discreción: allí donde los enemigos de los Papas han bebido torrentes de bilis, que han vomitado y en los que los incrédulos modernos, como Voltaire y los enciclopedistas se han saciado de nuevo. La vindicación de la edad media hecha por autores imparciales y notables, es la vindicación de los Papas mas calumniados; esa época que puede sintetizarse así: *la barbarie luchando contra la religión y la religión suavizando la barbarie*, por medio de los Pontífices.

¿En qué tiempo han existido algunos raros Papas reprensibles? Cuando la Italia estaba desgarrada por guerras intestinas y dominada por tiranuelos, que disponían de la Silla de Roma á su antojo, y colocaban en ella á sus hechuras, arrojando á sus legítimos poseedores; y cuando por miedo ó por soborno se hi-

cieron elecciones simoniacas. Pero cuando la Iglesia ha sido libre para elegir á sus Jefes, ha puesto sobre la Silla Apostólica hombres llenos de talento y de virtud. Hé aquí porque la Iglesia es tan celosa de su libertad é independencia, y porque no dejará de reclamar contra la usurpación del poder temporal.

Refiriéndose á este período, el célebre Baronio dice lo siguiente: «Hácense cargos á la Iglesia romana, sin atender á que, lejos de ser culpable de los abusos de la época, se veía por el contrario obligada á sufrirlos, á causa del poder de los príncipes seculares, debiendo recaer sobre ellos todo el peso de tantas irregularidades.»

Además, la mayor parte de los hechos acriminados á los Papas no están bien probados; una gran parte de ellos son referidos sin control por herejes y cismáticos, por hombres de partido, que han vivido en tiempos de alborotos y rebeliones, ó por escritores sin crítica, que acogían los rumores populares sin cuidar si eran verdaderos ó falsos; otros pertenecen á los años anteriores á su elevación al Pontificado; otros son calumnias manifiestas; y sin embargo hé aquí lo que ha servido de base para las biografías denigrantes de los Papas, escritas por los protestantes é incrédulos, que sin respeto por la verdad histórica, solo han tratado de saciar su odio sectario.

M. de Laurentie resuelve la gran objección de los que dicen que *han existido Papas indignos de su nombre*, de este modo: «Qué importan algunos Papas reprensibles en una historia tan extensa de virtud y santidad? Dios no ha encargado el gobierno de su Iglesia á ángeles sino á hombres, y ella tiene su destino general que ha continuado al traves de los escollos

y tempestades. En eso ha sido constantemente santa y divina; pero ha llevado á cabo su acción providencial por medio de instrumentos humanos, y si estos han sido malos, si el pontífice no se ha desprendido de su corteza mortal, y si la debilidad ha dominado en la corrección de los errores, esta misma circunstancia ha aumentado la grandeza de Dios en el gobierno de su Iglesia. No seria tan milagroso que el Señor perpetuase la Iglesia por un ministerio de santos, es decir, por su propia acción constantemente visible, ó al menos este milagro de perpetuidad sería de una naturaleza enteramente nueva, pues la Iglesia no sería de la tierra y estaría trocada la forma cristiana. El milagro de la Iglesia perpetuada en el orden actualmente conocido de la humanidad, estriba en serlo á pesar de las pasiones de los hombres y por medio de Pontífices que alguna vez han dejado de ser dignos. Hé aquí como se manifiesta Dios en su Iglesia; hé aquí la maravillosa acción del *espíritu santo* combinada con la acción libre del *espíritu humano*, el órden eterno en el movimiento de los pensamientos de la tierra, la perpetuidad en la fragilidad y la fuerza en las miserias; contradicción y armonía al mismo tiempo; en una palabra, el más grande de los milagros, pues se conserva y es de todos los días, y lo será sin poder cesar jamás, á pesar de las contradicciones de la debilidad humana á que está sometida la promesa infalible de su duración.»

Además, podemos añadir que Jesucristo dijo: «He rogado por ti para que *no desfallezca tu fé, y no tu santidad;* los ignorantes creen que por ser infalibles son impecables.

Indicaremos un solo hecho para demostrar cómo, á pesar de la maldad de los hombres, la

Providencia vela por la misión de la Iglesia. Pretendía la Emperatriz Teodosia hacer triunfar la heregía eutiquiana, y se pone de acuerdo con el diácono Vigilio á fin de que este, colocado por la fuerza en la Cátedra de S. Pedro, definiese como dogma cristiano aquella heregía. En efecto, encárgase al general Belisario de desterrar al legítimo Papa Liberio, entronizando á Vigilio. Entonces exige la Emperatriz lo prometido, y Vigilio se disculpa declarando que no es Papa legítimo mientras viva Liberio; llega este á morir en la cárcel por los malos tratamientos, y los Cardenales, por el bien de la paz, confirman á Vigilio, y entonces este, por un prodigio manifiesto de la asistencia divina, contesta á la Emperatriz que, si no siendo Papa pudo prometer confirmar una heregía, al ser legítimo Pontífice estaba dispuesto á defender la verdad á costa de la propia vida. Y en verdad, de ningún Papa, entre los más recriminados, se ha verificado que haya enseñado el error desde la cátedra pontificia, que es lo único garantido por el Salvador. De las calumnias protestantes á este respecto ya nos hemos ocupado.

*
* *

En cuanto al decantado nepotismo, cuando los enemigos de los Papas se escandalizan de que algunos de estos enriquesieron á sus parientes y les dieron pingües destinos y dignidades, sería bueno preguntarles si ellos en su caso, no hubieran hecho lo mismo. Esto más bien fué falta de heroismo que de ordinaria virtud, por cuanto el despego total de los parientes es perfección evangélica más que virtud natural. Pero mientras esto era lo común en las

cortes de los príncipes y gobernantes, en Roma era excepción; y este abuso fué corregido severamente por los Pontífices sucesivos; y debieran confesarlo así los adversarios, y no hacer creer que era una costumbre de la corte pontificia.

Por último, si han existido algunos pocos Pontífices que al parecer no tienen disculpa, esto solo probará que eran hombres y que el Pontificado no los hace impecables, sino infalibles; aquello para que tengan el mérito de la santidad y esto para que no desfallezca su fe al confirmar á sus hermanos. « Dios ha querido mostrar, diremos con un autor ilustre, al mundo el espectáculo permanente de su Iglesia regida siempre por un hombre, y al propio tiempo ha querido mostrar su poder en este hombre, también frágil y pecador, conservándole infalible en la enseñanza, bien que defectible en su conducta. Con esto ha demostrado aún á los más ciegos cuan poderosa es la asistencia que otorga á su Iglesia, puesto que no la pueden abatir no ya las maquinaciones empleadas contra ella, pero ni las faltas de los mismos Pontífices». Y que ni aún cuando, como individuos particulares se hayan equivocado, y pretendan definir el error como dogma, la asistencia divina se lo impide cuando hablan como Pontífices, como sucedió con el Papa Vigilio, en el caso tramado por la herética Emperatriz Teodosia, según hemos visto.

Es un escándalo farsaico, en verdad, considerar menoscabada la dignidad del Pontificado por las faltas de algunos pontífices. « Sabemos, dice el Cardenal Wiseman, que entre los Apóstoles hubo uno que hizo traición á su Maestro, cometiendo el delito más negro que han visto los siglos, y, sin embargo, nada sufrió de re-

sultas de ello el carácter del Apostolado. Del mismo modo podríamos decir que, si se reunen todos los Pontífices que aparecen manchando su supremacía, resultan en mucho menor número respecto de los que con sus virtudes han sido gloria del cristianismo, que el solo Judas respecto de todo el cuerpo apostólico. Y si la dignidad de los Apóstoles no sufrió menoscabo, ni su autoridad disminución, pregunto: ¿con qué razón ha de juzgarse de la institución del Pontificado, por las faltas de algunos que lo han ejercido?» Y, como dice otro autor, los pocos sucesores de S. Pedro, que de este modo han faltado, han sido objeto de las censuras de la Iglesia, y sus actos no pueden de ninguna manera echar la más pequeña mancha sobre la gloriosa historia del Pontificado, ni mucho menos rebajar la gloria de los innumerables buenos, sabios y dignísimos Pontífices, que figuran en una série tantas veces secular.

La época más triste para el Pontificado, la que se ha llamado su *edad de hierro*, es la que media entre Esteban IV, muerto en 891 y Dámaso II que concluyó en 1048, con un reinado de 23 días.

De ella ha dicho un historiador no católico, Laurent: « Entonces la Iglesia era víctima; los culpables eran los que la hacían violencia.

« Los barones romanos disponían del Papado, del mismo modo que los barones franceses de los Obispados. Algunas mujeres hábiles sacaron partido de su influencia para satisfacer sus pasiones. De aquí los desórdenes que mancharon la Santa Sede. El orígen del mal estaba en la servidumbre de la Iglesia; era necesario emanciparla de los lazos que la sujetaban á la

sociedad laica.» Y esto fuè lo que hizo el gran Gregorio VII.

El único analista conocido del Pontificado en el siglo X, fué por mucho tiempo Luitprando; este historiador tomó parte muy activa en las luchas que en sus días alteraron la paz de Italia, y estuvo siempre en contra de Adalberto, marqués de Toscana y de la facción que dominaba en Roma, por lo que en su *Historia del Imperio de Occidente*, pinta con negros colores, y concíbese que tuviera empeño en hacerlo, á la mayor parte de los Papas que pasaron con rapidez por la silla de S. Pedro, mientras en la Ciudad Eterna dominaban los señores de Toscana, hacedores de Pontífices.

Hasta el siglo XVII los libros históricos de Luitprando tuvieron una autoridad casi indiscutible; pero Muratori rebatió con argumentos irrefutables, gran parte de sus juicios. Los historiadores que ciegamente siguieron á Luitprando, no conocían una crónica que difiere bastante de algunas aseveraciones de este, y de la autoridad mas grave. Escribióla en el siglo X Flodoardo, canónigo de Reims, de vida ejemplar, testigo de vista y persona desinteresada, pues no intervino en los sucesos que refiere, y se mantuvo alejado de las disensiones que desgarraban á Italia, por donde viajó.

Merced á los prolijos estudios de que se ha hecho objetó á esta calamitosa época, ha sido rehabilitada la memoria de muchos Pontífices, como Sergio III, Juan X y Juan XI, acremente censurados. De todos los Papas de aquellos aciagos tiempos, sólo Benedicto IX afeó la tiara, debiéndose reprender además, la ambición de Cristobal, el juicio de Esteban VI contra su predecesor Formoso, cuyo cadáver se mandó des-

enterrar, y los excesos de la juventud de Juan XII. De treinta y nueve Papas que hubo durante siglo y medio, y que forma la época mas calamitosa de esclavitud para el Pontificado, solo tres ó cuatro podrían llamarse viciosos, en medio de la universal corrupción, y cuando no había libertad en las elecciones Pontificias y Roma era presa de las facciones, que tenían esclavizados á los Papas, á muchos de los cuales quitaron la vida.

*
* *

Las calumnias con que se ha intentado manchar la honra de algunos Papas de otros tiempos, han caído en el mayor desprecio, cuando la historia ha sido estudiada en sus propias fuentes por personas imparciales. Tal sucede con la vida de Alejandro VI, antes Rodrigo Lenzuoli, y más conocido por su apellido materno de *Borgia* ó Borja.

Lo que se ha dicho de este Papa por algunos historiadores y se ha mostrado al público en novelas terroríficas y dramones espeluznantes es tan enorme é inverosímil, que no se concibe cómo se le ha podido prestar crédito, y cómo algunos escritores han llegado á estamparlo en sus historias. Pero sus mayores enemigos han escrito su mejor apología, como Rey y como Papa.

Examinemos brevemente los historiadores antiguos que le hacen cargos, y que son el orígen de las historias posteriores: son Guichardini, *Burchard*, Tomasi, Maquiavelo y Paul Jové.

Del primero dice el incrédulo Bayle en su *Diccionario filosófico:* « Guichardini merece el desprecio: no hace más que recojer los embus-

tes de los gacetilleros. » Voltaire en su *disertación sobre Enrique IV*, se encara con el patrañero y le apostrofa: « Atrévanse á decir á Guichardini: Europa está engañada por tí; y tú lo has sido por tu pasión. Eras enemigo del Papa: has dado demasiado crédito á tu odio. » La obra de Guichardini se publicó despues de su muerte y contra la voluntad del arrepentido calumniador, quien dijo en su testamento, poco antes de morir: « Mi *historia de Italia* sea quemada.» ¡Cuánta infamia se hubiese ahorrado!

Paul Jové no se avergonzó de confesar que tenía dos plumas, *una de oro y otra de hierro* para tratar á los príncipes segun los favores ó desatenciones que de ellos recibía: de modo que no puede invocarse su testimonio contra Alejandro VI. De Tomasi se ha dicho que, para cohonestar los propios crimenes, pretendió atribuirlos al Papa. De Maquiavelo no es necesario hablar.

El testimonio que tiene más fuerza aparente es el de Burchard, familiar de Alejandro; pero es más que sospechosa su autenticidad. Murió ignorado y nadie supo que hubiese escrito. *Dos siglos despues* de su muerte, un *calvinista* francés entregó á un *luterano* alemán, Leibnitz, unas hojas sueltas, en varios idiomas, que fueron publicadas como copia del *Diarium* del familiar de Alejandro VI. Más tarde en 1707, *La Crose* presentó el *Diarium* como existente en la biblioteca de Berlin, pero bastante distinto del *primitivo*, publicado en la *Historia Secreta*. Como el texto se contradice, varios escritores con *Audin* han sacado la más completa defensa del *virtuoso* Alejandro VI y especialmente el historiador protestante Roscoé.

Este gran Papa acabó con los tiranuelos que

oprimían á los Estados pontificios, y concitó contra sí, por esta causa, el odio de muchos príncipes, que pagaron á escritores sin conciencia, para que difamasen al digno Pontífice, como se había difamado en otros tiempos á Pontífices, que están inscritos en el calendario.

Gracias á las conquistas de la crítica histórica, un sin fin de historiadores modernos imparciales, han vindicado victoriosamente al que resulta ser un grande y un virtuoso Papa. Resultan igualmente fabulosos los decantados *crímenes de los Borgias*, en los que ningún escritor, que sabe respetarse, cree hoy día.

En cuanto al testimonio de los seis cardenales que invitaron á Carlos VIII de Francia á deponer al Pontífice, hiciéronlo, no en atención á la vida de Alejandro VI, sino, como dice el protestante Gordon, por espíritu de venganza.

Y para que se vea hasta donde llega el furor insano de los difamadores de los Papas, recordamos el crédito que se dió á la fábula, tan mal forjada, como estúpida, de un Papa mujer, que se supone sucediera al Papa León IV muerto el año 855. Pero la historia demuestra que entre León IV y Benedito III no existió ningún otro Papa. Así que lo de *Juana la Papisa* es un mito que solo sirve para demostrar hasta donde llega la credulidad antipapista.

Por fin, los protestantes han pretendido calumniar al gran Papa Gregorio XIII, afirmando que cubrió de infamia su nombre y la Iglesia que representa, aprobando y aplaudiendo la *San Bartolomé*, ó sea, la matanza de los calvinistas de Francia, llamados hugonotes, acaecida en el reinado de Carlos IX en la noche del 24 de Agosto de 1572, fiesta de San Bartolomé. En efecto, el Papa mandó hacer festejos religiosos en acción de gracias; y los pseudo-historiadores,

siguiendo á Michelet, H. Martín y A. Coquerel, repiten las calumnias que con tal motivo escribió Voltaire.

Para comprender que no era posible que Gregorio XIII aprobase la matanza de los hugonotes, ni mucho menos tuviese en ella participación, basta no ignorar que, según refiere Theiner, en sus *Anales Eclesiasticos,* la víspera del día de San Bartolomé, escribía al duque de Alba suplicándole que procurara evitar en lo posible la efusión de sangre. Pero hoy la calumnia es insostenible; los documentos diplomáticos, sacados recientemente de los archivos del Vaticano prueban que el Papa fué engañado por la corte francesa, como todos los demás soberanos de Europa, y cuya diplomacia hizo ver que no se trataba sino de un complot de los protestantes contra la vida del monarca, que logró salir ileso; lo que por otra parte no era increible desde que los hugonotes, encabezados por el almirante Coligny, varias veces se habían levantado en armas contra su soberano. Pero sea lo que fuere, sólo se trata de un *crímen político*; y el Papa fué engañado, como los demás soberanos, y solo demostró su alegría porque creyó se había salvado la vida del rey de un complot. El jubileo que el Papa mandó celebrar tenía otros motivos, además del señalado, cuales eran las victorias contra los turcos y la elección del rey de Polonia.

Y sin embargo el fanatismo protestante continúa explotando la calumnia, como se ha verificado entre nosotros, conmemorando *la San Bartolomé*, como un crímen *religioso*, sancionado por el Papa y la Iglesia. ¡Dá vergüenza que se recurra á semejantes medios de propaganda contra el Pontificado, y esto en pleno siglo de las luces!

# El Papado y los pueblos

Vamos á considerar ahora á los Papas bajo el aspecto internacional, siguiendo especialmente al publicista Mr. de Cortis en su trabajo *El Papado y los pueblos*; pues aunque no pudimos menos de bosquejar esta materia en lo que dejamos expuesto, ahora lo haremos de una manera especial, ya que el asunto es sumamente importante y de gran actualidad. Además, advertimos que en esta parte apelaremos con más frecuencia á la autoridad de autores liberales, para que sea imposible tachar de parcialidad nuestras afirmaciones. Gracias á Dios, la luz de la crítica histórica hace cada día más conquistas, y con ellas gana el Pontificado

Y bien ¿cuánta es la influencia internacional del Pontificado en el bienestar y destino de los pueblos? Isaac Pereire, el israelita autor de *La cuestión religiosa*, escribía poco ha: «¿Quién podrá calcular los grandiosos efectos de la pacífica intervención del Papado en los asuntos generales de Europa, en el desarme de las potencias, en la coordinación de los trabajos científicos de los diversos pueblos europeos, en la reglamentación de las relaciones industriales entre las naciones...?» El los cree incalculables y con sobrada razón.

Y en efecto; este pensamiento, emitido por el gran financista, ha tenido eso no solamente entre los monarcas más poderosos, sino tambien en las inteligencias más notables, en los más ilustres pensadores, economistás y jurisconsultos, en una palabra, en todos aquellos que durante el curso del siglo XIX se han

interesado seriamente por el bienestar de los pueblos y naciones.

Semejante hecho, que podría parecer tan extraordinario á muchos espíritus extraviados por tantos errores y trastornos políticos, ó de erudición superficial; sin embargo, para los que saben, por enseñarlo la historia, que todo lo que constituye nuestra sociedad moderna se lo debemos, quiérase ó no, al Papado, no es, por el contrario, sino la consecuencia más natural de las cosas y de las recientes conquistas de la filosofía de la historia. La mayoría de nuestros literatos anticlericales vive aún sugestionada por la tradición volteriano-protestante, cuyo espíritu es difamar ó despreciar la Iglesia y sus instituciones; pero esto, gracias á los adelantos crítico-históricos, va pasando de moda entre los pensadores de nota.

Y en verdad ¿qué esfuerzos no ha hecho y cuántos progresos no ha realizado el Papado en pro de la civilización, de la libertad y del bienestar de los pueblos, al través de todas las edades?

¿Qué no hizo el Pontificado cuando, instituido por Jesucristo para continuar su obra civilizadora, se encontró frente á frente de un órden de ideas y de cosas que había destruido la verdad religiosa y moral; que había arrancado á las verdades políticas y civiles su fundamento esencial, cual es la igualdad y la fraternidad originales de los hombres, creados todos para un mismo y único fin? ¿Qué no hizo para derribar ese órden de ideas y de cosas, que había hecho esclavas á las nueve décimas partes del género humano de un puñado de privilegiados, que disponían de ellas como se dispone de una tropa de animales?

¿Y qué no hizo el Papado al encontrarse en presencia de ese estado social que entregaba las naciones al capricho de los emperadores romanos, á esos monstruos de fisonomía humana, que se llamaron Tiberio, Nerón, Calígula, Decio ó Diocleciano, tiranos á quienes se consagraba un culto, se tributaban honores divinos, se erigían templos, se inmolaban víctimas, y que proclamaron ante el mundo entero que todos los bienes de la tierra les pertenecían, y que cuanto se poseía provenía de ellos, consagrándoles así la más humillante y abrumadora de las servidumbres?

¿A quién se debe la desaparición y derrumbamiento de ese vergonzoso régimen, cuyo solo recuerdo nos hace extremecer aún, sino al Papado?

Así, fué Pedro, el primero de los Papas que presentándose en Roma, cual incógnito peregrino, apoyado en las enseñanzas del divino Maestro: «Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios (Matth. XXII-21), erigió frente al trono de los Césares esta Cátedra de la verdad que, arrancando para siempre, á costa de los martirios más atroces, de la frente de los emperadores romanos los emblemas de la divinidad, debía devolver á la gran familia humana su dignidad ultrajada, sus derechos pisoteados durante tanto siglos, y proclamar del modo más brillante la emancipación y libertad de los pueblos?

Aquí está, decía con justa razón el ilustre historiador Audisio, el quicio de la gran renovación civil y religiosa que el príncipe de los Apóstoles llevaba á la ciudad del universo»; y añadia, no sin razón, que «bajo ese punto de vista, la llegada de Pedro á Roma y los

frutos de su palabra constituían el acontecimiento más maravilloso y fecundo que presenta la historia de los pueblos (1).

*
* *

Y en efecto, la lucha que se entabló entonces entre el Papado y los Césares fué terrible y sin igual en la historia. Durante tres largos siglos caía un Papa bajo el hacha del verdugo y levantábase otro para defender con igual valór, con la misma energía los derechos de Dios y de la humanidad ultrajada; pero la victoria fué de las más brillantes.

Así, el año 315 el emperador Constantino promulgaba un decreto por el que «los condenados á las minas no debian en adelante ser marcados en la frente, porque el rostro del hombre, criado á imágen y semejanza de la divina belleza, no debía ser desfigurado de ese modo.»

Cuatro años después, por un nuevo decreto, declaraba que «el señor que hubiese voluntariamente condenado á muerte á un esclavo sería culpable de homicidio y perseguido como tal. En el año 322 suprimió los combates de los gladiadores, y tres años más tarde dictaba penas severas contra los que mutilaban á sus semejantes para hacer de ellos eunucos; y muchas otras leyes semejantes. (2)

La igualdad y la fraternidad originales de todos los hombres eran así proclamadas á los cuatro vientos desde el mismo sitio donde por tanto tiempo se hizo doblar la cervíz del género humano ante la más humillante y vergonzosa de las servidumbres. Pero todos convendrán en que

1—G. Audisio. *Hist. relig. y polít. de los Papas.*
2—Constantino Magno. Decretos y Constituciones. *Migne.*

si Constantino, salido apenas del paganismo, que le había imbuído todos sus hábitos, había firmado y publicado esas ordenanzas reformadoras, que son un progreso inmenso sobre la antigua civilización, no podía él ser el autor.

Esos hábitos le fueron arrancados por esa heróica perseverancia que el Papado puso en la defensa de los derechos despreciados de la humanidad y por el ideal sublime representado por ese mismo Papado.

Así, el primer paso de la esclavitud á la libertad, de la muerte á la vida, acababa de darse debido á la indómita energía de los Papas.

Admirado á la vista de este espectáculo, uno de los más encarnizados enemigos del Pontificado, después de haber dicho que «aunque este período sólo presenta los primeros pasos del Papado, no obstante aparece como la infancia de Hércules, y que sus vagidos hacen presentir su futura grandeza;» y prosigue: «Es verdaderamente un espectáculo digno de admiración el progreso y el enérgico desarrollo de esta nueva potencia, que surje al lado de un gran imperio que declina, y que crea una nueva civilización y la aparta del torbellino de una inmensa ruina en la que se hubiesen abismado las leyes, la religión, la justicia, las costumbres, con todos los tesoros de la antigua civilización. (1)

*
* *

No obstante, si los Césares ya estaban bautizados, si las leyes comenzaban á llevar impreso el sello del cristianismo, el gobierno era y tendía á continuar siendo un gobierno pagano,

1—Bianchi-Giovini. *Historia de los Papas.*

corregido y mejorado, sin duda, por el ideal cristiano, pero siempre fundado sobre una idea pagana de la omnipotencia del Estado y de la esclavitud de los pueblos, idea de la que se sirvieron los emperadores de Bizancio para oprimir con su mano sangrienta el santuario de la conciencia, para publicar edictos contra la fé, para inficionar á la Iglesia con la inmensa corrupción de la corte y de su administración. Mas, la Providencia, que vela por los destinos de los pueblos, tenía preparados para esta hora suprema de transición social del paganismo al cristianismo, una serie de grandes Papas, que, por su valor, su acción é indómita energía, debían hacer marchar á grandes pasos la obra de la libertad, del derecho y de la justicia.

En efecto; el Papado, continuó con más energía que nunca el trabajo de regeneración social y de perfeccionamiento humano comenzado en las catacumbas: trabajando por corregir la dureza del rico y apaciguar lós odios del proletario; procurando introducir en la legislación ideas nuevas y no permitiendo á los Césares cristianos, como se lo había prohibido á los Césares paganos, mezclarse en los asuntos de la Iglesia y de la conciencia. Así el Papado, á pesar de la oposición de aquellos que, por otra parte tenían misión de favorecerlo en sus esfuerzos, hacía progresos seguros y eficaces en la consolidación de la nueva sociedad sobre las ruinas de la antigua, al dar los primeros bosquejos de esta civilización cristiana, que, sustituyendo á la pagana, debía consagrar la libertad y la fraternidad de los pueblos, y sustituir á la esclavitud legal con la emancipación religiosa y civil del género humano.

« De este modo es, ha dicho un adversario,

cómo se explica el inmenso atractivo que inspiraba á los oprimidos una doctrina que les daba una patria y un Dios al abrigo del yugo de la brutalidad; una doctrina que, por boca de Pablo, proclamaba la igualdad entre el vencedor y el vencido, entre el señor y el esclavo, entre el hombre y la mujer, entre el judío y el gentil.

« La pureza de los otros dogmas del cristianismo esparcía, en verdad, en medio de la corrupción de la antigua sociedad un brillo incomparable; pero ninguno tuvo influencia tan decisiva como la reivindicación perseverante de los derechos de la personalidad despreciada.

« El cristianismo fué un grito de libertad, una fórmula de franquicias, un inmenso esfuerzo del espíritu humano para salir del reino de la fuerza; y todas las nacionalidades oprimidas le prestaron ayuda en esta obra grandiosa ». (1)

*
* *

El Papado ocupábase aùn en la sublime tarea de regeneración social, cuando los bárbaros, cumpliendo un designio de la Providencia, salieron del fondo de sus bosques y cayeron por todas partes sobre las fronteras romanas y devastaron ese Imperio, que tanto había abusado de la vida y de la libertad de los pueblos.

¿Qué no hicieron los Papas, durante la invasión, por salvar á Roma, á Italia y á Europa del furor de esas hordas salvajes y de sus más violentos jefes? ¿Qué no hicieron, después de la invasión, para abogar por la causa de los vencidos, para calmar la ferocidad y las pretensiones de unos y animar el valor y la paciencia de

1—*Lanfrey*. Historia política de los Papas.

los otros? El mismo historiador racionalista que acabamos de citar, expone en estos términos esta hermosa página de la historia del Papado:

«La caida del Imperio de Occidente solamente dejó en pie en Italia, como fuerza organizada y de acción, el *poder* del Papado, centro y personificación de la Iglesia. Solo él fué respetado por la invasión; sólo él tuvo un carácter permanente en medio de las frágiles posesiones de la conquista, que se destruían las unas á las otras, como una ola empuja á otra. Solo él permanecía indefenso, desarmado, sin atribuciones fijas, de pié, en medio de las ruinas, sólo él tenía toda la majestad de una potencia moral. Activo siempre, siempre abnegado, rodeado de un prestigio que llegaba hasta los conquistadores, los pueblos lo veían sin cesar interponerse como mediador entre la victoria y los vencidos. Atila retrocedió respetuosamente ante su presencia; Alarico y Genserico entablaron la paz con él. Una inmensa popularidad mezclada de veneración, fué la recompensa; y cuando Odoacro, jefe de los Hérulos, fundó su reino de Italia, si permitió que subsistiera una República Romana en el centro de sus provincias, no fué por haberse detenido en presencia de un fantasma clásico, sino al verse delante de la ciudad sagrada donde residía el representante de la fe cristiana». (Lanfrey, op. cit.)

Y ¿qué partido sacó el Papado de esta inmensa popularidad, de ese temor, de esa veneración, que inspiraba á los vencedores y vencidos?

La humanidad, que comenzaba entonces una vida nueva, tuvo que sentir las necesidades y las debilidades de la infancia; menester fué que los Papas llenasen á la vez los oficios de tutores y conciliadores. Y los historiadores, aún

los más opuestos al Pontificado y á la Iglesia, no cesan de elogiar y justificar el papel desempeñado por los Papas en esas edades terribles. «En medio de esta anarquía universal, escribe el protestante Ancillón, el Papado sólo salvó, puede decirse, la Europa de una completa barbarie; y creó un centro común, un punto de renacimiento para los Estados aislados». (1)

«El es, solo él, añade el protestante Guizot, quien, en nombre de la religión, de la moral, de los derechos naturales de la humanidad ó de los derechos generales de la cristiandad, intervino entre los diversos estados, entre príncipes y pueblos, entre fuertes y débiles, para recordar y encarecer la justicia, la paz, el respeto en los contratos, los deberes y las mutuas relaciones, poniendo asi, contra las pretensiones y los desórdenes de la fuerza, los principios del derecho internacional.» (2)

Emancipadora y tutelar de los débiles, «la Roma pontifical apareció entonces, dice con mucha razón el ilustre jurista liberal Carnazza-Amari, como un tribunal augusto, al que con frecuencia apelaron los pueblos de la cristiandad, como árbitro de la paz y de la guerra.» (3)

Mientras el Papado trabajaba de este modo por la unión y fraternidad de los pueblos, para darles una vida social é internacional, reglas civiles y políticas, «de Roma, de esa mística ciudad, como dice el ilustre historiador Gregorovius, irradiaba la luz que iluminaba todas las naciones: los obispados, los conventos, las misiones, las escuelas, las bibliotecas, eran otras tantas colonias fundadas por Roma. De Roma

1—*F. Ancillón.* Cuadro de las Revoluciones, etc.
2—Guizot. *La Iglesia y la sociedad cristiana.*
3—Carnazza-Amari. *Derecho inter. público en tiempo de paz.*

eran llevadas más allá de los mares y los montes esas sagradas reliquias para ser veneradas sobre los altares de las regiones más lejanas de la Bretaña y de Alemania. El idioma usado en los ritos sagrados y en las escuelas era el que se hablaba en Roma; la literatura sagrada y profana, la música, las matemáticas, la gramática, la arquitectura y la pintura tenían su sede en Roma y desde allí se propagaban por todo el universo.» (1)

Así, pues, bajo este impulso dado por la Santa Sede, nace una civilización muy distinta de la antigua, y superior á ella por su ideal y por las consecuencias sociales de este ideal: más caridad, más piedad, una justicia más exacta para todos los hombres. «Un nuevo arte nace y se extiende; los poetas cantan y transforman los dialectos vulgares en idiomas que debían perdurar al través de los siglos; Francia, Alemania é Inglaterra ven levantarse numerosas catedrales, monasterios y castillos. Muy cegado está, y muy injusto ha de ser, exclama el autor liberal E. Laboulaye, quien no reconozca en esa renovación de todas las cosas la única fuerza que regenera la humanidad.» (2) Es verdad, por tanto, que en la historia no ha existido mas grande bienhechor de la humanidad que el Pontificado.

*
* *

Pero, he aquí que los filósofos del siglo XVIII, los liberales y los sectarios se esforzaron por enlodar esa hermosa edad que, por una justa rehabilitación histórica, atrae en nues-

1—Gregorovius. *Historia de Roma.*
2—Ed. Laboulaye. *El restado y sus límites.*

tros dias la atención de las grandes inteligencias.

Hablando de ese tiempo, único en toda la historia de la humanidad, durante el cual los derechos y las libertades de los pueblos merecieron respeto y honor, el más ilustre, el más grande y el más imparcial de los historiadores contemporaneos, César Cantú, se expresa del modo siguiente:

«Llevado por el amor de la patria, meditaba sobre los tiempos y los lugares más gloriosos para Italia; y al ver nuestra catedral de Milán, san Petronio de Bolonia, santa María de Florencia, el gran Convento de Asís, san Marcos de Venecia, las catedrales de Siena y de Orvieto, las maravillas acumuladas en la plaza de Pisa, las tumbas de Montreal y de la Haute-Combe, el puerto de Gènova, Venecia entera; al contemplar todo eso con el piadoso respeto con que se saluda la tumba de los antepasados; al encontrar en cada ciudad una catedral, murallas, casas de ayuntamiento, canales navegables, largos acueductos, les preguntaba: *¿En qué tiempos habéis sido construidos?* Y todos me respondían: *Durante el tiempo de las libertades municipales*, en la Edad Media.

«Impresionado entonces por su triste soledad, complacíame en evocar esos Pontífices que intimaban á príncipes muy distantes, un gobierno de justicia, ó bien, el descender del trono; esos cónsules que trataron de igual á igual á los reyes de Francia y á los emperadores de Alemania; esos misioneros que eran los primeros en visitar la China, que seguían las tiendas errantes de los Tártaros, y llevaban la civilización al seno de los paises salvajes; esos ciudadanos que superaron tantas dificultades y

prepararon la solución del más importante de los problemas sociales. En los astilleros ó puertos desiertos de nuestras ciudades marítimas, allí donde hoy no se vé más que un reducido número de barcas pescadoras, me figuraba los centenares de navíos que cruzaban los mares para ir á fundar colonias en Jafa y sobre el Don, en Constantinopla y sobre el Báltico; veía á esos intrépidos navegantes dictando en todas partes códigos marítimos; volviendo á dar al mundo el ejemplo de la actividad comercial, de la adquisición de riquezas por medios muy distintos de la codicia romana.

« Veía á los embajadores de las mayores potencias implorar en San Marcos el auxilio del león veneciano, y enternecerse hasta derramar lágrimas al ver que un doge se ponía á la cabeza de Europa para rechazar el Asia.

« Contemplaba millones de peregrinos que llegaban de los cuatro puntos cardinales hasta la Sede Apostólica para admirar, con devoción y curiosidad, los maravillosos adelantos de una civilización nueva que ellos trasplantarán muy pronto, con el mismo éxito, á sus países. Representábame en la Póntida ese puñado de bravos tendiendo una mano á sus hermanos, y apoyada la otra en el pomo de la espada, enseñando la libertad, y como único medio de adquirirla, la concordia. Observaba á los pueblos y á los príncipes volviendo la vista hácia Roma; pidiendo consejo para sus leyes y apoyo contra la opresión, teniendo sus armas, no ensangrentadas; invocando, en nombre de la razón y de la justicia, los oráculos de un Senado de anficciones libremente elegidos en todos los rangos del pueblo en todas las naciones.

« En cuanto á mí, italiano, al pensar en

esas cosas y en muchas otras, no tenía ya valor para despreciar esos siglos, para blasfemar contra todo lo que nos pertenecia, para desconocerla influencia que la imaginación, entregada à sí misma, ejerce en la vida de los hombres y de la sociedad.

«Y cuando reflexionaba que nuestros padres, guiados por una experiencia madura, pedían garantias sociales, por las que aún suspiramos, mientras otros pueblos se honraban de poseerlas, comprendía que el sentido político no ha nacido ayer, y que debemos aleccionarnos en la historia de nuestras comunas en vez de tomarnos la tarea de desmentir, á fuerza de cálculos y de desprecio, los hechos y la fe, las grandezas del pasado y las esperanzas del porvenir, para llegar á hacer del hombre un ser que pesa, míde, une, destruye y desaparece.» (1)

« Este período, continúa Lerminier, es uno, progresivo, completo; tiene razón, como sistema; como trajedia, desenlace; satisface la fe del creyente, la imaginación del artista, la inteligencia del pensador; es la manifestación histórica del cristianismo, su exaltación, su gloria; es para el catolicismo lo que fueron para el politéismo griego los años que transcurrieron desde Solón hasta Pericles.» (2)

Más tarde, cuando del mismo lecho de esta Roma Papal, cuya elevada misión era hacer brillar en su pleno dia la luz explendorosa que algunas veces había entrevisto el paganismo, renació el gusto por las cosas de la Roma de los Catones y de los Césares, un Papa, cuyo espíritu

1—C. Cantú, *Hist. univ.* t. IV. Véase en el mismo orden de ideas: L. Gautier. *¿Cómo hay que juzgar la Edad Media?* Georges Romain *¿Fué la edad media una época de tinieblas y de esclavitud?*
2—*El Papado en la edad media,* en la Revista de Ambos Mundos.

artístico y sentido literario igualaron su habilidad política, León X, encabezó el movimiento y lo dirijió con tal sabiduría que mereció dar su nombre al siglo del Renacimiento. (1)

¿Quién podrá decir á qué grado hubiese llegado la civilización humana; qué grado de bienestar y libertad hubiesen alcanzado los pueblos si se hubiese dejado al Papado seguir tranquilamente su misión, en un todo pacífica, fraternal y justa?

## II

Por más que nos repitamos, es conveniente descender á mayores detalles en la demostración de la benéfica influencia del Pontificado en la civilización de los pueblos.

A favor del inmenso poder de los Papas, acatado amorosamente por las naciones todas, el Pontificado fué introduciendo en la sociedad los gérmenes fecundos de la civilización cristiana, y suavizando las costumbres feroces de los pueblos septentrionales con una paciencia verdaderamente heróica y paternal.

No pudiendo hacer caer las armas de las manos de los conquistadores, impuso por amor de Cristo la paz ó *tregua de Dios*, consiguiendo que se suspendieran todas las hostilidades en la mayor parte de cada semana, ó sea desde el miércoles por la tarde hasta el lunes siguiente, y santificó y consagró el valor personal, refrenando sus abusos, y haciendo de él una institución religiosa con la creación de las *órdenes militares*, cuyos caballeros no debían desenvainar la espada sino para defenderse de turcos y agarenos, perseguir á los cri-

1—A. Laveille, *La Iglesia y las bellas letras.*

minales ó defender á los peregrinos y á todos los injustamente vejados.

De este modo, por obra de los Pontífices, la espada desenvainada por el rencor se convertía en instrumento de la justicia.

«¿Quién tiene noticia, decia La Mennais, de la llamada *tregua de Dios* y deja de bendecir esta amorosa ley?» Y lo mismo cabe decir de la *Caballería*, ya que los historiadores sensatos é imparciales reconocen las ventajas que á la sociedad reportó esta corporación, de la cual dice T. Lavallée que era enteramente poética é ideal, que tomó bajo su protección á los pobres, los sacerdotes, las mujeres y todos los seres indefensos; jurando combatir por la fe, por la gloria y el bien público.» Si al fin degeneró, fué cuando ya no tenía objeto.

***

Las *Cruzadas* han sido objeto de estudios especiales y por ende vindicadas; y César Cantú las considera como «el triunfo de la religión, y la grande aventura del feudalismo, que formó la gloria popular.»

«El primer distintivo, dice Guizot, en la *Historia gen. de la civiliz. europea,* el carácter principal de las Cruzadas se halla en su universalidad. Antes de que ese hecho se verificase, jamás la Europa había obrado á impulsos de un mismo sentimiento; jamás una misma cosa la había conmovido y excitado en todas sus partes: en este sentido puede decirse que no existía la Europa. Las Cruzadas constituyen su primer hecho; toda entera acudió á ellas, revelándose así una Europa cristiana.

«Jamás habían visto los pueblos cristianos espectáculo tan animado y glorioso.

«No está todo aquí: al mismo tiempo que forman las Cruzadas un acontecimiento europeo, son tambien en cada país un suceso verdaderamente nacional, una misma idea, un mismo sentimiento anima á todas las clases de cada una de las naciones, todas se lanzan en la misma carrera. Reyes, señores, clérigos, plebeyos, pueblos, todos á una se disputan el honor de tomar un interés muy vivo, una parte muy activa en la conquista de los Lugares Santos. Aparece, por fin, en medio de tan gloriosos resplandores la unidad moral de los pueblos, no menos nueva por cierto, que la unidad europea,»

Al Pontificado corresponde la excitación á las Cruzadas, y, por tanto, la gloria de aquellas epopeyas sin igual, de aquellas expediciones útiles sobre todo lo que es ponderable. Lo indiscutible es que solo á una religión como la católica, de amor, de unión y de fraternidad, le era dable convertir en un ejército, donde había una solo idea, y en que la *Trégua de Dios* acallaba los resentimientos personales, aquella sociedad fundada por el hacha de los bárbaros sobre las ruinas humeantes del imperio romano entre discordias y rencillas de carácter particular intestino, que, sin la intervención potente del Pontificado, habrían hecho de la Europa un campo de Agramante, un teatro sangriento de luchas sin fin, como lo reconocen todos los grandes historiadores.

El individualismo de las tribus del Septentrión existía vigoroso bajo la corteza de las nacionalidades formadas por la voluntad de hierro de los conquistadores. Los potentados tenían indepen-

dencia absoluta, casi sin límites, y andaban envueltos en contínuas luchas, y los reyes ocupábanse solo en afianzar sobre su cabeza la vacilante corona. No había ni idea determinada, ni acción común, ni plan preconcebido, ni unidad de miras para salvar á Europa de la terrible invasión musulmana que la amenazaba. El Occidente iba á caer, como el Oriente, bajo la dominación de la triunfante Media Luna. Pero los Pontífices velaban por la cristiandad y no perdían de vista al nuevo formidable enemigo, que avanzaba con el ímpetu de un torrente avasallador y con el orden de un ejército aguerrido y bien disciplinado, de triunfo en triunfo, apoderándose de las principales provincias del Imperio griego, y amenazando al mismo corazón del Cristianismo. De haberse esperado su ataque en Europa, podrían sobrevenir consecuencias funestísimas, y de cualquier modo, á no ser por las Cruzadas el poder feudal hubiera conservado por mucho tiempo su inútil preponderancia.

Los Pontífices, en su alta prudencia, vieron en la guerra ofensiva contra el islamismo un medio de que desapareciesen las luchas escandalosas de los príncipes y señores, un medio de aproximar y poner en contacto y fundir en un solo amor á todas las naciones europeas. Con su autoridad de Padre congregó el Papa Urbano II en derredor suyo, en los concilios de Placencia y Clermont, lo más florido y granado de la cristiandad, exhortó á vengar las injurias que todos los días estaban recibiendo los cristianos en sus peregrinaciones á la Tierra santa; y al punto se apagó el fuego de la envidia en todas las gentes, y los que más se odiaban se abrazaron, y veinte naciones, levantadas como un solo hombre, fueron á postrarse á los pies del Pontífice, que aña-

dió á sus banderas el pendón de Cristo, y puso sobre sus ropas la señal de la cruz. Y partieron por el camino del Gólgota, no para traer un vellocino de oro, sino para rescatar el sepulcro del Redentor del mundo y padre de la civilización cristiana.

Ocho veces durante dos centurias, la palabra de los Pontífices fué la palanca inmensa que removió y levantó á los pueblos soterrados, digámoslo así, en las solitarias rocas del feudalismo, y la fuerza incontrastable que hizo de todos los guerreros de Europa un solo ejército y de todos los Estados una sola familia, dando noble desahogo á la pasión de aventuras y conquistas que dominaba á los nobles señores, fundiendo en unidad de espíritu las distintas y contrarias tendencias sociales, despertando en las gentes la dormida conciencia de su dignidad, abriendo el camino de la gloria para los despreciados plebeyos, cuyo concurso forzosamente entonces se solicitaba, y asegurando el predominio de la Cruz sobre la Media Luna, (1) de Europa sobre las demás partes del mundo, y de las empresas desinteresadas y comunes sobre las mezquinas disputas de los tiranuelos de castillo.

Las cruzadas, cuyos frutos provechosísimos para la civilización, aun bajo el aspecto económico, comercial y político, que ya nadie pone en duda, debiéronse principalmente á los Papas, por más que lo desconozca M. Guizot, pues eran los que mandaban predicar estas guerras santas, habiendo sido el papa Urbano II en persona el que promulgó la primera cruzada, quien

1—¿Qné juicio podremos formarnos del espíritu del protestantismo al oir de boca de Lutero que prefería ser súbdito del Sultán de Constantinopla antes que del Papa?

terminaba su arenga con estas palabras: «Id, y en la más noble de las empresas mostrad aquel valor, aquel tino que tan mal prodigáis en vuestras disputas particulares. Id, soldados, y se extenderá por todas partes vuestra fama. El notorio valor de los franceses preceda; y, ayudado por las naciones aliadas, espante al mundo con solo su nombre.» Y asi el Pontificado consiguió la gloria de haber librado á Europa de la dominación del islamismo, que más tarde aniquiló en Lepanto.

*
* *

Una vez consolidada la independencia de las naciones, los Pontífices trabajaron con feliz éxito en desarrollar en ellas los gérmenes fecundos de civilización y de cultura, introducidos por la religión cristiana. De lo que hicieron por las artes, es buen testimonio, si otros no hubiese, la misma ciudad eterna, museo universal, arca donde se salvaron los restos monumentales del mundo antiguo en el naufragio de la invasión de los bárbaros; foco de luz inextinguible, que irradió sus poderosísimos destellos por el mundo de la edad media, y prestó inspiración, é ideales y formas á aquellos artistas soberanos, que inútilmente trataron de imitar las edades posteriores.

Cuando no había aun consulados, ni embajadas permanentes, Roma tenía nuncios ó legados en todas las naciones, uniéndolas de este modo estrechamente entre si y con el centro de la unidad espiritual. La organización de los Estados pontificios durante la Edad Media, era incomparablemente mejor que la de los demás Estados, á los cuales servía de pauta y de norma.

Francia, Alemania é Inglaterra, no tenían sino

muy inperfectas instituciones, y ya en los Estados romanos veíanse, hasta en los detalles más insignificantes de su administración, las reformas y adelantos de que tan excesivamente nos envanecemos hoy.

Las libertades municipales, la organizada constitución de las provincias y la unidad nacional, eran un hecho en el territorio pontificio, cuando solo se hallaban en gérmen en las demás naciones.

La administración de justicia con sus diversos grados de jurisdicción, con las sucesivas apelaciones, con el estudio completo y detallado de los negocios, no tenía semejante en los demás paises, y presentaba tantas garantías, por lo menos, como en nuestra civilización, según lo ha demostrado el ya citado insigne jurista y tratadista Troplong.

Durante la Edad Media, Roma iba al frente de las naciones, por los caminos del progreso, y los Pontífices llevaban en sus manos consagradas el estandarte glorioso de la civilización y de la cultura. Ellos salvaron los elementos no corrompidos del mundo que había pasado á la historia, y los rejuvenecieron y renovaron con la sávia vivificante traida del Norte por disposición de la Providencia; y los adelantos modernos débense principalmente á la acción civilizadora del Papado, que podría decir á los hombres cultos de nuestra época aquellas conocidas palabras de Nerder, en su *filosofía de la historia*, «Sin mi, no habríais llegado á ser lo que sois».

De un modo especial deben referirse á la Edad Media las palabras del actual Pontifice en su primera Encíclica del 21 de Abril de 1878: «¿Y qué puede haber de más inícuo si se con-

templan las obras del Pontificado Romano, que el negar cuánto y cuán bien han merecido los Papas de toda la sociedad civil? Ciertamente nuestros predecesores, ansiando asegurar el bien de los pueblos, no titubearon en emprender distintas luchas, resistir grandes trabajos, afrontar enormes y peligrosas dificultades, y, puestos los ojos en el cielo, ni inclinaron jamás la frente ante las más grandes amenazas, ni consintieron en faltar bajamente á su misión por adulaciones ó promesas.

«Esta Sede Apostólica fué la que recogió y cimentó los restos de la antigua desmoronada sociedad. Ella fué la antorcha que hizo resplandecer la civilización de los tiempos cristianos; ella fué el áncora de salvación en las rudísimas tempestades que ha sufrido el humano linaje; el vínculo sagrado de concordia que unió unas con otras á las naciones lejanas entre sí y de tan diversas costumbres; el centro común, finalmente, de donde partía la doctrina de la religión y de la fé, como los auspicios y consejos de los negocios y la paz. Más aún: grande gloria es para los Pontífices la de haberse opuesto constantemente como baluarte inquebrantable, para que la sociedad no volviera á caer en la antigua superstición y barbarie.

«¡Ojalá que esta saludable autoridad nunca hubiese sido rechazada!... los reinos, en otro tiempo florecientes, no hubieran caído en el abismo desde lo alto de su grandeza bajo el peso de toda clase de desventuras. De esto son ejemplo los pueblos de Oriente: rotos los suavísimos vínculos que les unían á esta Santa Sede, vieron eclipsarse el esplendor de su antiguo rango, desapareciendo á la vez la gloria de las ciencias y de las artes y la dígnidad del imperio.

«Los insignes beneficios que se derivaron de la Sede Apostólica á todos los puntos del globo, los ponen de manifiesto los ilustres monumentos de todas las edades;... pero apelamos á esta nuestra dichosa Cíudad, Sede del Pontificado, la cual debió á los Papas la singularísima ventaja de llegar á ser, no solo inexpugnable alcázar de la fe, sino también asilo de las bellas artes, morada de la sabiduría, admiración y envidia del mundo. (1)

«Por el esplendor de tales hechos, que la historia nos ha trasmitido en imperecederos monumentos, fácil es reconocer que solo por voluntad hostil y por indigna calumnia, á fin de engañar á las muchedumbres, se ha podido insinuar de viva voz y por escrito, que la Sede Apostólica sea obstáculo á la civilización de los pueblos».

Y á esos indignos calumniadores, engañadores de las muchedumbres, responde con un mentís la historia imparcial.

1—Es verdaderamente vergonzoso que los enemigos del Pontificado, para sostener la calumnia de que los Papas son enemigos de la ciencia, no tengan otro estribillo que la *famosa condenación de Galileo.* Pero desde luego, la sentencia de la Congregación Romana no tuvo la aprobación del Papa: *Santíssimus proóavit* etc., como era de costumbre. Además, nótese que el canónigo Copérnico y el cardenal de Cusa habían defendido mucho antes las doctrinas que sustentó Galileo, y nadie las condenó; porque á diferencia de Galileo, para nada echaron mano de la Biblia. Por eso advierte el P. M. Mir en la *Armonía entre la ciencia y la fe* que «el daño de Galileo estuvo en que, ya fuese imprudencia de su parte, ya pórfida maniobra de sus adversarios, la discusión que no hubo de salir jamás del terreno científico, pasó al teológico y exegético.» Es igualmente fabulosa aquella frase atribuida á Galileo: *e pur sí muove.*
Cuando más adelante Galileo publicó *con licencia de Su Santidad*, un libro que el Papa ni había visto siquiera, y en el que se insultaba al Papa en la persona de un necio, al que llamaba *Símplicio*, el Santo Oficio le impuso por desobediente la pena de reclusión, y no en cárcel alguna, sino en la famosa villa de Médici por conmutación del Papa Urbano, que lo estimaba mucho. Es indudable por tanto, que no se deduce de aquí que los Papas son enemigos de la ciencia, ni de los sabios, pues no hicieron otra cosa que protegerlos. como se hacía gala de ello en la corte de Roma. Y en todo caso ¿no es inicuo olvidar los inmensos beneficios de los Papas y sacar á lucir la condenación de Galileo, que al fin sería el único argumento de sus adversarios en toda la serie de los siglos? Además, poco se hubiese perdido, ya que Galileo no era mas que el vulgarizador de los descubrimientos de su maestro el canónigo Copérnico.

## El Papado y los pueblos

(CONTINUACIÓN)

Hemos demostrado que al menos, los grandes genios imparciales tienen el suficiente valor para sobreponerse al espíritu anticlerical y hacer justicia á la Iglesia como la gran bienhechora de la civilización.

Cercano, pues, está el día en que causará rubor escribir panfletos contra el Pontificado y la Iglesia.

Pero, como es tan interesante el asunto de que venimos ocupándonos, creemos necesario continuarlo en otro capítulo. Y desde luego, ¿cómo se consiguió debilitar esa infiuencia benéfica del Pontificado? Hé aquí lo que vamos á ver.

Mancomunados el absolutismo real y el espíritu anticristiano, desde la época de Felipe el Hermoso, los legistas, las grandes Monarquías en primer lugar, laReforma, los Filósofos, la Revolución y el Liberalismo después, quisieron arrojar de la sociedad cristiana, alejándolo hasta los confines del mundo, si les hubiese sido posible, á Aquel á quien deben los pueblos su vida, su libertad y su civilización; á Aquèl que siempre se ha levantado contra los que han querido oprimirlos y pisotear sus derechos más sagrados.

Declaráronle encarnizada guerra, sin trégua y sin compasión, y, para que no quedase esperanza de que volviera, quisieron arrancar del corazón de los pueblos esa religión cristiana, que de numerosos esclavos y hordas salvajes había formado pueblos libres é independientes,

esa religión católica que ha dado á Europa, y especialmente al Occidente, esa supremacía sobre todas las otras partes del mundo, que hoy se preparan para disputársela. Esto es lo que llama Leroy-Beaulien *crimen social.*

Y sus esfuerzos fueron coronados con un éxito superior á sus esperanzas. En nuestros días la sociedad civil no reconoce á Dios; lo ha expulsado de su código, de su enseñanza, de sus hospitales. El Estado con su enorme mecanismo militar, económico, científico, de donde toma su fuerza, le ha sustituido. Expulsado como su Maestro, del rodaje civil de esta pesada máquina, el Vicario de Jesucristo no es ya, como los Gregorios y los Inocencios, el monarca de los monarcas; no es el señor acatado en esa Roma, que la Providencia y los hombres le habían entregado para conservar esa independencia, que era la mejor garantía, la salvaguardia más segura de la independencia y de la libertad de los pueblos.

Prisionero en el mismo Vaticano, donde fué crucificado el primer Papa, bajo el pretexto de que ya no era soberano, vió prohibida su entrada en la Conferencia de la paz, en la que sólo él tenía derecho de intervenir, y que sólo él podía hacer converger en favor de los pueblos. Los Estados modernos, que deben por otra parte su existencia al Papado, á la religión cristiana y católica, no solamente rompieron con él y «se han constituído, por si mismos, sin tener en cuenta á Dios ni al orden, establecido por Él» (1) pero también, y lo que es aûn peor, se glorian de haber roto con la Iglesia y el Papado, miran como un honor el ser y permanecer independientes y laicos. Como se vé, el triunfo de la ingratitud no podía ser más brillante.

1—León XIII, Encíclica *Quod Apostolici.*

Pero los pueblos á quienes Felipe el Hermoso, los legistas, las grandes monarquías primero y después la Reforma, los filósofos, la revolución y el liberalismo tenían cuidado de ocultar por medio de hábiles é infames mentiras el verdadero fin de esa inmensa revolución, mil veces más desastrosa para el porvenir social que la revolución francesa; esos pueblos, engañados y traicionados, no advirtieron que, con la desaparición del Papado civil del teatro político, desaparecía Aquel que, durante largos siglos, enseñó á los grandes y á los poderes públicos á respetar los derechos y las libertades de los pequeños. No advirtieron que el orden natural de las cosas restaurado por el cristianismo, acababa de ser derrumbado nuevamente y que, en adelante, con la desaparición de ese principio elemental de la historia, los gobiernos y los monarcas no serían considerados como constituídos para la felicidad de los pueblos, hechos de nuevo esclavos del dios-Estado, pero sí los pueblos para la dicha de los gobiernos y de los monarcas.

* * *

Más, si ese trastorno en el orden natural de las cosas debía acarrear consecuencias tan funestas bajo el punto de vista religioso, moral y humanitario, no podía menos de producir tambien, y al mismo tiempo, las más graves perturbaciones en el orden político, económico y social.

En efecto, desde el día en que se prohibió al Papado mezclarse en los asuntos del mundo, las masas humanas, retrocediendo doce ó catorce siglos, vienen á ser un mero objeto pasivo

entre las manos de los soberanos omnipotentes, como en los mejores tiempos de los Tiberios, y de los Nérones. «Todo cuanto se encuentra en la extensión de nuestros Estados, escribía Luis XIV en su instrucción al delfin, cualquiera que sea su naturaleza, nos pertenece». Y partiendo de ese principio, se oprimió á los pueblos con impuestos tan abrumadores que fué necesaria una revolución. Y los césares cristianos, entregados á sí mismos, sobrepujaron las teorías que Celso había censurado tan duramente en los emperadores paganos.

Mas aún: no existiendo en Europa potencia alguna que en adelante pudiera detener la ambición de los príncipes ó apaciguar las discordias de los pueblos, presenciáronse de nuevo sangrientas luchas que trastornaron el mundo y retrasaron la civilización. (1)

Desde entonces, todos los cálculos de los príncipes y soberanos de Europa, no teniendo ya otro fin, como lo notó muy bien un ilustre jurista del siglo pasado, que el de poseer arsenales bien provistos, una artillería numerosa, y tropas bien aguerridas, (2) «los pueblos se han visto en una situación que cada día se ha hecho más penosa. Los impuestos financieros, siguiendo una marcha ascendente, han secado la prosperidad pública en su fuente. Las fuerzas intelectuales y físicas de los pueblos, el trabajo y el capital, en su mayor parte, han sido desviados de su aplicación natural, y consumidas improductivamente. Centenares de millones se emplean en la adquisición de terribles máquinas destructoras que, consideradas ayer como la última palabra de la ciencia, han per-

1—E. Rouard de Card, *El Aritrbaje Internacional.*
2—G. Filangieri, *La Ciencia de la legislación.*

dido al día siguiente todo su valor en pos de nuevos descubrimientos. La cultura nacional, el progreso económico y la producción de las riquezas se han encontrado paralizados ó ahogados en su desarrollo, acarreando crisis económicas que han hecho de la paz armada un fardo aplastador, que los pueblos han de sostener con mayor pena cada día». (1)

Pero el triste cuadro que nos traza el canciller ruso de las consecuencias económicas y financieras traidas por la anarquía internacional de las grandes potencias, es casi nada en comparación del cúmulo de ruinas ocasionado por la descristianización de las leyes y de las instituciones públicas, política á la que se dedican desde entonces los gobiernos de una manera constante y metódica.

A la unidad moral, que la religión cristiana había establecido, así entre las naciones todas, como entre las diversas clases sociales de cada Estado, ha sucedido en primer lugar, la anarquía internacional, á que acabamos de aludir, y luego el odio de las clases, precursor de esas luchas fratricidas que forman el fin de toda sociedad. Despojados los poderes de la aureola de su origen divino, y casi siempre entregados á merced de los partidos políticos y de las sectas, menguados en su prestigio, no atienden ya á las mas apremiantes necesidades de la sociedad.

Al ideal de lo grande y de lo bello, al cual en otros tiempos aspiraban los pueblos, ha seguido la sed de las operaciones mercantiles y del lucro; se ha sobrepuesto el interés individual al general; privadas las clases laboriosas

1—Circular del Conde Mouraview del 24 de Agosto de 1898.

del apoyo, al que debían fueran respetados sus derechos y su libertad, y después de haber visto aniquiladas por la ley y perseguidas como fieras feroces las corporaciones, que los Papas les habían procurado para su sostén y protección, se vieron entregadas sin defensa á merced de señores inhumanos ó de grandes usureros, explotadores de hombres. Y los pueblos se vieron entonces reducidos á una esclavitud política y económica sin igual, aún en las épocas más sombrías del feudalismo.

Hé ahi el triste cuadro que nos ofrece, bajo el triple aspecto político, económico y social, esa sociedad de la que se quiso excluir el Papado. ¿No es este cuadro á propósito, para demostrar una vez más que al Papado no tiene necesidad de los pueblos, pero si que estos no pueden prescindir de él?

***

Repitámoslo: el Papa no necesita de los pueblos; pero éstos, lo mismo que sus gobiernos no podrían vivir sin él. Es ésta una verdad tan elemental como inevitable. Esas masas humanas que han querido separarse, y á las que para mejor éxito de este infame designio, se arrancó del corazón la fe que le hacía sobrellevar con resignación su humilde condición y las injusticias de la vida; esos hombres á quienes les fueron cortados uno á uno todos los lazos de la religión cristiana para unirlos al cuerpo social, que las monarquías y la alta sociedad primero, la burguesía y la aristocracia del dinero después, imaginaron creados exclusivamente para ellos; esos pueblos, decimos, se

levantan hoy imperiosamente contra un estado de cosas, que los ha querido tratar como á parias, y que, bajo pretexto de restablecer, ó mejor dicho, de innovar la justicia en las relaciones sociales, sueñan la fusión, ó el completo trastorno, no solamente de las instituciones, sino también de las costumbres é ideas.

No viéndose ya detenidas por una idea superior, y no pudiendo ninguna elevada autoridad moral intervenir en la defensa de esos derechos, las masas pasan con altivez de las amenazas á los hechos, y es asi como la sociedad moderna, enorgullecida, como está, de su ateismo y de una pretendida y mal comprendida independencia, bambolea sobre sus bases, como el coloso con pies de arcilla, de que nos hablan las Sagradas Escrituras.

No somos nosotros quienes lo decimos; son las mejores lumbreras de ese liberalismo, á quien el Papado debe el ver arrancadas sus libertades más necesarias y humanas, y pisoteados sus más legítimos y sagrados derechos.

«Enorgullecida por sus conquistas científicas, que superan todas las ambiciones, (escribía en estos últimos tiempos una de esas almas nobles que ha tenido la dicha de abandonar sus errores), y por un progreso material sin igual y sin límites, la sociedad contemporánea está en vísperas de crueles agonías. En el momento en que ella subyuga las fuerzas físicas, fuerzas de otro orden se vuelven contra ella; se siente conmovida en sus cimientos, y teme se desplomen las bases sobre las cuales se gloriaba descansar hasta nuestros días. (1)

«Se ignora, añadía otro de esos espíritus

1—*E. Rendu*, La Carta del Papa y la Italia oficial.

extraviados, que una nueva duda, inmensa como el horizonte de la inteligencia humana, ha invadido los corazones. Parece cernirse sobre nuestras cabezas y con su soplo abatir nuestras voluntades y helar nuestros corazones. Óyense repetir éstas preguntas extrañas: ¿Hay una responsabilidad humana? ¿Qué significan la propiedad, la familia, el gobierno? No otra cosa, quizás, que útiles andamiajes, que han ayudado en sus primeros pasos á la humanidad naciente, y que la humanidad viril debe romper! Hombres de los últimos tiempos, ¿nos inclinaremos aún al oír estas palabras sagradas para nuestros padres: Dios, la Providencia, la vida futura? Prejuicios envejecidos, absurdas quimeras, fantasmas desvanecidos para siempre!.... » (1)

Hé aquí en qué ha venido á parar la gran Revolución iniciada por Felipe el Hermoso y que la casa de Saboya ha terminado: servidumbre de los pueblos, trastornos de la sociedad!....

Más, por uno de esos designios admirables, que solo conoce la Providencia, tiene lugar uno de esos acontecimientos extraordinarios, que demuestran mejor que cualquier raciocinio, el fin que, tarde ó temprano, vienen á tener esos planes antisociales, concebidos por la locura humana. En efecto, en el instante mismo en que se lisonjeaban de haber conseguido por fin arrojar al Papado de los negocios del mundo, de haberlo reducido á la mayor impotencia, según la estrecha y crùel lógica de los retóricos de la política y de la diplomacía; esa sociedad, que se ha querido formar fuera de él y contra él, se desmiembra y se vuelve decrépita, como lo confiesan los mismos que han cooperado á esta obra de di-

1—E. Saisset, *Del estado moral de nuestra época*, en la Revista de Ambos Mundos.

solución social. Y en tanto que ella se retuerce en terribles convulsiones que, sin una intervención poderosa, la conducirán en breve á una espantosa catástrofe, el Papado, por el contrario, encarnado en un Pontífice, su instrumento y guía á la vez, se levanta radiante, y no solamente adquiere una importancia que jamás ha tenido en los siglos pasados, gozando de tal influencia «que los soberanos más poderosos de nuestros días desearían tenerla en igual grado» (1), sinó también, y lo que es más admirable aún, se halla con fuerzas «para tender la mano á esa sociedad moderna angustiada» (2) que lo había arrojado tan lejos de sí, y él sólo posee los medios de salvarla en la inmensa catástrofe que la amenaza.

Tampoco somos nosotros quienes esto afirmamos; son sus propios enemigos y escritores liberales que, por no hallarse inscritos en las sectas, conservaron un juicio sano y preciso de los hechos y de las cosas.

«Fenómeno extraño, exclamaba el anarquista C. Malato; el Papado, hoy agonizante, tiende fatalmente á ejercer de nuevo sus antiguas funciones de árbitro, volviendo en su decrepitud (*sic*) á trazar nuevamente las faces de su nacimiento» (3).

«La misma existencia del Papado, afirma no sin admirarse el liberal Anatolio Leroy-Beaulieu, el que sobreviva á todo lo que parecía condición necesaria de su duración, tiene algo de maravilloso que parece contrario á las leyes ordinarias de la historia. Una dignidad espiritual, sín apoyo temporal en el seno de

1—Visconde M. de Vogüe, *El Vaticano,* etc.
2—E. Rendu, *loc. cit.*
3—C. Malato, *Revolución cristiana* y *revolución social.*

Europa, donde toda potencia esta defendida por cañones de acero; una autoridad internacional libremente admitida por millones de hombres, en una época en que cada pueblo se muestra ferozmente celoso de toda tutela extranjera; en fin, una sociedad con un gobierno completamente jerárquico en el que el poder está concentrado por entero en el mandatario, en un tiempo en que toda jerarquía está á punto de desaparecer, y en un mundo en que el poder tiende á descender á las clases inferiores, tal es la triple paradoja, paradoja viviente, que nos presenta la Roma papal en medio de las naciones contemporáneas!» (1)

Si de los anarquistas y ecónomos pasamos á los jurisconsultos y hombres de Estado, pasa otro tanto: «La acción del Pontificado, escribía el conde de Rostworousky, se ha agrandado de tal modo, que la máquina administrativa del Papado, el sistema de las Congregaciones apenas basta, y no corresponde ya á las nuevas necesidades. La Congregación de asuntos eclesiásticos extraordinarios, encargada de estudiar y resolver las cuestiones especiales que pueden surgir entre el Papado y los gobiernos, cuyo papel era, en otros tiempos, de los más reducidos, ha llegado á ser hoy uno de los rodajes más esenciales de la administración pontifical» (2).

«Nada más significativo, observa muy oportunamente el vizconde de Vogüé que la preocupación predominante de los visitantes de nota, jefes de Estado, diplomáticos, publicistas ó pensadores desinteresados, tan pronto como

1—Anatolio Leroy-Beaulieu, *El Papado, el Socialismo y la Democracia.*
2—Conde M. Rostworousky, *La situación internacional de la Santa Sede bajo el punto de vista jurídico* en los *Anales de la Escuela Libre de Ciencias Políticas,* París 1892, pág. 107.

llegan á Roma. Sea cual fuere el motivo que los lleva, pasa á ser secundario; todos tienen un mismo deseo: ver y oír al Papa; todos van primeramente á llamar al *Portone*, á esas puertas de bronce que encierran al prisionero voluntario. Hombres de acción ó de pensamiento, los que forman la historia y los que la escriben, son advertidos por un instinto seguro que el Vaticano es aún uno de los grandes arsenales de la historia. Subiendo las interminables gradas que conducen á los altos, á esas cámaras aéreas desde donde se abarca todo el espectáculo del mundo, el monarca más poderoso se siente rodeado por sombras silenciosas que, á pesar suyo, tienen poder de extender ó limitar su poderío». (Vogüe, loc. cit.)

Por los testimonios nada sospechosos que acabamos de citar, resulta que la gran revolución urdida y comenzada contra el Papado por Felipe el Hermoso y terminada por la casa de Saboya, no ha tenido por resultado sino la servidumbre de los pueblos y el trastorno de la sociedad. Inútilmente atacó al Papado, que deseaba destruir, ya que, después de una encarnizada lucha de varíos siglos, continúa siendo, hoy más que nunca, lo que era en tiempos de la tiranía de los césares bizantinos y alemanes, es decir, la única esperanza de los pueblos oprimidos y de la sociedad trastornada.

## II

Pero, este acontecimiento extraordinario no ha pasado desapercibido á los pueblos, que apesar de tantos errores, han conservado un buen sentido práctico, digno de admiración. Cansados y aniquilados por varios siglos de una política

que, en vez de tener por fin el bien de las clases más numerosas, no tuvo más razón de ser que la ambición de los grandes y la hartura de las pasiones de los sectarios, al verse á punto de sufrir una inmensa catástrofe, recordaron que la gran misión del Papado en el transcurso de los siglos había sido defender sus derechos contra los opresores, aun cuado estos eran reyes y emperadores poderosos.

Volviéndose asi, instintiva y expontáneamente hacia Aquel que siempre ha sido su padre, su protector y su defensor, cual los Apóstoles al Divino Maestro, parecen decirle: *Sálvanos, Señor, que perecemos.* (1)

Saben de antemano que al dirigirse al Papado

1—La intervención del Papado en la mas ardiente de las cuestiones contemporáneas, escribe M. Anatolio Leroy-Beaulieu había sido solicitada por dos de las voces mas poderosas del siglo: la de Sanit-Simón y la de La Mennais... Y agrega: Hé ahi ya tres ó cuatro generaciones que persignen sucesivamente el sueño de renovar las sociedades humanas; entre todos los espíritus que han acariciado este sueño, sintiendo algunos mas libres ó menos infatuados, que para una empresa de este género no eran demasiado todas las fuerzas sociales, habían osado invitar á la vieja Iglesia á que ella misma tomase la iniciativa de la reforma». *El Papado, el Socialismo y la Democracia.*

«Jamás se ha ofrecido á la solicitud del Papado, agrega el banquero israelita Isaac Pereire, obra alguna mas digna de él, mas conforme á las enseñanzas de su divíno Maestro. ¿No es él, por su mismo principio, el padre de todos los pequeños. el consolador de todos los afligidos, el protector de todos los oprimidos? No tiene mas que recordar su historia y su tradición. ¿No es él el que, dando en tierra con el paganismo, ha civilizado á los bárbaros, roto las cadenas de los esclavos, proclamado la ley santa de la fraternidad, y la indivisible unidad del género humano? No es él el que en la edad media ha libertado á los campesinos y protegido á los siervos contra el despotismo feudal? Pues bien, después de haber destruido la esclavitud antigua y la servidumbre feudal, el Papado debe querer mejorar la suerte del obrero moderno. Así llevará á cabo la obra de redención universal que su divino fundador le ha señalado en estas dos admirables máximas: «Dejad que todos los pequeños vengan á mí». «Amaos los unos á los otros». [*La cuestión religiosa.*]

En su célebre *Carta abierta al Papa Leon XIII*, el socialista americano Henry George, decía: «convencidos de que la cuestión social, es en el fondo una cuestión religiosa, nosotros considéramos como un feliz augurio para el mundo el que el mas considerable de los jefes religiosos haya por vuestra persona, atraido la atención de todos sobre la condición de las clases trabajadoras.»

Si fuéramos á mencionar aquí á todos los que han hecho un llamamiento al Papado para resolver la cuestión social, tendríamos que formar un volúmen. Las citas que acabamos de hacer, bastan para demostrar el movimiento profundo que en este sentido se ha verificado en estos últimos tiempos.

no quedarían defraudadas sus esperanzas. Saben que «al dirigirse á las muchedumbres, invitándolas á tomar una parte mayor en el mezquino banquete de esta vida terrestre, el Papa, y solo él, mediante el Evangelio, tiene con que calmar sus apetitos y disciplinar su nativa grosería. Solo él sabe lo que promete, y no puede ser acusado de quimeras y charlatanería, porque él posee las llaves del paraiso suspirado, y que, si los pueblos consintieran en seguirlo, sabría conducirlos à nuevas tierras, donde reinan la paz y la justicia.» (1) Saben que el Papa preocupado siempre por los sufrimientos de la democracia, se ha ocupado más que cualquier otro en buscar remedio al malestar social, y que por consiguiente, «ya sea que la crisis social impere sin llegar á su término, ya sea que desaparezca por medio de catástrofes, después de las cuales solo quedarán quimeras impotentes sobre escombros, habrá siempre en el Vaticano un árbitro para juzgar sus conflictos, un abogado para defender su causa y un arquitecto que les ayudará á reconstruir las sociedades arruinadas.» (M. de Vógüe, *loc. cit.*)

Impelidos por esa corriente popular, y, sobre todo, apercibiéndose demasiado tarde del resultado tan desastroso para sus reinos y sus dinastías, obtenido por la política que iniciaron sus predecesores y continuada por ellos, los mismos príncipes ya no titubean en retroceder cinco ó seis siglos para hacer un llamamiento al gran anciano del Vaticano, y pedirle de nuevo su intervención, no solo en sus desavenencias internacionales, pero si también, y lo que es más característico aún, en los

1—Anatole Leroy-Beaulieu, *loc. cit*

asuntos interiores de sus Estados, en sus negocios puramente civiles. «La historia de los últimos años, escribía poco há el conde de Rostworousky, está ahí para afirmar que todos los gobiernos se han visto obligados á volverse hácia el soberano Pontífice, y buscar cerca de él el espíritu de conciliación y moderación; é invocando su influencia moral, es como han intentado, casi todos con éxito, llegar al terreno de la paz.» (1)

Los acontecimientos nos demuestran así, y de un modo tal que no cabe duda, que los soberanos y los pueblos, cansados y desengañados del sistema político creado por la Revolución, á la que acabamos de aludir, y arrastrados ellos también, por esos «síntomas concordantes de una vuelta curiosa de la historia sobre si misma» (2) verían con satisfacción al Papado volver á ocupar en la familia humana ese puesto eminente, que constituyó en el pasado la dicha y la grandeza de los pueblos, la fuerza y seguridad de los gobiernos.

Y lo más extraordinario es que la prensa, aún la más liberal y revolucionaria, que en esta época tanto contribuyó al aminoramiento del Papado, arrastrándolo al fango todos los días, halla esa

1—Conde de Rostworousky, *La situación internacional de la Santa Sede bajo el punto de vista jurídico* etc.

2—Vizconde E. M. de Vogüe, «*La Edad Media*» en la *Revista de Ambos Mundos*, 1 de Julio de 1895, p. 211, y el ilustre escritor agrega: «Un gran número de los rasgos característicos que formaron la fisonomía de la Europa feudal reaparecen en nuestra Europa trastornada por tantos sacudimientos. Indudablemente su reunión no resucitará la edad media de tal manera que las buenas gentes se espanten, sino que resultarán nuevas formas de vida social é intelectual, mucho más parecidas á las del siglo XII ó XIII que á las del siglo XVII ó XVIII.» Y como prueba de este movimiento hacia la edad media, añadía: «Las publicaciones, mejor dicho, las impresiones de documentos y de trabajos relativos á la Edad Media, dan trabajo por si solos á una legión de tipógrafos: memorias de la Academia de las inscripciones, boletines de las escuelas y de las sociedades sábias, revistas especiales, tesis, lecciones, correspondencias francesas ó internacionales, llenarían cada año una vasta bibliotoca.» pág. 208.

vuelta muy natural, lógica y en el orden de los hechos. «El Papado, al que solo se le consideraba como una potencia metafísica, escribe el periódico protestante *Le Temps*, aparece derrepente como un factor poderoso en las luchas políticas de cada país. Lo que está pasando hoy día hace pensar verdaderamente en lo que podría pasar en otras circunstancias y en otros países, y en presencia de esto nadie puede permanecer indiferente. *Extraña vuelta* de las cosas humanas, añade al terminar, en la que se puede entrever la posibilidad de ese sueño de la edad media: el Papado decidiendo en los asuntos políticos de casi todas las naciones.» (1)

***

Si los testimonios que acabamos de citar en esta reseña y, que la evidencia de los hechos ha obligado á producir á la pluma de los adversarios del Papado, aún á aquellos que, sin serle completamente hostiles, no figuran sin embargo en sus filas; si dichos testimonios demuestran, mejor que toda disertación, el inmenso papel desempeñado por los Papas al través de los siglos en favor de las clases obreras, el llamamiento de los pueblos, de los gobiernos y de las más claras inteligencias del siglo XIX, hecho á la Santa Sede para que de nuevo intervenga en la más candente de las cuestiones contemporáneas, no menos que en la solución de las desavenencias políticas internacionales, demuestra aún más favorablemente, la extrema necesidad que en este momento de transición social, tiene la sociedad civilizada del Papado.

1—*Le Temps* del 9 de Febrero de 1887: M. Mougin de Roquefort en su preciosa obra *De la solución jurídica de los conflictos internacionales* refiere la opinión de muchos otros diarios liberales en el mismo sentido.

Esos testimonios y esos llamamientos á la Santa Sede nos prueban, en efecto, cómo, si la intervención poderosa de ese factor de la civilización, no se verifica muy pronto, la gran transformación social hácia la cual caminamos á grandes pasos, en vez de ser un acercamiento feliz hácia el perfeccionamiento al cual nos hubiese conducido inevitablemente el sistema de la edad media, será, no solamente un retroceso mucho más acentuado que el sistema moderno, sinó que también nos conducirá fatalmente á la más espantosa de las catástrofes.

No obstante, si los amigos y enemigos del Papado, no menos que los gobiernos y los pueblos, están todos acordes en reconocer que, sin una poderosa intervención del Pontificado, marchamos hácia una ruina segura, treinta años de dolorosa experiencia podrán afirmar con no menos elocuencia que, mientras esté *sub hostili dominatione*, (bajo una dominación hostil), el Soberano Pontífice no podrá intervenir con tanta eficacia, como en el pasado, en pro de los pueblos y de los gobiernos. Las pruebas abundan y hemos visto, por otra parte, que el fracaso de la Conferencia de la paz, llamada á poner término á tantos sufrimientos y á aliviar poderosamente á los pueblos oprimidos, fracaso debido principalmente á la exclusión del Soberano Pontífice en dicha Conferencia y exigido por los invasores de Roma, prueba irrefutablemente que, mientras el Soberano Pontífice esté *sub hostili dominatione constitutus*, la causa de los pueblos no dará ni un sólo paso hácia su verdadera solución. Porque los Papas son los grandes y naturales protectores de los pueblos, ya que son la representación genuina del cristianismo, sin el cual no existe verdadera civilización.

La sociedad en su apostasía, ha vivido, como el hijo pródigo, de la herencia paterna; pero malgastada ya. Si no vuuelve á la casa paterna, desfallecerá. En fin; por la exposición que acabamos de hacer, vése que estos dos grandes nombres *el Papado* y *los pueblos* no pueden estar impunemente separados el uno del otro. La historia, esta maestra soberana de la humanidad, cuyas lecciones no pueden ser despreciadas en vano, nos muestra que cuando el Papado era independiente, libre y glorioso, los pueblos eran prósperos, libres é independientes; y cuando, al contrario, el Papado, no ha sido independiente, por una conscecuencia ineluctable de las cosas, los pueblos han sido oprimidos y arruinados.

De aquí la necesidad de una acción enérgica y ardiente en favor del Pontificado y del restablecimiento del Poder temporal, como tantas veces lo ha declarado León XIII; porque es humana y materialmente imposible trabajar de una manera eficaz por el mejoramiento social del mundo sin una intervención visible y tangible del Pontificado. Ahora bien; este no podrá intervenir de una manera tan eficaz, como en los siglos pasados, mientras esté á la merced de un puñado de sectarios, (1) que son el deshonor de esa clásica tierra de Italia, á la que el universo entero debe su civilización, su progreso y su libertad. (2)

1—Todo el mundo lo sabe, y lo ha declarado el gran Maestre Nathan, que la caída del poder temporal es obra de la Masonería, que hoy impera en los destinos de Italia.

2—El radical Cayetano Negri, senador del reino, amigo íntimo del Presidente del Consejo de Ministros de Italia, Zanardelli, y ateo por añadidura, escribía hace poco lo siguiente respecto á la presencia del Gobierno italiano en Roma: «El establecimiento de la capitalidad en Roma ha sido uno de los mayores desaciertos políticos que ha podido cometer el Gobierno italiano, y cuyos principales factores han sido la sofistería, la ignorancia y los prejuicios; desacierto que yo creo irreparable, (sic) porque los errores no pueden reparaase, pero se pagan bien caros en este mundo.» Empiezan, pues, los radicales á comprender el mal paso que la masonería obligó á dar á la Italia oficial. ¿Tendrá la energía suficiente para repararlo devolviendo la libertad territorial al Papa? Lo ignoramos: pero á la Providencia no le faltan recursos.

# El Pontificado, el socialismo y la democracia

A manera de apéndice al capítulo anterior, y como hermoso complemento de la influencia benéfica del Pontificado en la sociedad y en los pueblos, aún en los tiempos modernos, vamos á transcribir gran parte de un artículo de A. Leroy Beaulieu, publicado con este título en la *Revista de Ambos Mundos*, pues además de ser una apología liberal de la Encíclica de León XIII sobre los obreros, *Rerum novarum*, demuestra como el Pontificado conquistará y santificará la Democracia, contribuyendo á la solución cristiana del problema social, que tan agitada y preocupada tiene á la sociedad moderna, y del cual depende todo su porvenir. Y este será un nuevo y grande beneficio del Pontificado á los pueblos y á la civilización. Oigase, pues, al ilustre publicista:

«..... Las reivindicaciones obreras ofrecen á la Santa Sede un medio de asociarse á las aspiraciones del siglo sin romper con las doctrinas tradicionales. No vayamos á creer que la tradición haya perdido toda autoridad en Roma y que el Papa se cuide poco de estar de acuerdo con sus doscientos cincuenta predecesores. De ninguna manera, la solidaridad de los Papas no está en cuestión, y no podemos acusarlos de haberse contradicho.

Para el Papado tiene la cuestión obrera, precisamente esta ventaja, que le permite dar la mano al pueblo, al mismo tiempo que vuelve la espalda á la revolución.

Es un punto que es preciso fijar en la memoria. La sagrada cadena de las enseñanzas ponti-

ficias ha quedado intacta. No porque haya sido doblada, formando, por decirlo así, un codo en una nueva dirección, puede decirse que haya ruptura entre sus eslabones. Si intentáramos poner las encíclicas del Papa León XIII en oposición con el bulario de sus predecesores, no saldríamos airosos en nuestra empresa. Pesándolo todo bien, no hay aquí palinodia. La importancia creciente atribuída á las cuestiones sociales no constituye un desmentido á la Iglesia; antes bien, sería un desmentido á la revolución, ó á lo que la Iglesia considera peligroso succedáneo de la revolución, al liberalismo. El pueblo, tanto tiempo alimentado con la carne hueca de las teorías políticas, y embriagado con el capitoso aguardiente de los principios abstractos, reclama una nutrición de más sustancia. ¿No es esto solo, dicen en Roma, la justificación de la Iglesia? ¿No tenía ella razón cuando acusaba á la revolución de ofrecer á los pueblos piedras en vez de pan y veneno bajo forma de miel? ¿No es una derrota para las arrogantes pretensiones del liberalismo parlamentario y de los burgueses doctrinarios, que con su tabla de los derechos del hombre, se imaginaban bastar á todas las necesidades de los pueblos? Para aplacar el hambre del monstruo, desencadenado é investido de la soberanía, se requieren otras cosas que balotas de electores ó fórmulas vagas de libertad é igualdad.—Y, pregunta la Iglesia, ¿qué otra cosa pueden darle para comida el liberalismo burgués ó el radicalismo revolucionario? Sus manos están vacías; que las abra: nada hay en ellas!

Tengamos la lealtad de reconocerlo: habíamos presumido demasiado de la libertad. Esta no ha cumplido todas las promesas que habíamos hecho en su nombre, y ahora se vuelve la

víctima de las esperanzas que en ella se depositaron. ¿Por qué no confesarlo? *El solo hecho de que, apenas cien años después de esa revolución, que debia renovar la faz del mundo, las sociedades contemporáneas piden nuevas transformaciones y nuevas revoluciones, es un cruel desmentido al orgullo del siglo y al nuevo orden social. No veo en la historia espectáculo más entristecedor!*

Pero ¿qué importa eso á la Iglesia? ¿Por qué debía afligirse ella de las decepciones del siglo? La ruina total de este edificio, concluído ayer apenas, y que ya nos parece verlo derrumbarse sobre nuestras cabezas, no le infundiría temor; sería más bien un triunfo para ella. ¿No fué construído sin ella, y contra ella muchas veces?

La revolución pretendió formar una nueva sociedad sin la cruz y sin Dios; ¿qué encierra de inesperado, ó de lamentable, para la Iglesia, la caída de los presuntuosos que con obstinación rehusaron sus bendiciones? Nunca creyó en la solidez de esa obra, y no ha cesado en predecirles su ruina.—Y además, ¿acaso ha tenido la Iglesia ocasión de felicitarse por el orden social nacido en 1789, para que deba infundirle temor su precoz decadencia?: que se derrumbe nuestra orgullosa sociedad moderna, no será para el Papado otra cosa que una nueva aplicación del eterno *Nisi Dominus*:—*no se edifica sin Dios*. Muchos años han corrido desde que nos repite, sin temor de verse acusado de chochez, día á día, que si pretendemos afirmar la sociedad, debemos volverla á colocar sobre la piedra angular: sobre Dios y su Cristo.

Cuando las nuevas sociedades amenazaran ruina, el Papado, puede decirse, sabe perfectamente que las fuerzas que minan sus fun-

damentos no trabajan para la Iglesia. No es para restablecer el reinado de Cristo y de su Vicario que la democracia obrera se esfuerza en destruír el de la burguesía y del «capitalismo». Esto es muy cierto y Roma tiene motivos para no ignorarlo; pero Roma, á pesar de todo, tiene menos recelo á la democracia y al bajo pueblo que á las clases medias y á la burguesía.

Siempre ha manifestado la Iglesia poca confianza en los legistas y los parlamentarios, en quienes se ha encarnado el espíritu burgués. En ellos ha encontrado siempre, sino sus más ardientes, sus más peligrosos adversarios; teme menos los achaques y los golpes de mano de las masas ignorantes, que la pérfida astucia y los respetos hipócritas de los hombres de ley.

¿No son estos últimos quiénes, bajo la máscara de un liberalismo, amenudo más preocupado de dominación que de libertad, la han frustrado en su autoridad. la han despojado de sus bienes y, lo que es más sensible, la han alejado sucesivamente de todas las esferas de la vida social? La democracia, empero, con sus violencias, con sus apetitos, con sus arrebatos, el pueblo con su brutalidad y sus feroces instintos es el bárbaro, el salvaje, si se quiere; pero salvajes y bárbaros ha encontrado tantos la Iglesia en su larga existencia, ha bautizado á tantos, que se precia de tener también razón de estos últimos. El bárbaro no la atemoriza; cree tener con que domarlo. Que el mundo califique su confianza de temeridad, ella le contesta con las promesas de su divino fundador y diecinueve siglos de experiencia.

La Iglesia posee esa fuerza extraordinaria, única, que se llama el celo apostólico, la fé; la posee ahora en grado igual, mayor quizás, que

en ninguna época de los cuatro ó cinco últimos siglos. Como otrora, en la arena del Coliseo, bajo la mirada de los Césares y de las vetasles, encontraría hombres prontos á bajar maniatados al circo, en medio de los leopardos. Domesticar leones, cortar las uñas al tigre le ha parecido siempre su misión; conserva de sus primeros años la afición y el hábito de domar, con amor y paciencia, á los tiranos y á las masas rebeldes.

## II

Un papel, por el contrario, que en Roma y en todas partes, empieza á hacérsele pesado, es aquel que nuestro egoísmo había calculado hecho para ella; el papel de perro de guardia atado á la cadena, ó como decía Veuillot, el de gendarme de sotana, único que le consentían los directores de la sociedad burguesa.

Una especie de policía espiritual, complemento y auxiliar de la otra, tal es, en efecto, lo que Thiers, como Napoleón, lo que el padrino de la ley Falloux, como el autor del Concordato, hubiesen querido organizar bajo el nombre de Clero. Si así es que alguna vez se haya dignado reconocer al cristianismo una función social, este siglo de poca fe, ha entendido generalmente así la misión de la Iglesia: una sucursal de la gendarmería. ¡Ingrata tarea, en verdad, y mal papel para los sucesores de los Gregorio VII y de los Inocencio III, de San Ambrosio y de San Agustín, de los Becket y de los Bossuet! Si hay en algún lado, en Inglaterra ó en Rusia, cleros que se contenten con eso, no es el papel del Pontífice Romano; si alguna vez pareció resignarse á él, no pudo ser por mucho tiempo.

Como antes los ministros de las monarquías parecían considerar á la Iglesia instituída para ser centinela del trono, ó para formar sujetos dóciles á su rey; los burgueses enriquecidos, se figuraron que su misión era velar sobre sus cajas fuertes y sobre su despensa, permitir á sus mujeres y á sus hijas el pasar con toda seguridad las noches de baile, ó á sus hijos cenar en alegre compañía en los restaurants de moda! Hé aquí á que se reducía, para la mayoría de los hombres del siglo XIX, la utilidad de la religión. Preguntádselo á Mr. Prudhomme: tal es la razón porque consentía en votar el presupuesto de cultos. Pero, vamos; no es sin duda para tal fin, que el Verbo se hizo carne: que Pedro de Galilea y Pablo de Tarso llevaron el Evangelio á las naciones; que Urbano y Sixto, que Hildebrando y Alejandro lucharon diez siglos contra los antiguos y los modernos Césares. Y ¿porqué no decirlo? nosotros mismos, que pretendíamos defenderla contra el fanatismo inepto de libre-pensadores cortos de vista, nos hacíamos de la Iglesia y de la religión una triste idea. Lo que la humanidad ha conocido de más divinamente sublime, la cruz del Calvario, lo rebajábamos *hasta el suelo* de un grosero utilitarismo. Nunca quizá se había, con tanta ingenuidad, materializado la religión. Cuando, por nuestros miramientos y la afectación de nuestros respetos, por no decir de nuestra cortesía, para con la Iglesia y sus ministros, nos preciábamos de haber roto con la impiedad, de poco alcance, del siglo XVIII, quedamos sin darnos de ello cuenta, en la tradición del volterianismo, pero de un volterianismo menos espeso, despejado por las revoluciones. A imitación del Bearnés (Enrique IV), la reina de ayer; la *par-*

*venue* del día, la burguesía, había dicho: «Bien vale el reinar una misa!»

Le parecia necesario entre el pueblo y ella, entre las asechanzas de abajo y las satisfacciones de arriba, alguien que predicara á las masas, paciencia y resignación; una voz que durante sus orgías ó sus placeres gritara á los miserables: «Teneos tranquilos, dejad gozar á los otros y tendréis en otro lugar vuestra recompensa». Creíamos de buena fe que, por ese concepto principalmente, la religión nos merecía vivir, y tan mal lo disimulábamos, que el mismo pueblo aprendió de nosotros á desconfiar de ella de tal manera, que para él también, la religión ha perdido casi toda su eficacia.

Después de haber despojado á la Iglesia de sus bienes y de sus fundaciones, después de haberla desposeído de sus derechos y privilegios, después de cerrar sus escuelas, sus conventos, sus noviciados, (1) y cuidando bien de mantenerla fuera de las cosas del mundo, solíamos muy bien reclamar su ayuda para refrenar los apetitos y las pasiones del populacho. El cálculo no dejaba de ser político; éramos hombres prácticos. El error, el cándido error consistía en creer que la Iglesia se prestaría siempre á ese juego.

Si leyéramos aún la Biblia, nuestro modo de proceder con la Iglesia frente á las masas populares, nos recordaría una de las lejanas historias del *Pentateuco*, la del profeta Balaam, que el rey de Moab mandaba buscar para maldecir el campamento de Israel y sofocar por sus imprecaciones la invasión de las doce tribus. Nosotros también, por decirlo así, habíamos ido á buscar

1—Nótese que todo esto lo ha realizado el liberalismo proclamando siempre la libertad de conciencia y la igualdad para todos. Además de injusticia, creemos que podría calificarse de hipocresía liberal.

á la antigua Iglesia, para exorcizar las muchedumbres, y detener, en el dintel de nuestras habitaciones la irrupción de las hordas inquietas, acampadas á nuestras puertas. Nos prometiamos oir su voz maldecir las reivindicaciones temerarias que amenazan nuestra quietud y la herencia de nuestros hijos. Y como Balaam, en presencia de los tabernáculos de Israel, la antigua Iglesia, traida ante las turbas democráticas, habló un lenguaje que nos dejó sorprendidos, y que no era aquel que de ella esperábamos.

Ella también ha rehusado maldecír; en vez de anatemas, ha derramado sobre las tribus de trabajadores sus bendiciones. «He recibido misión de bendecir», nos contesta á su vez, como Balaam á Balac, rey de Moab. A las muchedumbres democráticas formadas ante ella en linea de batalla para la conquista del mundo, les ha dicho por boca del gran Leon XIII, que sus sufrimientos son inmerecidos, y que su causa es justa.

¿Quereis huir de las áridas regiones del desierto en que sufrís, desde generaciones? seguidme, les ha dicho, y yo os conduciré á la tierra de Chanaan, en donde vuestros hijos hallarán la abundancia. Tal es, en sustancia, con ciertas precauciones de lenguaje, el discurso pronunciado por el Papado ante la democracia. Lo repito; no es del todo lo que el mundo esperaba de él. Algunos se han escandalizado. No tienen razón. Como Balac, rey de Moab, han echado en olvido que no se dan instrucciones á los profetas; que, cuando la Iglesia habla es para repetir las palabras que Dios deposita en sus labios. Es así que el Dios del Evangelio está con los pequeños, y son para los pobres

sus favores. Ellos son los hijos benditos del Padre que está en los cielos».

III

Después de algunas hermosas reflexiones sobre la grandeza doctrinal de la Iglesia, que rechaza el socialismo y la anarquía, continúa:

«No quede de ello la menor duda: formal y nominativamente, el socialismo ha sido reprobado por el Papa León XIII. En esta parte él no ha hecho mas que reproducir los anatemas de sus predecesores, del Papa Pio IX principalmente... Para él también el socialismo es un error anti-social condenado por la Iglesia. En estos tiempos de confusión, en que el excepticismo de los ambiciosos juega imprudente con palabras y fórmulas, hé aquí en esto solo una lección de moralidad que el Papado nos da á todos, como quiera que reprobando el socialismo pierde á sabiendas la acción sobre una parte de las masas, que pretende reconquistar.

Es conveniente que las palabras conserven el sentido que el uso les ha dado, no solamente para que, al hablar nos entendamos, sinó también porque es malo que los defensores y los enemigos de la familia y de la propiedad se den el mismo nombre y formen, aunque sea en apariencia, bajo la misma bandera; porque no se desarman las pasiones revolucionarias haciendo uso de su propio vocabulario; hay que temer, aceptando el vocablo, el verse obligado también á aceptar la cosa significada.....................

«Si el Papa condena el socialismo, es que la Iglesia ha olvidado el Evangelio». ¿Quién habla así? ¿Acaso únicamente el proletario y los directores de la revolución social? Nó. Hé oído mu-

chas veces reflexiones análogas, hasta en el partido adverso.

¡Cuántos entre la gente del gran mundo, viven persuadidos de que el Evangelio está impregnado de socialismo! Por un poco más se haría de Proudhon, el ateo, ó de Marx, el judío, inconscientes discípulos de Jesús. Esto encierra un equívoco. Lo que se ha dado en llamar el socialismo del Evangelio, lejos de parecerse al socialismo que conocemos, es su polo opuesto. Aquél ha nacido del espíritu de sacrificio y no de la avidéz; tiene por principio el desprecio de la fortuna, y no la sed de riquezas. El así llamado socialismo evangélico, es el de los conventos, cuyo primer artículo es el voto de pobreza. Hé ahí el único socialismo que pueda realizarse y durar; pero no es aquél con que sueña nuestro siglo. Con el voto de pobreza, el comunismo deja de ser una utopía. Hácese cosa fácil el vivir en paz pequeñas sociedades, en que todo es común, cuando cada miembro se despoja alegremente de cuanto posee.

La ciudad monástica, en ese comunismo evangélico, está situada en los antípodas de la quimérica ciudad comunista, soñada por el moderno socialismo. Mientras que la primera se ha levantado mercéd al espíritu de sacrificio y fueron sus obreras la caridad y la obediencia libre, no pudiera la segunda edificarse más que por las ambiciones desenfrenadas y la envidia, ni aspirar á otro arquitecto que á la imposición.

Pero hay más: lejos de ser la realización del ideal cristiano, el socialismo trastornaria toda la ecomía social cristiana. El cristianismo, en efecto, tiene, y no de ahora, su economía social, enseñada por los Padres y trasmitida por tradición en la Iglesia, de siglo en siglo.

La encontramos en resumen en el altivo sermón de Bossuet sobre «la eminente dignidad de los pobres dentro de la Iglesia» El principio es sencillo: ricos y pobres, á título igual, forman parte del plan providencial. Dios necesita para su mútua santificación, de unos y otros. Los ricos, intendentes de los pobres, tal es la doctrina. Lo supérfluo de los primeros debe, por la canal de la caridad, servir para lo necesario de los segundos; tal es, hablando con propiedad, la economía social católica, la que pertenece exclusivamente al cristianismo; nunca jamás la Iglesia la repudió. Se puede seguir sus huellas hasta en la Encíclica de León XIII, que no por eso le impiden preocuparse de las instituciones económicosociales para el mejoramiento y bienestar de las masas.

Las desigualdades sociales son ley de la Providencia, y, si me atreviera á decirlo, ley de gracia, á la vez que ley natural. Por este solo concepto, el socialismo estaría en contradicción con el cristianismo. Destruye el plan divino; y esto de dos maneras: pretendiendo nivelar todas las desigualdades sociales, y, en todas partes, sustituir á la libre caridad, la obligación legal; la imposición al amor. La igualdad con que sueña no es mas que burda parodía de la igualdad evangélica, y su solidaridad, una grosera y diabólica falsificación de la fraternidad cristiana. Sin pena se reconoce aquí la mano de Satán que se complace en imitar desfigurándolas, las obras del Señor.

El problema de la distribución de la riqueza es, ante todo, para la Iglesia, un problema moral. Su solución está en la caridad y por más que sea la caridad estricto deber, deber de justicia, al que el rico no tiene el derecho de sus-

traerse, para ser meritoria, y no perder la calidad de virtud, deberá ser siempre voluntaria. Nótese bien que á este punto de vista la Iglesia, en la cuestión social, se encamina hácia la libertad. Bajo pena de renegar de su principio, no puede aliarse al socialismo autoritario, el cual pretende reemplazar la iniciativa privada por la acción del Estado, y la libre caridad por el mecanismo administrativo.

Se puede decir, en este sentido, que la Iglesia es esencialmente liberal; estará siempre con los adversarios de la absorción del individuo por la colectividad.....» Hasta aquí el ilustre publicista.

No continuamos la transcrición, porque sería demasiado prolija; pero ¿no es admirable y consolador el ver cómo uno de los más eminentes escritores del campo racionalista y liberal trata con tanta altura y justicia á la Iglesia, haciéndose superior á las preocupaciones de la incredulidad y del jacobinismo, hasta reconocer en esa misma Iglesia por medio del Pontificado, la más grande influencia en el porvenir de la civilización moderna y los destinos de la humanidad? Lo repetimos con Leroy-Beaulieu: la Iglesia es la destinada á domar esa horda de bárbaros que ha nacido del socialismo y forma las turbas que dan el mas vergonzoso contingente á la anarquía. Esa es su antigua misión, civilizar á los pueblos y dar una solución á todas las cuestiones que interesan á la humanidad, al decir de Jouffroy.

---

# El Pontificado de León XIII y su Jubileo

La Iglesia universal, la gran Iglesia católica está de plácemes y entona himnos de gratitud y alegría con un inmenso *alleluya*, que resuena hasta en las mas remotas comarcas de la tierra. Por qué será ? qué sucede?

Algo muy extraordinario, no acontecido más que una sola vez en diecinueve centurias, está por repetirse en el siglo XX: el jubileo pontificio de un Papa, más que nonagenario. Y hé aquí porqué, con júbilo inmenso y hasta con santo orgullo, celebramos los católicos las bodas de plata del pontificado del gran León XIII; tanto más, cuanto que este Pontífice ha llegado á la cumbre de todos los esplendores, y tan alto raya en la categoría de los grandes personajes, que ha sido proclamado por un adversario insigne como modelo de la superioridad humana. Y, en efecto, en el mundo contempòráneo no existe figura ni más gigantesca, ni más simpática: un anciano inerme que, con genio privilegiado, gobierna el mundo moral y religioso.

Pronto cumplirá este Papa extraordinario el año jubilar de su pontificado; y la duración inusitada, casi prodigiosa, de su reinado, viene á añadir á la grandeza incomparable de este Pontífice un nuevo explendor, que se convierte en un acontecimiento universal y glorioso. (1),

1—Entre los 260 Papas, solamente dos han gobernado la Iglesia durante mayor tiempo que el Papa actual: el Apóstol San Pedro, cuyo Pontificado duró treinta y cuatro años, del año 33 al 67 de la era cristiana; y Pio IX treinta y un años y siete meses, de 1846 á 1878; ya que Pio VI, solo reinó veinticuatro años y ocho meses de 1775 á 1799.

León XIII pronto cumplirá los XXV años de pontificado habiendo sido elegido el 20 de Febrero de 1878. Dos Papas solamente han excedido la edad actual del Papa León XIII: San Agatón, muerto en 682 de edad de ciento siete años, y Gregorio IX muerto en 1241 de edad de noventa y nueve años; ya que actualmente León XIII pasa de los noventa y dos, edad en que murió Celestino III en 1198.

Por eso el orbe católico se estremece conmovido por santa é inusitada alegría.

Las potencias, aún las más encumbradas, envían embajadas extraordinarias y escogidos presentes al augusto soberano del mundo religioso; y los pueblos se lanzan en innúmeras peregrinaciones, y celebran fiestas entusiastas para aclamar de nuevo al Padre común; pués, casi sin interrupción, vienen celebrando alborozados sus grandes solemnidades, ya que Dios le ha concedido todos los jubileos posibles: el jubileo sacerdotal de diamante, el jubileo episcopal y el cardenalicio de oro, y por fin, el jubileo pontificio de plata.

¿Cómo, pues, extrañar que de todos los corazones católicos se eleve al Señor una inmensa plegaria, con cánticos de acción de gracias, como símbolo de la gratitud del mundo y de la admiración de los pueblos? Por eso la tierra no ha oído un *hossana* y un *hurrah* sagrado más universal y entusiasta.

Y con sobrada razón, porque desde hace más de medio siglo, la Iglesia no ha conocido más que dos grandes Pontífices. Después de la longevidad de Pío IX, elegido en toda la fuerza de la edad, Dios concede á nuestros votos la longevidad de León XIII, elevado al trono de Pedro en los umbrales de la ancianidad, pero mantenido por un designio providencial más allá del término acostumbrado de la vida, y no como quiera, sino de una vida en la plenitud de su actividad y en el esplendor y madurez de la inteligencia. ¿No se diría acaso que en medio de las tempestades, que sacuden los tronos y las naciones, como arbustos al borde del océano, el Señor ha querido manifestar al género humano la imponente figura de la

perennidad de su Iglesia? Y ¡cuántas conmociones, en efecto, han conturbado á los pueblos desde que León XIII, inmutable y grandioso, gobierna, enseña y dirige al universo católico desde el fondo del Vaticano, ese monte sacro y ese atalaya secular, desde donde el Pontífice vigila los destinos de la humanidad!

Pero, en verdad, que si la extremada prolongación de este pontificado es admirable, lo es más su prodigiosa fecundidad. León XIII vive en la plegaria en un palacio convertido en cárcel mamertina, y desde allí ha imprimido un maravilloso vuelo á la piedad y al espíritu religioso. Aprovechando los momentos oportunos, ha excitado á los fieles à enrolarse bajo la bandera de la perfección cristiana; ha ofrecido todo un ramillete de Encíclicas á la Reina inmaculada del Rosario, presagiando victorias para la Iglesia, tan ruidosas como la de Lepanto; ha abrazado á la humanidad toda entera para entregarla al Sagrado Corazón de Jesùs, modelo supremo del corazón humano; ha propuesto la Sagrada Familia, que es la familia por autonomasía, á la imitación de las familias cristianas; ha extendido sobre la Iglesia la invencible espada del Arcángel San Miguel; ha reanimado el culto de la Eucaristía, ese alimento divino de las almas, que engendró el heroismo de los primeros cristianos; y ha erigido nuevos santos sobre los altares del mundo entero, para aumentar el número de los que son honor y modelo de los cristianos en la práctica heróica de las virtudes, que hacen al hombre perfecto, según el Evangelio; así que el gran Pontífice aparece ante la Iglesia coronado de una manera brillante con la aureola de los apóstoles.

Y sin embargo, si atentamente consideramos el monumento imperecedero y luminoso de sus Encíclicas ¿no es verdad que León XIII debe ante todo ser aclamado como el mas insigne y magnífico doctor para la Iglesia y para el mundo contemporáneo?

En efecto, afirma un docto Prelado, «León XIII ha debido renovar, dilucidar y proclamar de nuevo, adaptándola á la época presente, casi toda la doctrina cristiana.... Con una noción pura y con la fórmula adecuada à los tiempos, la ha hecho revivir sobre todos los puntos, y la ha completado en muchas circunstancias, realizando así un inmenso y maravilloso trabajo doctrinal.»

Y en verdad, las enseñanzas que han partido de la cátedra de Roma, han fecundado como un torrente de aguas vivas los preciosos gérmenes depositados por el Evangelio en el seno de las sociedades modernas. Nada ha olvidado este sabio Pontífice: el individuo, la familia y la sociedad; el matrimonio cristiano y el poder público; el pavoroso problema del socialismo y la condición de los obreros, hasta merecer el dictado de gran amigo de los pobres y desheredados, ya que ha sondado sus miserias, ha patentizado sus necesidades, ha predicado paternalmente sus deberes y ha proclamado soberanamente sus derechos; porque León XIII comprendió, y así lo ha demostrado en su magna Encíclica sobre los obreros, que la cuestión social es la más importante para el porvenir de la humanidad; y por eso, con previsora sabiduría ha dictado de antemano el código de la *democracia social*, dueña incontrastable de esta nueva etapa de la civilización humana.

¿Qué más? La obra esencialmente cristiana y

civilizadora de la Propagación de la Fe y de la unión de las Iglesias de Oriente; los seminarios nacionales é internacionales; las órdenes religiosas; la Filosofía cristiana y las Sagradas Escrituras, y por fin, la alta literatura, la apologética y la arqueología cristiana: hé aquí los vastos horizontes que ha iluminado León XIII con la luz de su inteligencia y la eficacia de su ministerio apostólico.

Y el mundo ha contemplado con asombro que este Papa no ha dejado de ilustrar ninguna de las grandes cuestiones contemporáneas, y que, colocándose á la altura de su época, ha dominado el porvenir, lo que es propio del génio superior y clarividente, que sabe barruntar en lontananza por señales para los demás no percibidas. Así que, con admiración y alegría de la cristiandad, en la famosa Encíclica *Prœclara*, ha anunciado el nuevo orden de cosas, felicísimo para la humanidad, en un futuro no muy lejano. (1)

## II

Pero, no contento con abrazar á la vez todo el género humano por medio de estas grandes y sabias enseñanzas, que alcanzan á la Iglesia entera, el Vicario de Cristo, mirando á cada

1—Los primeros actos del actual pontificado de León XIII, entre ellos la organización de la gerarquía eclesiástica en Escocia, la alocución pronunciada ante el Colegio de Cardenales y la Encíclica dirijida á todos los Obispos del orbe católico, hicieron ver bien de relieve los sentimientos que animaban su corazón paternal. En todas sus Encíclicas, que son otras tantas glorias, nótase el lenguaje del sabio teólogo, del hombre de Estado y experimentado en la historia, y al filósofo profundo. La clausura de su jubileo sacerdotal el 23 de Diciembre de 1888; el tercer centenario de San Luis Gonzaga, 1.º de Enero de 1891 y los jubileos extraordinarios del 1879, 1889 y 1900, todas estas fechas solemnes de la Iglesia han sido aprovechadas por León XIII para dirijir al orbe católico las admirables cartas en que con inquebrantable firmeza y unidad va cumpliendo la obra que emprendió desde que, hace 25 años, ciñó a sagrada tiara .

La obra de la unidad religiosa, que el anciano Pontífice ha perseguido y persigue hoy con tanto ardor, ha de ser otra de las glorias más resplandecien-

una de las naciones con amorosa solicitud, y siempre vigilante, ha querido dirigirse particularmente á cada una de ellas. ¿Para qué pueblo, en efecto, no ha dado consejos llenos de ternura y sabiduría, lecciones luminosas y direcciones soberanas adaptadas á las circunstancias?

Y no hablamos solamente de los paises católicos, ya que los mismos disidentes se han conmovido ante esa voz que los llamaba al redil, con tanta fuerza como amor paternal; y los misioneros, más numerosos que nunca, han prolongado su éco, aún á las regiones hasta entonces desconocidas. Porque su pontificado tiene también este rasgo notable: como si le hubiera parecido demasiado pequeña á su poderosa actividad la carga enorme de reedificar todo el monumento de la doctrina, á fin de ilustrar á los creyentes, León XIII ha trabajado sin desmayo y sin descanso en extender á lo lejos el dominio del Cristo, convirtiendo á disidentes, reanudando los vínculos que los cismáticos habían roto, y llevando el Evangelio á los pueblos infieles. ¡Qué trabajo tan hermoso de civilización y de unión, desapercibido á las veces,

tes de su pontificado. La Encíclica Præclara de 1894; la carta pontificia de 1895 en que hace recuerdo de los lazos estrechos que han unido á la Iglesia de Alejandría con la Iglesia Romana; otra del mismo año llamando á los ingleses al seno de la unidad religiosa; la del mismo año exhortando á los fieles y Obispos de la América del Norte; otra á las naciones de Oriente; la fundación de colegios nacionales en Roma y para los búlgaros en Philipópolis; la fundación de un seminario en el Cairo é innumerables obras más que evidencian el vehemente anhelo de nuestro Santo Padre de engrandecer el reino de Dios y atraer á los pueblos á la unidad de la fe.

Ha dado nuestro Santo Padre gran impulso á las ciencias y á las artes; pruébalo el profundo estudio de la filosofía de Santo Tomás de Aquino, la creación de la cátedra de Dante, la protección dada para restaurar el Observatorio Astronómico del Vaticano, la reorganización de la Biblioteca del Vaticano, que se considera la primera del mundo por sus incunables; las obras realizadas en la Basílica de Letrán y la restauración de la Sala de los Borgias. ¿Qué más? Se le ha elegido diferentes veces árbitro en asuntos internacionales.

pero inmensamente superior al de la incredulidad, ya que, al decir del eminente Guizot, «un sólo grano de fe, vale más que montañas de duda y de indiferencia».

Y estos múltiples esfuerzos, realizados á la vez sobre todos los campos de acción de la Iglesia, que influye más en la civilización de los pueblos, como enseña el mismo Pontífice, que si hubiera sido fundada *exprofeso* con este fin, han producido sus frutos en consoladora abundancia y halagüeños resultados.

Si el catolicismo es hoy día el blanco de asaltos más furiosos que nunca, más que nunca aparece enérgico é inquebrantable; los enemigos de la religión, si redoblan la audacia y el furor, nunca han aparecido más débiles, atropellando los derechos más sagrados con ominoso despotismo y con inaudita prepotencia; pero la acción católica vése animada de un ardor tal y toma proporciones, que antes no se conocían.

Los revolucionarios y los incrédulos, organizados en lo que constituye el jacobinismo y el anticlericalismo, han declarado guerra á muerte á la Iglesia católica y á sus instituciones, calumniándola como enemiga de la civilización y de las libres instituciones; pero ¿acaso no es evidente la debilidad é hipocresía del partido jacobino y anticlerical, cuando tiene que basar, lo que llama sus conquistas, en la negación de la libertad y de la justicia á sus adversarios?

Más, no prevalecerán; porque el ominoso reinado de la tiranía y de la injusticia no puede ser eterno por honor de la humanidad. Ese orden de cosas podrá producir conmociones y ruinas; pero no puede ser el estado normal de pueblos civilizados.

Más bien, responderemos á los pusilánimes

con estas proféticas palabras de un gran publicista: «Si se lanza la mirada en el porvenir, más allá de la gran polvareda del combate y de las ruinas, se entrevé una institución gigantesca é inaudita, *obra de la Iglesia*.... Se entrevé la organización cristiana y católica de la democracia.... y esta democracia, *bautizada y consagrada*, hará reinar al Cristo universalmente.» Hácia este porvenir camina la sociedad, empujada por la Iglesia; el gran León XIII ha dictado ya el programa social, político y moral de la democracia cristiana; y hé aquí por qué se oye furibundo el estertor de agonía en brazos de un despotismo desesperado, que es como debe morir el anticlericalismo jacobino; y esta misma tiranía empuja hácia la democracia, obra de la Iglesia, á los pueblos que, engañados y alucinados, creyeron encontrar en la apostasía el goce de las libertades políticas y civiles.

A combatir contra la Iglesia preséntase otro adversario, más sincero quizás; es el protestantismo que, orgulloso por sus progresos materiales, alza envanecido su voz, pregonando su prepotencia en el mundo; pero no hay que temer por la suerte de la Iglesia, ya que el protestantismo debe confesar, y contempla con asombro, que en el centro mismo de su dominación, en Alemania, Inglaterra, Suiza, Holanda y Estados Unidos de Norte América, millones de católicos extienden continuamente sus admirables conquistas, y hacen resaltar ante el sublime espectáculo de su unión doctrinal y de su credo inmutable, el polvo en que se desmenuzan las innumerables sectas disidentes, señal indeleble de error y de muerte, como sistemas religiosos. Y además, ¿qué perdería la Iglesia con la preponderancia de la raza anglo-sajona,

si ha de continuar respetando con sinceridad el reinado de la libertad y de la justicia, que con ingratitud niega la raza latina á esa misma Iglesia y á sus instituciones?

Por fin, si los exploradores modernos, con heróica abnegación y laudable empeño, abren nuevos mundos á la civilización; mucho antes que los colonos, que los soldados, que los funcionarios y que los comerciantes, penetran en ellos los misioneros, conquistando á sus habitantes para la Iglesia con solo una cruz en la mano. El siglo que acaba de terminar da la conquista de 20.000.000 á la propagación de la fe por los misioneros católicos.

Pues bien; dominando todo este conjunto de fuerzas armónicamente coordinadas, León XIII ha logrado extender sobre las almas y sobre las inteligencias un imperio moral cada vez más incontestable, y tanto más digno de ser admirado, como observa Guillermín, cuanto que, en un siglo que ha hecho la apoteósis de la fuerza material, es cuando León XIII, privado de todo poder temporal, ha sabido elevar al primer rango la fuerza moral del Papado.

*
* *

No es, por tanto, de extrañar que liberales sinceros, como Laboulaye y Edmond Rousse, se admiren de la vitalidad de la Iglesia en medio de la persecución actual, tan injusta, como insidiosa y tiránica; vitalidad que atribuyen á la sabia dirección de León XIII, que colocándose en el terreno del derecho común y de las libertades comunes, ha obligado á sus adversarios á afrontar el escándalo supremo de la civilización, cual lo es apelar á la tiranía y á la injus-

ticia más ominosas; y esto equivale á ser derrotados moralmente, ya que sólo pueden sostenerse en el poder abusando de la prepotencia material del mismo poder, lo que significa el reinado del despotismo en plena democracia.

El Papa, por tanto, ha triunfado ante el derecho, las instituciones libres y la conciencia de los liberales honrados; mientras el jacobinismo se ha cubierto de vergüenza y deshonra ante la opinión sensata de los pueblos civilizados. ¡Qué gran triunfo y qué hazaña, arrojar á la calle tiránicamente á los inermes y pacíficos moradores de los claustros y á pobres religiosas, por el crímen de invocar en su favor, como lo invoca hasta el ateo y el sectario, la libertad de conciencia y de enseñanza, que sus mismos adversarios han inscripto en su programa, salvo el derecho de negarla á los demàs! La persecución á la Iglesia en tales condiciones, constituye, pues, un triunfo espléndido para su causa, porque demuestran con ello sus adversarios que son incapaces de medirse con esa Iglesia en el terreno de las instituciones libres, y que son falsos amigos de la democracia, ya que para ellos no es, ni significa el tan proclamado régimen de la libertad y del derecho para todos.

Es, en verdad, la bancarrota del jacobinismo, como quiera que no puede haber cosa más odiosa y antitética que una persecución religiosa en nombre del *libre pensamiento* y de la libertad de conciencia. (1)

1—A propósito de la inícua persecución religiosa en Francia, Mr. Leroy-Beaulieu escribía al director del *Journal des Débats* una larga y vigorosa carta en la que dice: «A pesar de las denegaciones de la sofistería jacobina, la libertad de enseñanza es una libertad: esto sólo bastaría para que fuese nuestro deber defenderla. Es objeto de ataques sistemáticos, tan anticuados como brutales, inspirados por un fanatismo que no disimula sus proyectos: se trata nada menos que de suprimir la libertad de enseñanza en todos los grados en provecho de un monopolio del Estado, con la intención confesada de poner este monopolio al servicio de un partido y de una secta.

Y sin embargo, bajo los asaltos repetidos y furiosos del sectarismo jacobino, la Iglesia ha conseguido frutos y triunfos maravillosos, que son la verdadera causa de la alarma y del enojo de sus injustos perseguidores, que sólo consiguen escandalizar á los espíritus rectos é imparciales oponiéndose á lo que llaman avances del clericalismo, como si la Iglesia y sus adeptos no tuviesen el derecho de existir, y por ende de hacer prosperar su causa, con derecho igual, por lo menos, de ampararse en las libertades civiles y religiosas, que tan alto se pregonan.

Más, si se quiere la persecución, sépase que la Iglesia es como un árbol secular y poderoso, que jamás aparece más vigoroso y fecundo que cuando es sacudido por furiosa tempestad: apenas si se ve despojado de la hojarasca inútil, como sucede con los malos cristianos en la hora

«Detrás de la libertad de enseñanza, la libertad de conciencia queda también suprimida por hombres que se proclaman á la vez amigos del nuevo régimen y de la revolución, autorizándose con todas las intolerancias del pasado para establecer su propia intolerancia. No comprenden que á título de revolucionarios en su inspiración y procedimiento, *su política no es menos retrógrada en su espíritu y en sus efectos;* porque una sola cosa está conforme con el espíritu moderno: *el derecho común en la libertad.*»

Y en el manifiesto dirijido á los amigos de la libertad por la *Liga de la enseñanza libre,* firmado entre otros liberales, por el mismo Leroy-Beaulieu, se dice: «Podía creerse que la libertad de enseñanza, complemento de la libertad de conciencia, había entrado para siempre en el derecho común de los franceses. Más, en algunas semanas, en todo el territorio francés, más de 2.500 escuelas congregacionistas han sido amenazadas y cerradas.

«A nadie puede escapar que, siendo todas las libertades solidarias: libertad de pensar, libertad de escribir, libertad de hablar, libertad de reunirse, todas están comprendidas en la causa de la libertad de enseñanza. El Gobierno, para suprimir la libertad de enseñanza, no osa hacerlo de frente; sino que se autoriza hipócritamente con una ley que no tenía por objeto aparente y declarado, sino extender el campo de las libertades indispensables a una democracia.

«¡Al votar una ley sobre la libertad de asociación, nadie pudo sospechar que lo que resultaría, sería su supresión! A todos los que piensan como nosotros: librepensadores, israelitas, protestantes, católicos, sin distinción de opiniones ni de partidos, les decimos: «usemos de todas las armas que nos ofrecen las costumbres y las leyes, á fin de que nadie ignore que existe entre todos los derechos relaciones tales, que no puede ser herida alguna de las libertades esenciales sin que todas las demás sufran. Conceder á un partido, á una doctrina y á una opinión el monopolio de la enseñanza, es establecer la censura en materia de instrucción pública, es organizar la esclavitud del pensamiento

de la persecución. Pero si el huracán llega á arrancarle una de sus ramas, un vástago más tierno y hermoso brota del tronco inmóvil; y si lo despoja de sus flores una ráfaga poderosa, es para transportar á lo lejos la semilla divina, que Dios hace germinar sobre algún terreno árido ú olvidado.

Así, pues, bajo el pontificado de León XIII la Iglesia, no sólo ha prosperado con heroismo y honor, sinó que también ha trazado en la época presente un surco profundo y glorioso, que señalará la ruta de la salvación y prosperidad para la sociedad moderna, como ha sucedido en todas las épocas de transición hácia un nuevo porvenir; por más que la incredulidad, en el paroxismo de su ódio sectario, se esfuerce inútilmente, como el antiguo paganismo, por hundir la insumergible barquilla de Pedro.

y preparar la tiranía política. Es establecer la intolerancia que hipócritamente se echa en cara á los clericales», que solo piden el amparo del derecho común.

También ha sido censurada la ley contra las asociaciones religiosas por hombres de ideas tan avanzadas como Goblet, Monod, Breal y Lavasseur; miembros estos últimos del Instituto. Así el primero, Mr. Goblet dice: «Semejante medida me parece completamente impracticable después de treinta años de un régimen de libertad ó cuando menos, de completa tolerancia. Si en 1880 no dieron resultado contra las congregaciones no autorizadas ¿cómo podrían servir hoy para todas las congregaciones sin distinción? Soy partidario resuelto de la libertad de enseñanza, porque no reconozco al Estado el derecho de impedir á los padres que hagan dar instrucción á sus hijos en los colegios privados, aunque estos sean dirigidos por religiosos. Persisto en creer que el régimen de verdadera libertad, unido á la exacta aplicación de las leyes escolares, servirían infinitamente mejor la causa de la República que *el sistema de coacción*, por no llamarlo *persecución*, tan constante como ineficaz, en que veo con sentimiento envuelto al partido republicano».

Los demás son, más ó menos, de la misma opinión que Mr. Goblet. «Los que como yo, dice Mr. Monod, son partidarios de la libertad absoluta de asociación y de enseñanza, se sienten sobrecogidos de horror, viendo á los anticlericales de hoy manifestar respecto al clericalismo, sentimientos y doctrinas idénticas á las que aquel tuvo en otro tiempo, con relación á los heréticos, lo que sería retrogradar. Se lee hoy en algunos diarios que no es posible dejar á la Iglesia el cuidado de seguir educando á la juventud en el error, y hasta he leído que «no era posible admitir la libertad del error». Como si la libertad del error no fuera la creencia de la misma libertad. Y ¡decir que los que escriben esas cosas protestan contra el *Syllabus*, copiándolo!»

III

Vamos ahora, á exponer un rasgo sobresaliente de este pontificado, que constituye la más grande conquista de la sabia política del inmortal Pontífice, y en cuya exposición seguiremos á un eminente Prelado americano, Monseñor Tovar, Arzobispo de Lima.

Es evidente que León XIII, como diestro y valeroso piloto, ha lanzado la nave de la Iglesia por los nuevos rumbos que la Providencia ha abierto á las sociedades humanas en la nueva etapa de sus destinos y grandioso porvenir. Viendo más lejos, porque mira desde la atalaya del Vaticano, ha previsto el nuevo orden de cosas hácia el que marcha la humanidad, y ha dirigido hácia él sus esfuerzos. Las Encíclicas *Præclara* y sobre la *Democracia cristiana*, entre otras, demuestran que el Pontífice conoce los tiempos y sabe barruntar el porvenir, probando además que el catolicismo puede vivir en paz con todos los gobiernos y amoldarse admirablemente á todas las formas de las instituciones sociales, porque es hecho para todos los tiempos, y porque sabe hasta prevenir los grandes acontecimientos del futuro.

Ahora bien; es innegable la aspiración de los pueblos á la democracia; y Dios no podía permitir que el Pontificado desconociese que es conforme al Evangelio, ni que cometiese el gravisimo descuido de dejar que la revolución incrédula reinase sobre las muchedumbres con las fascinadoras promesas de mentidos ideales, que conducen al socialismo y al anarquismo.

Desde la cumbre, en que está elevado su tro-

no, ha visto el Papa la dirección del movimiento contemporáneo, como también sus peligros, propios de toda época de transición; más, por eso mismo, ha entrado resueltamente en él para encauzarlo en los principios del cristianismo, poniendo en contacto con el pueblo á la Iglesia y su gerarquía, para que procure mejorar su condición presente y haga menos sombrío su porvenir: hé aquí porque sabiamente ha embarcado á la Iglesia en la cuestión obrera y en la cuestión social.

Y este impulso no decaerá, porque es una misión providencial: las asociaciones de obreros, las corporaciones profesionales, las obras sociales para mejorar y ennoblecer la condición del proletariado, se dilatarán cada vez más y serán seguidas de muchas otras instituciones, que infiltrarán la vida cristiana en el organismo de las clases industriales y agrícolas, y las harán aptas para las funciones de una democracia, no de aparato ni demagógica, sino verdadera y cristiana. La Iglesia encontrará dificultades y prejuicios, como los encontró de parte del paganismo, pero triunfará de ellos como triunfó de aquél.

La gran misión de la Iglesia es moralizar y cristianizar la democracia; entonces, si las raíces del árbol están sanas, será vigoroso el follaje y muy hermosos y sazonados los frutos; y de igual modo habrán de ser justos, honrados y patriotas los poderes públicos que se deriven de un pueblo sobrio, trabajador y virtuoso.

Por eso ha ordenado el Papa á los Obispos y Sacerdotes: íd al pueblo, acercaos á las masas; intervenid en el complicado mecanismo de su vida; tomad parte en sus tristezas y alegrías y en las dolorosas pruebas de su fatigosa exis-

tencia; enseñadles sus deberes y defendedlos en la reclamación de sus derechos; y así tendréis siempre abierta la puerta de su corazón, para elevarlo á Dios y convertirlo en elemento de bienestar, de orden y de progreso. De la escuela de la religión católica no saldrá nunca un pueblo incendiario y anarquista, con el odio en el alma y la blasfemia en los labios, que odia al prógimo porque maldice á Dios. De un pueblo ateo jamás ha salido otra cosa que decadencia y ruina; pero los aventureros políticos y los hombres sin honor necesitan de un pueblo semejante para subir á los puestos públicos, desde donde lo humillan y escarnecen despues, culpando á la Iglesia de su miseria y decadencia, para distraer á los crédulos é ilusos.

Pero, hé aquí también la explicación de la injusta é implacable guerra hecha á la Iglesia y al sacerdocio católico. La revolución y todas las sectas, animadas por su espíritu, conocen por secreto y poderoso instinto, que su dominación acabará cuando la Iglesia afiance y extienda su influencia sobre las clases populares, penetradas de la grandeza del ideal evangélico. Para engañarlo apelan á los gastados estribillos de fanatismo, oscurantismo, intolerancia, retroceso, aplicados á esa Iglesia, que ha civilizado al mundo; pero por más que hagan, llegará ese día iluminado por el sol de la libertad y de la justicia; porque el pueblo comprenderá al fin, quien le dice verdad y quién le engaña; quién lo explota y quién lo sirve; quién lo desprecia y quién lo enaltece; quién seca sus lágrimas y quién ríe de ellas. Ese día tendrá una página gloriosa en la historia de la humanidad, que bendecirá al Pontífice León XIII por haber arrancado la democracia de las manos impuras y crueles de la re-

volución atea, que sólo ha sabido acumular ruinas, después de tantas promesas halagüeñas.

Y ese día no está tan lejos, pues desde ahora siente esta deidad aciaga que se hunde estrepitosamente en el abismo de una bancarrota universal; ya que si la aurora de su nacimiento en el siglo XVIII fué saludada por el grito de una inmensa esperanza de libertad y progreso, se ha trocado en la más completa y amarga desilusión, como lo declaraba ya en su día el eminente Guizot. ¿No es una verdadera vergüenza anacrónica, que en plena República y en pleno siglo XX, se dicten leyes de persecución más refinada, que en la ominosa época de los Nerones y Dioclesianos? Es así como demuestran que aman la libertad, que tan hipócritamente proclaman!

IV

¿Cómo, pues, resolver el gran problema de la democracia contemporánea? Para ello es necesario unir los dos elementos de la vida humana, enlazar lo eterno con lo contingente, adaptándose á las exigencias racionales del presente: sólo así era posible desatar el nudo de la situación por que atraviesa la sociedad moderna. Este problema no podía ser resuelto ni por los reformadores absolutos, ni por los retardatarios recalcitrantes; tan erróneo era romper con el pasado, como poner dique á la corriente avasalladora del presente.

Así lo comprendió León XIII en su iluminada política, manteniendo la inmutabilidad del dogma y de la moral en sus principios eternos; desligando de toda causa humana la noble causa de la religión, y adaptando el ministerio de la Iglesia á las aspiraciones populares de la

época actual, en cuanto se encuadran con el ideal evangèlico.

Francia, *la nobilísima nación francesa*, como la llama él mismo en un documento inmortal para la Iglesia y para la democracia, ha sido el principal teatro de su acción. El célebre *brindis* del Cardenal Lavigerie, fué la señal de la batalla, dada por orden del Papa; pero desgraciadamente no fué comprendido por todos. Un poderoso partido no creía posible la libertad de la Iglesia, sin infeudarla á la restauración de la monarquía. León XIII respondió que la Iglesia no se abrazaba á ningún otro *cadáver*, sino al de Cristo; lo que equivalía á declarar que la restauración monárquica era imposible, y que la Iglesia no se hacía solidaria con los pretendientes á la corona ó al imperio, y que aceptaba francamente el nuevo orden de cosas constitucional.

El resultado previsto era que la República viese con desconfianza y tratase como enemigo al clero: « El clericalismo, hé ahí el enemigo», había dicho el célebre Gambeta; y la persecución religiosa no aparecería entonces inspirada en el ódio á la religión, sino en la defensa de las instituciones democráticas y de la República, como se ha pretendido hacer creer á las masas republicanas.

Pero este maquiavelismo sectario se estrelló contra la hábil y elevada política del gran Papa, que dirijía los destinos de la Iglesia y, por ende, de la sociedad. Para colocar, pues, á la Iglesia en un terreno firme; para unir su causa á los intereses del pueblo y para arrancar á los sectarios del anticlericalismo el velo hipócrita con que se cubrían, el Papa ordenó con gran tino y suma clarividencia, el reconocimiento leal, franco y

sincero del régimen republicano en el terreno constitucional; porque la República no es contraria ni opuesta en sí á la religión, que está por encima de todas las formas de gobierno y las acepta todas, con tal que respeten la libertad y la justicia.

El Pontífice vió, pues, en su alta penetración, que era necesario desapareciese ese grande y funesto equívoco; y con ello hizo evidente para todos, que la guerra religiosa desencadenada en Francia no provenía de que esta fuese republicana, sino de que eran impíos los hombres del Gobierno. La prueba evidente de que la guerra despiadada contra las comunidades religiosas, es dirijida por el espíritu de impiedad, está en el aplauso vergonzoso con que ha sido recibido por las sectas anticlericales de todos los países el ejemplo de ominoso despotismo dado por el actual Gobierno sectario de Francia. Póngase en su cabeza una corona y en sus manos un cetro, y sería mucho peor, porque no tendrían los diques que la organización de la República opone á los abusos del poder. Pero el reconocimiento de esta forma de gobierno dará á los católicos la facilidad y los medios de tomar parte en la lucha política, de fraternizar con el pueblo, siendo aliados de su causa, y de llegar más ó menos tarde, á ser mayoría en el Parlamento, como es su derecho, al ser mayoría en la nación.

*
* *

La pasión partidaria en los imperialistas y orleanistas no les dejó comprender la alta y salvadora política del gran Papa, de manera que los adversarios de la dirección impuesta por León XIII á las fuerzas católicas batieron

palmas, saludando como un fracaso de la política pontificia el recrudecimiento de la persecución religiosa, sin reparar que su propia abstención, ó resistencia, robustecía el poder de los sectarios, rompiendo la unidad de las filas conservadoras; y que no podía esperarse por otra parte que, adueñados del poder los enemigos de la Iglesia, dejaran organizarse libre y tranquilamente á los elementos católicos, cuya acción debía ser eficacísima después de jurar ante el pueblo y con la garantía de una orden del Papa, las banderas de la República. Esta y no otra, es la verdadera causa del supremo asalto que la impiedad ha dado á la fortaleza de la Iglesia con la inícua y draconiana ley contra las congregaciones religiosas, cuyas imputaciones de oscurantismo y retroceso, sus mismos adversarios saben que son falsas, salvas algunas excepciones de ignorantes y crédulos anticlericales, que los hay en todas partes, cegados por su fanatismo sectario.

Más, no importa, ni hay que desesperar ante las victorias momentáneas del jacobinismo. No volverá atrás el ejército católico inspirado en las sabias direcciones y enseñanzas del gran Papa. Poco á poco, con el esfuerzo de la lucha y la constancia en reclamar el goce de la libertad y de la justicia para todos, saldrá el orden del caos, los prejuicios serán disipados por la experiencia, y los excesos de la injusticia provocarán una inevitable reacción, que vendrá seguramente cuando el pueblo vea que los católicos son republicanos como él; y esta convicción derribará el muro de desconfianza que ahora los separa, y producirá al fin el apetecido resultado de que el pueblo dé su voto á los candidatos católicos,

persuadido de que no necesita elejir impios ni socialistas para defender á la República.

Esta es la esperanza firmísima del gran Pontífice, y no volverá atrás en la dirección dada á la nave de la Iglesia, y aunque es probable que León XIII descienda al sepulcro sin ver el triunfo de su sabia política, como sucediera á todos los Pontífices reformadores, como Gregorio VII, Inocencio III y Sixto V, la posteridad le discernirá las palmas de esta inmensa victoria, que señalará una nueva época en la vida de la Iglesia y de la humanidad civilizada.

Tiene, pues, razón el orbe católico para celebrar de una manera espléndida y extraordinaria la sabia política del gran Pontífice, y de aprovechar la ocasión excepcional de su jubileo para hacer la apoteósis de un pontificado que rayará muy alto en los fastos de la Iglesia y que ocupará un lugar muy distinguido en los anales de la sociedad moderna.

Aunque la muerte parece titubear ante esa augusta figura, León XIII está á un paso de la tumba; pero su gloria y grandeza son tales, y de tal manera ha honrado á la humanidad, que al descender al sepulcro, la tierra se estremecerá á su contacto, porque ese cuerpo, tan débil y diáfano, habrá sido la mansión de uno de los más grandes genios que puede figurar en el panteón de la inmortalidad y uno de los más grandes Pontífices que han dado gloria á la Iglesia de Jesucristo.

---

# La actual persecución político-religiosa

## Intolerancia sectaria y tolerancia católica

Como apéndice al capítulo anterior, queremos añadir una palabra sobre el recrudecimiento de la persecución actual en Francia, tan inexplicable como inmotivada, pero que delata la ominosa tiranía del anticlericalismo moderno, cuando consigue llegar al poder; y que, al mismo tiempo, confirma la sabia política de León XIII, Pontífice providencial, que es una verdadera gloria para la Iglesia y para el siglo.

Los jacobinos y sectarios en el gobierno, son presa en el momento actual de un verdadero acceso de intolerancia perseguidora, especialmente en Francia, y como contagia al mundo entero, es conveniente que tambien nosotros nos preocupemos de ella.

Ellos, los grandes heraldos y predicadores de todas las libertades, se han convertido brutalmente en iliberales é intolerantes intransigentes, en grado supremo. La palabra misma libertad es una injuria en sus labios: son la vergüenza del liberalismo, al decir de Leroy-Beaulieu.

¿Cómo se explica semejante contradicción y tan odiosa actitud, resumida en este lema: «la libertad sólo para los que piensan como nosotros?» Es que la pasión los ciega y el odio antireligioso los subyuga como una obseción. Pero, á los ojos de todo observador que reflexiona, la flagrante contradicción en que caen, constituye un fenómeno anormal y una verdadera

insensatez: tan es así, que los mismos jacobinos lo comprenden, y procuran sincerarse.

Y, ¿sábese cuál es la gran excusa que dan, el gran pretexto que siempre invocan, y que repiten sus órganos de propaganda? Es la pretendida *intolerancia de la Iglesia y de los católicos.* Se confiesan intolerantes, pero sólo lo son, dicen, contra los intolerantes; violan y atropellan todas las libertades, pero en la persona de los enemigos de la libertad, que dicen ser los católicos; y con esto se creen justificados.

El diputado Massé, miembro del consejo del Gran Oriente, proclamaba esta divisa, digna de Nerón: « *La tolerancia*, decía, *no es debida á los intolerantes* »lo que significa á los católicos. (Sesión del 20 de Marzo de 1901).

Más, hé aquí la lógica y la conducta de nuestros adversarios. Acusan á los católicos (debería decirse á algunos reyes católicos) de haber tomado, al través de la historia, ciertas medidas de intolerancia: la inquisición española, la San Bartolomé, la revocación del Edicto de Nantes, (son siempre los mismos espantajos históricos de la erudición anticlerical.)

Nosotros, dicen, reprobamos estos actos y los declaramos criminales. Muy bien; pero, mientras estáis en el poder, *cometeis actos semejantes*, haceis lo que reprochais haberse hecho. ¿No es esto asáz contradictorio y cínico?

Pero es de notar que, durante esos mismos siglos pasados, los protestantes se han manifestado también muy intolerantes, en Inglaterra, en Alemania, en Suecia, y en Francia los hugonotes, con hecatombes de católicos y de religiosos é incendios de templos. Los revolucionarios en 1793 han derramado con cruel intolerancia rios de sangre, hasta llamarse la época del *terror,*

y que ha dejado muy atrás á la inquisición. ¿Porqué, pues, con ese mismo criterio, no perseguir á los protestantes, á los demagogos y á los revolucionarios? Existe el mismo pretexto, y sin embargo, sólo se quiere perseguir á la Iglesia y á los católicos. El pasado de los demás, ó se olvida, ó se ignora. ¿No es esto claramente contradictorio?

Hay más; estos católicos del siglo XX, los católicos modernos, que vosotros perseguís, y que tratais como parias, ¿son responsables de los actos que les reprochais, de esos acontecimientos que han tenido lugar en Francia ó en España hace dos, tres y cuatro siglos? Pero, ¿cómo? si aún no habían nacido.

Para dar á sus pretextos de represalías una sombra de justicia, deberían demostrar que los católicos modernos son *prácticamente intolerantes* á la manera de Felipe II ó de Luis XIV; debieran demostrar que tienen el propósito, si llegan al poder, de confiscar las libertades de los demás, de dictar contra sus adversarios políticos y religiosos leyes de opresión, á pesar de las exigencias del mundo moderno. Hé ahí un punto esencial, que debieran demostrarlo, y sin el cual todas las intolerancias jacobinas se destruyen y desvanecen, aún á título de represalías.

Así mismo, toda persona instruída sabe que la Inquisición española fué un tribunal de fines políticos, y que la San Bartolomé, la masacre de los hugonotes en 1572, fué inspirada por Catalina de Médicis, acto reprobado siempre por los católicos, como un crímen monstruoso. Por consiguiente, decir que los católicos aspiran á reiterar semejantes crímenes es una mera calumnia. Lo mismo debe juzgarse del régimen civil que se supone dominaría bajo el gobier-

no de los católicos, régimen en que se obligaría á todo el mundo á acatar la Iglesia, á ir á misa y confesarse, etc., etc. Pero esta sería más bien una parodia de la libertad masónica, imperante en muchos países, y en virtud de la cual se prohibe ser religioso, andar en procesión y desempeñar un puesto público, si es católico, etc., etc.

El diario francés *La Lanterne*, en un artículo titulado *Libertad*, para justificar los desmanes de aquel gobierno sectario, decía: «Nó, los clericales no han abdicado de sus proyectos, ni del espíritu de la Iglesia, que no reclama tan alto la libertad, sino para confiscar (*sic*) la de los demás. Ella no ha variado à traves de los siglos... Más que nunca, la libertad completa no existirá sino á esta condición: *ecraser l'Eglise*: aplastar á la Iglesia.»

En estas palabras se encuentran á la vez la falsa acusación de intolerancia, lanzada contra los católicos, y la proclamación neta de la intolerancia sectaria: *ecraser l'Eglise*, sistema volteriano,

Pues bien, nada nos costará probar que los jacobinos son los que acaparan en el mundo moderno el monopolio de la intolerancia, mientras que los católicos, al contrario, siguiendo en esto la sana doctrina de los teólogos, son en las circunstancias actuales, *prácticamente muy tolerantes* y modelo de tolerancia civil.

Y en verdad; los jacobinos, ¡fenómeno extraño! en el momento mismo en que se muestran cruelmente intolerantes contra los católicos, se ensañan descaradamente en *acusarlos de intolerancia.* Esto es reiterar la fábula del lobo y el cordero.

Fácil es demostrar que esta acusación contra los católicos, es falsa y ridícula.

Al tratarse del los tiempos presentes, se trata de los católicos del siglo XX. Ahora bien; los católicos, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia y de los teólogos, son en el tiempo presente *prácticamente tolerantes* y *en sumo grado.* En efecto; en la época actual, como lo nota sabiamente el conde de Mun, ya no existe unidad de doctrina, ni filosofica, ni política, ni religiosa. De donde resulta para los mismos católicos una manera de conducirse muy diferente de la que ha podido ser legítima y práctica en otros tiempos y en otras circunstancias, cuando existía unidad absoluta; pues entonces la división era una perturbación del Estado constituído cristianamente.

Sin duda, la Iglesia católica, por lo mismo que ella se considera ser la verdadera religión, profesará siempre lo que se llama intolerancia *dogmática y doctrinal*; jamás enseñará que la verdad y el error, el bien y el mal, las doctrinas las más inmorales, las más impías, y las creencias más santas y divinas tengan los mismos derechos, merezcan el mismo respeto y la misma protección *en principio* y filosóficamente hablando; pues el mismo buen sentido rechaza semejante aberración.

Pero, dada la falta de unidad de doctrina y de religión, como hoy sucede en casi todos los países, la Iglesia admite que los poderes públicos, aún católicos, *toleren* doctrinas y cultos diferentes de su doctrina y de su culto. Ella declara que los poderes públicos *pueden* y *deben* en estas circunstancias, practicar la *tolerancia* civil y política. Es lo que los teólogos llaman con relación á la *tésis* teórica, la *hipótesis.*

Pío IX en una carta á Carlos Perín, á propósito de su libro: *Las leyes de la sociedad cris-*

*tiana*, y León XIII en su Encíclica *Libertas*, dan esta misma enseñanza: *In ejusmodi rerum adjunctis potest, vel etiam debet lex humana ferre toleranter malum.*

El cardenal Manning, respondiendo á M. Gladstone, declaraba que, si mañana los católicos llegaban al poder en Inglaterra, no cerrarían ni una sola iglesia protestante y acordarían á los demás todas las libertades de que ellos gozaban como minoría.

*La Civiltá Cattólica*, revista de la Compañía de Jesús y órgano oficioso de la Santa Sede, escribia ya bajo Pio IX de una manera más general: «que allí donde las leyes de tolerancia están establecidas (por la Constitución, por ejemplo), los católicos al llegar al poder, las respetarían y no serían jamás los primeros en romper el pacto establecido, lo que constituiría una deslealtad. *Non sunt facienda mala, ut eveniant bona.* (Año X. ser. IV. t. IV. pag. 434).

Lo que autoridades religiosas tan notables enseñan teóricamente, vemos que *lo ponen en práctica* los católicos al llegar al gobierno de una nación; y esta es una *lección de cosas* absolutamente irrefutable para todo hombre de buena fé.

En efecto, desde hace diecisiete años, los católicos están en el poder en Bélgica, y permanecen sólidamente establecidos, á pesar de las intrigas de la Masonería y la Internacional; gobierna allí el llamado *partido clerical.*

Pues bien; ¿han intentado siquiera durante todo ese tiempo, hacer una sola ley para atentar á la libertad de sus adversarios políticos ó religiosos, para excluír de los empleos públicos ó para privar de un derecho cualquiera, acordado á los demas ciudadanos, *à los libre-pensadores, los*

*protestantes, los franc-masones, los radicales, los socialistas?* Nada, absolutamente nada. Los protestantes van á sus templos, los judíos á sus sinagogas, los librepensadores se quedan en sus casas, los católicos van á la Iglesia, como place á cada cual. Los católicos organizan procesiones y también los socialistas á su modo, cuando lo quieren.

Todos los ciudadanos se asocian ó se reunen á su gusto; los masones conservan sus logias, como en tiempos en que eran los dueños de Bélgica. Las comunas ó municipios liberales tienen el derecho de fundar sus escuelas neutras; más aún, y esto contrasta singularmente con la conducta de los jacobinos de Francia, la Universidad librepensadora y masónica de Bruselas continúa funcionando, bajo el gobierno clerical, y confiere grados, que son tan válidos como los de la Universidad católica de Lovaina.

En fin, las asociaciones socialistas permanecen completamente libres, y hasta tienen su centro internacional en Bruselas. Hé aquí, pues, como *los católicos en el poder ó el partido clerical* en el gobierno, se muestran ampliamente tolerantes con sus adversarios políticos y religiosos. Son *verdaderos liberales,* que no se contentan con tener escrita la libertad en su constitución, sino que la acuerdan en práctica y por igual, á todos los ciudadanos.

Hé aquí una lección y un contraste: los católicos en el poder son los verdaderos liberales y prácticamente muy tolerantes; mientras los jacobinos en el poder forman el gobierno más escandalosamonte intolerante. ¿A qué se reduce, pues, ante este elocuente espectáculo, el gran espantajo de *intolerancia clerical,* que conti-

nuamente agitan los anticlericales para espantar y embaucar á las masas populares y á los tontos que se dejan engañar con mentidas proclamas? Para todo hombre que no se ciega voluntariamente, ese espantajo ó pretexto queda destruido y pulverizado por el solo hecho, por el hecho manifiesto y permanente de la conducta de los católicos belgas. ¡Intolerancia de la Iglesia! ¡Intolerancia de los católicos! Pero desafiamos á que traten á los católicos los gobiernos liberales, como los católicos belgas tratan á los protestantes, libre-pensadores, franc-masones y socialistas. La tolerancia, la libertad, todas las libertades, como las acuerdan á todo el mundo los católicos belgas, desde tanto tiempo dueños del poder: nada más que esto piden los católicos á los liberales en el gobierno. Y desafiamos á todos los calumniadores de la intolerancia católica, que encuentren contra este argumento práctico de tolerancia católica una respuesta de algún valor y consistencia: obras y no palabras.

## II

Si el ejemplo de Bélgica es un honor para la tolerancia de los católicos en el poder, el ejemplo de los gobiernos jacobinos, como el de Francia, es una vergüenza para la libertad, y el colmo de la intolerancia del anticlericalismo en el poder: ha demostrado hasta qué grado es hipócrita en ellos la proclamación del régimen de las libertades políticas y civiles; y es la sabia política de León XIII la que los ha obligado á arrancarse la máscara y probar que es el partido más antiliberal. Queremos, por tanto, añadir algunas reflexiones más acerca de lo que sucede en

Francia, especialmente con relación á la política eclesiástica: es una gran lección.

Un célebre religioso, el P. Maumus, ha dicho: «La libertad, toda la libertad civil y política, la libertad de la conciencia, la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, la admisión de todos los ciudadanos á todas las dignidades, puestos y empleos sin mas distinción que la de su virtud y de su talento, la declaración de que nadie será molestado por sus opiniones religiosas; tales son los principios, cuya justicia y grandor nadie contesta hoy día en Francia. Reivindiquémoslos, pues, para nosotros y para todos».

Desde luego, estas palabras constituyen el más sangriento reproche á los republicanos detentadores del poder. Pero pasemos por alto esta contradicción del anticlericalismo con su propio programa; y solo notemos que el citado publicista no hace en ello mas que seguir la política de León XIII.

Los principios sobre los cuales estaba constituída la sociedad civil en el orden público cristiano, pertenecen al pasado. La situación ha cambiado, especialmente en Francia, en virtud de la evolución de la humanidad; es, pues, necesario adorar y no discutir los designios de la Providencia, que conduce todas las cosas á sus fines á través de las transformaciones sociales. Hoy día, dadas las nuevas condiciones en que se encuentra la Iglesia, esta debe esperar el bien de las almas y su triunfo por la libertad política y civil Ella la acepta, pero quiere que sea sincera, y á ese terreno será llevado el combate, porque no olvida que ella es en esta vida la Iglesia militante. Lo fué durante el antiguo régimen; y así como la historia de sus luchas pasadas es mag-

nífica, lo será también en el nuevo régimen; ni será menos bella la historia de sus luchas futuras.

Desde luego, es ya un honor y un triunfo ser perseguida injustamente; así que se engañan los que piensan que todo está compremetido en la gran obra de la Iglesia, porque es necesario que sufra y combata; este es su papel y el de sus hijos; pero de todas las persecuciones y bajo todos los régimenes ha triunfado, aunque siempre con la amenaza de que será el último triunfo, y que están próximos sus funerales; mientras ya van diecinueve siglos que celebra los funerales de sus perseguidores, con cualquier denominación que se distingan.

Pero, lo esencial es que los católicos suframos y combatamos como Dios lo quiere, y no á nuestra manera y con nuestras cortas vistas. La mejor manera de éxito es mirar del lado de Roma, que es donde está el piloto supremo de la nave, que lleva los destinos de la sociedad y de la Iglesia. Es una estraña y grande aberración, que los católicos obren de otra manera.

Véase, en efecto, lo que pasa: desde que el gran Papa León XIII dió buena acogida al nuevo orden de cosas en Francia, recomendando el respeto á las instituciones, que el país se dió, sufragio universal, libertad política y civil, etcétera, no autorizando la lucha contra las malas leyes, sino sobre el terreno de la Constitución, conforme, por lo demas, en esto con la enseñanza de todos los siglos, se produjo inmediatamente un fenómeno curioso, sobre el cual no se ha llamado bastante la atención; se creía en la paz y es lo contrario lo que sucede.

Un pavor extremo se apoderó de los republi-

canos sectarios; el anticlericalismo tuvo más miedo que nunca. Los *ralliés* fueron puestos fuera de la República; los republicanos moderados y liberales fueron tratados de clericales. León XIII y sus direcciones, hé ahí el enemigo que se presenta temible. De una Iglesia monarquista se conseguiría fácilmente el triunfo; pero de una Iglesia que se adhiere á la República, renunciando á sus privilegios y á sus inmunidades, y que no reclama más que el derecho común, y la libertad, igual para todos, los sectarios tienen un miedo horrible, hasta el pánico. ¿Qué sería de ellos, en efecto, con una Iglesia que acepta la Repùblica en el terreno constitucional y que continúa, amparada en el derecho común, su hermosa misión de educadora del pueblo en el terreno de la verdad y de la virtud? Sienten que les sería necesario, antes de mucho tiempo, dar el adios á las dulzuras del poder, porque no podrían continuar engañando al pueblo; temen, pues, la lucha con la Iglesia en el terreno de la libertad, y en su furor, se proponen proscribirla y anonadarla: *ecraser l'Eglise*, como dicen; aunque esto no lo podrán conseguir, por más que renueven la *época del terror*.

Tal es la razón de lo que pasa hoy día en Francia. La conducta de los partidos que gobiernan es insensata: han perdido la cabeza. Llegan hasta envolver en su odio furioso al ejército, y ya comienzan á hacer lo mismo con la magistratura. La libertad se retira gloriosaamente al ostracismo con el heroismo de los pobres religiosos y de las santas mujeres; y la sola cosa que ellos conservan es la licencia bajo todas sus formas, con la que procuran conciliarse, agrupando á su rededor las pasiones malsanas y

los tonos á estos sectarios, viejos oportunistas, radicales, socialistas, politicastros de todas layas, es que ellos no son ni republicanos ni demócratas; que no pueden vivir en el poder, sino renegando descaradamente de todos sus principios; que la libertad los asfixia, y que no conseguirán gobernar sino sobre víctimas ó esclavos. No; eso no es la República: tales hombres son incapaces de hacer un pueblo libre y feliz. La Francia, tiene una misión y destinos muy grandes para que sucumba asfixiada por la turba de sectarios, que así deshonran las instituciones libres y la República, como su propio partido.

*
* *

Otra calumnia, que les sirve de arma contra la Iglesia, es esta: La Iglesia católica, dicen, es una *potencia política*, que tiende á dominar y á acaparar el poder civil, con la mira de sujetar los espíritus à sus enseñanzas con la imposición de las leyes... Pero ¿quién es que acusa á la Iglesia de semejante pretensión tiránica? Hombres de gobierno, cuyo plan confesado es formar la unidad de la nación en la servidumbre de los espíritus á sus personales concepciones y teorías, sustituyéndolas á las de la Iglesia. ¿Se puede ser más inconsecuente y llevar más lejos la impudencia? ¿No son ellos los que, al decir del radical Goblet, quieren imponer el monopolio del Estado en favor de una secta, aboliendo la libertad de enseñanza y de conciencia, para disponer despóticamente de la ense-

propósito apellidan una *potencia política*, para hacer entender que la Iglesia tiende á absorber el poder civil y aspirar á la teocracia, es una calumnia que esparcen á todos los vientos para alarmar é indisponer á las masas contra la Iglesia. Ahora bien; esta calumniosa aserción está desmentida por la doctrina de la Iglesia y por la historia; siendo todo lo contrario lo que es verdad.

En efecto, ¿quién ignora, la Encíclica de León XIII sobre la *Constitución cristiana de los Estados* (1885)? Pues bien; el Soberano Pontífice declara en este documento que el poder eclesiástico y el poder civil son *soberanos*, cada uno en su esfera de acción respectiva. Y por tanto, es falso que el poder espiritual, como el único esencial, debiera, por decirlo así, absorber al otro, para constituir una teocracia, que es el gran pretexto y la gran máquina de persecución. Pero ¿no es más bien el Estado el que con asáz frecuencia invade el dominio y atropella los derechos de la Iglesia? Y ¿no ha sido ésta la eterna víctima de toda clase de persecuciones desde la época de los Cèsares paganos, que la perseguían cruelmente, hasta durante el reinado de los Césares cristianos con su abusivo y tiránico patronato? Y el liberalismo, arrogándose este mismo patronato, no la ha tiranizado perpetuamente con exigencias despóticas y humillantes?

Existe además, este hecho muy notable, que la Iglesia hubiese podido, en efecto, fusionar en sus manos ambos poderes el civil y el religiosio; y nada le hubiese sido más fácil en los primeros

poderes, «al César lo del César y á Dios lo que es de Dios,» no reivindicando para ella sobre las naciones cristianas más que el poder religioso, y no cesando de proclamar para sus miembros la obligación de obedecer al poder civil en su esfera.

Los mismos Papas, al recibir un cetro temporal, no lo confundieron con la tiara, que tenía el carácter exclusivo y sagrado de su alta misión espiritual sobre el mundo cristiano. ¿Cómo la Iglesia, compuesta por hombres, ha podido resistir á la tentación de confundir ambos poderes en su provecho, cuando este le hubiese sido tan fácil? Es un hecho sebrehumano y prodigioso.

Si así se quiere, la Iglesia es una *potencia política*; pero lo es solamente en este sentido, que, como el sol sobre la naturaleza, ella ejerce por el explendor de su maravillosa doctrina la mas benéfica influencia sobre las almas, las leyes y los pueblos. Esto es muy verdadero, esta es su gloria, y su historia llena está de esta gloria.

M. Guizot, aunque protestante, pedía desde 1862 la proteccíón del Estado en favor de la Iglesia. Y ¿sábese porqué? Porque, según decía, el mundo tiene necesidad de ella. Es de la Iglesia católica que viven las iglesias disidentes, como las ramas de su raiz; *es de ella que, como de su fuente, corren sobre todas las naciones los beneficios de la civilización*. La Francia, que es su brazo derecho, saca de su hermosa misión su grande influencia y su papel glorioso en el mundo».

Y esos sectarios, cegados por el odio antirreligioso, prefieren perder la grande infiuencia y

de todo esto, dejándose impresionar por un prejuicio vulgar tan injusto contra la Iglesia? Ha tenido miedo de la influencia política de la Iglesia para la República Francesa, que hubiese sido sin embargo, su mas poderoso sostén; y ha hablado del clericalismo y del Estado laico como un político mediocre.

Se podía esperar algo más de un hombre de su talla intelectual; pero no ha sabido elevarse sobre los sectarios y sus pasiones para tener un verdadero concepto de las cosas y permanecer fiel á sus principios. Le hubiese bastado dirijir la vista á la vecina Bélgica; pues ¿acaso el régimen de libertad y el Estado laico de los Belgas han quedado comprometidos al pasar á las manos de los conservadores, de los católicos, esto es, del partido clerical, como dicen? Antes bien, ¿no quedaron asegurados con ese feliz advenimiento la prosperidad y todas las libertades de ese pequeño pueblo, hoy modelo de libertad para el mundo entero? Que se mire de ambas partes, del lado de Bélgica y del lado de Francia ¿de cuál tiene más que temer la libertad de un pueblo? ¿De los republicanos sectarios, que han suprimido la libertad de enseñanza y de conciencia y atropellado á ciudadanos indefensos, ó de los conservadores católicos, que han respetado todas las libertades políticas y civiles para sus mismos adversarios en Bélgica? Ah! si se hubiese podido comprender que el mejor medio de asegurar el feliz funcionamiento del régimen de la libertad civil y política en Francia, estaba, al contrario, en utiliizar esta fuerza moral de la Iglesia! Pues ¿qué mejor apoyo hubiese podido tener la República?

verdadero estadista, pero este hombre faltó, aunque hubiese sido un protestante, como Guizot ó un liberal como Thiers.

Ahora bien, la República Francesa, la gran nación latina, por la que todos tenemos simpatías, ¿podrá remontar la corriente que la arrastra al abismo? Los hombres que la dirigen ¿son capaces de comprender á donde los lleva la pasión más insensata? ¿Están aún en tiempo de buscar y procurar del lado de la Iglesia, por un acuerdo perfecto y franco con la parte sana de la nación, un apoyo más sólido á un régimen que debería ser y continuar siendo, para durar, un régimen de libertad, de igualdad y de fraternidad? Hé ahí donde estaría el remedio y la salvación para Francia.

¡Ojalá que la Providencia acelere ese momento de salvación y de gloria para la gran nación! Al menos el gran Papa se brinda generoso á salvar á la noble nación francesa. Se ha callado ante la ingratitud de los hombres, que accidentalmente la gobiernan; pero no ha desesperado de los destinos de la hija primogénita de la Iglesia. (1)

1—He aquí lo que con tanta sensatez decía respeto del jacobinismo francés el ilustrado director de *El Bien:*

A pesar de las deficiencias de la información y su parcialidad, cuando se trata de informaciones que pueden despertar el sentimiento de justicia en pro de la causa católica, no ha podido menos de hacerse conocer la inaudita injusticia con que el ministerio Combes ha atropellado todas las libertades y todos los derechos: el de conciencia, el de asociación, el de enseñanza. Es verdad también que no ha podido ocultarse la gran reacción cívica que tales atropellos han provocado en Francia de parte, no sólo de los católicos fervientos, sino de todos los hombres de bien, que se sienten avergonzados é indignados.

Pero se ha procurado, sin duda alguna, disimular las proporciones, tanto del atropello como de la vigorosa reacción.

Los excesos del liberalismo sectario han asombrado á los que, en su honrado candor, creían todavía en la verdad de las protestas de libertad, de respeto, de tolerancia con que han aturdido al mundo entero los que, en los secretos de las logias, que han gobernado la Francia, han fraguado lenta y

Francia, sino del mundo entero. Consiste en lo siguiente: como los católicos no reconocen derechos sino á la verdad y al bien, exigen de los liberales la libertad para su doctrina, pero la niegan para las doctrinas liberales; pero es evidente que confunden la tésis con la hipótesis: esto es, si el error no tiene derechos, las personas los tienen, ó lo que es lo mismo, confunden la intolerancia *doctrinal* con la *civil*. Ahora bien, en Francia tiene esta frase una historia especial, que vale la pena exponer.

tenazmente esa obra de persecución, que ahora tiene avergonzados á los que se llaman con sinceridad liberales. en el concepto de que liberalismo significaba realmente respeto á libertad.

Hoy se convencen, por fin, de que eso ha sido *la grande blague* de nuestra época. Era una mentira, era ún recurso solapado para hacer de los incautos instrumentos inconscientes de los planes sectarios.

Nunca es tarde cuando la dicha es buena, dice el adagio. Reaccionen, pues, todos los hombres de bien. Miren con recelo cuando menos, esas actitudes de guerra á la causa católica á nombre de libertad, de tolerancia, de democracia. Los sucesos evidentes, palmarios, que se están desarrollando en Francia demuestran que no es verdad que los católicos hayan sido ni sean los enemigos de la libertad.

Y si eso es evidente en Francia, ¿cómo no ha de serlo entre nosotros, donde todavía existen espíritus exaltados, aunque pocos felizmente, que desearían la persecución injusta contra los que profesan la religión del Estado? ¿Cómo no ha de saltar á la vista que, en nuestro país muy especialmente, la causa católica se identifica con los verdaderos ideales nacionales de libertad en el orden, de paz en las conciencias y de progreso democrático en las instituciones?

No creemos que pueda haber un hombre con sentido común que afirme que, en nuestro país, es posible una persecución de los católicos contra los que no lo son.

¿Y quién podrá negar, que por el contrario, estamos siempre expuestos á ver á los católicos atropellados en sus derechos y libertades, á poco que predominen esos fanáticos que andan por esos mundos de Dios gritando libertad á tontas y á locas?

En nuestro país se está incubando lentamente un gran partido cívico, del que serán núcleo los elementos sinceramenfe liberales en el recto sentido de la palabra, es decir, los amigos de la libertad, del respeto á los hombres, á las instituciones, á las tradiciones nacionales armonizadas con los progresos naturales de la humanidad.

Ese gran partido tendrá que combatir al jacobinismo fanático, que abrir los ojos á los incautos, que desvanecer preocupaciones inveteradas.

Somos quizás sus precursores, y por eso queremos subrayar los fecundos ejemplos que nos está ofreciendo la actual persecución del jacobinismo francés contra esa enorme masa de ciudadanos que claman indignados en torno de

una frase atribuida á Luis Veuillot, como la ex-
presión rigurosa de la política defendida por el partido católico. Yo no pido una rectificación, porque esta rectificación ha sido hecha varias veces, y no por eso ha cesado la calumnia. Pero, conocedor de vuestra lealtad é imparcialidad, espero que os será agradable os indique cual ha sido el orígen de esta frase, que jamás ha sido escrita por Luis Veuillot.

Hace más de treinta años, al final del segundo imperio, *Le Siècle* reprochaba esa frase á Luis Veuillot, quien la negó, diciendo que había sido escrita por Montalembert. Sàbiendo yo que este era incapaz de pensar y de hablar de un modo tan iliberal, le pedí la explicación de esta calumnia. Hé aquí esa explicación. En una polémica sostenida por Montalembert con Veuillot, aquél dijo á éste: «Vuestra tesis, si se la llevase á sus últimas consecuencias, llegaría á esta monstruo-

millares de hermanas de caridad arrojadas de su patria entre los llantos de los desvalidos que ven alejarse de ellas, acaso para siempre, su Providencia en la tierra.

Toda esa enorme masa de ciudadanos franceses se desespera al considerar que es impotente para detener la consumación de la iniquidad.

Es que se han dejado sorprender.

No nos dejemos sorprender nosotros: y entendemos por *nosotros*, no solo los católicos fervientes, que deben trabajar en primera línea, sino todos los hombres de bien que se indignan ante la actual persecución, que se consume en Francia.

Estamos persuadidos de que de esa persecución nacerá en Francia como en Alemania, la gran reacción católica.

¡ Pero cuántos años han sido necesarios en Alemania para reponer lo perdido ! ¡ Cuántos serán necesarios en Francia !

Es un grave error suponer que debe desearse el exceso del mal, porque de él nacerá el bien.

Nó : mejor es que se evite por todos los medios humanos la consumación del mal ; mejor es llegar al bien por el bien mismo : por la labor contínua, disciplinada, inteligente.

En ella estamos ; en ella permaneceremos. Ayúdennos todos, todos los que quieran evitar á nuestro Uruguay los espectáculos que hoy presencia la noble Francia.

cipios nos obligarán á negárosla.»

Hé aquí lo que Montalembert escribía, no para aprobarlo, sino para vituperarlo. Y sin embargo, con toda mala fe, Ferry se prevalió de esta controversía para atribuir á Veuillot y á todo el partido católico, lo que aquel llamó el principio de libertad católico. Para sincerar á Veuillot bastaría, entre otras, la cita siguiente:

«Yo he querido de todo corazón, y de todo corazón he buscado la libertad. Ella ha sido mi fin y objeto bajo todos los régimenes: bajo todos ellos me he convencido de que era posible, y compatible con los intereses de la religión, que son los verdaderos intereses de la libertad y de la sociedad; pero bajo todos los régimenes me he convencido también de que los verdaderos liberales son los verdaderos católicos.

«La Revolución ha suscitado en el mundo, y en todos los paises del mundo, una raza deplorablemente perversa, que no quiere la libertad, porque no quiere saber de religión. He visto en acción esta raza bajo Luis Felipe con todas sus traiciones y crímenes. Hé aquí porque creí conveniente que tuviese un amo, pues esperaba que este encauzaría la libertad revolucionaria en los límites de que procura salir continuamente para sumergir y arruinar todo lo que la rodea, y que la obligaría á respetar la religión y *recibirla, al menos, en la igualdad de la vida civil*, única manera de fundar la verdadera libertad.

«Porque todas las libertades están contenidas en gérmen en la libertad de la Iglesia, y allí donde la Iglesia no es libre, no hay libertad sino contra

cia, que es la más respetable. ¿Qué libertad se respetará entónces, cuando se violenta lo mas sagrado que existe para el hombre y el ciudadano?

Por lo demas, Veuillot ha sido profeta, y la situación en que ha colocado á la República francesa el gobierno anticlerical, representa muy bien: «la raza deplorablemente perversa que no quiere la libertad (ni de conciencia, ni de enseñanza), porque no quiere saber de religión, esto es, porque es impía.» Pero no prevalecerá por honor de Francia y del mundo.

En fin; si se nos pregunta porque hemos querido ocuparnos de la situación político-religiosa de Francia, respondemos que así lo hemos hecho porque León XIII en su alta y sabia política creyó conveniente intervenir, como lo hizo en distintas ocasiones y especialmente en la célebre carta: *Nobilissima Gallorum gens;* pues previó que de la dirección y orientación que tomase en Francia, dependería la política eclesiástica de toda la raza latina, y quizás de todas las naciones civilizadas; y hasta creemos poder afirmar que esta misma cuestión será suscitada por el jacobinismo entre nosotros. Pero la política de León XIII triunfará, como triunfó Gregorio VII; son de igual temple y previsión.

---

Ya hemos advertido que nos decidió á hablar del Pontificado y á presentar un compendio de apología sobre el mismo, la grata ocasión de celebrarse el jubileo pontificio del grande é inmortal Papa, que con tanta gloria y magnificencia rige los destinos de la Iglesia universal; y tanto mas nos creímos obligados á hacerlo, cuanto que parece que Jesucristo ha querido, en la asistencia especial á su Vicario, hacer gala, y con todo esplendor, de distinguir á este gran Pontífice, en su prolongado gobierno de la Iglesia, con extraordinaria gloria é inusitada magnificencia.

Ahora nos proponemos solamente resumir lo dicho con relación al Pontificado y sobre Leon XIII, é incidentalmente, sobre la actual cuestión político-religiosa, advirtiendo que este resúmen constituye nuestra pastoral sobre el jubileo pontificio, adaptada al presente opúsculo.

### Resúmen sobre el Pontificado

Nunca se había declarado una guerra más encarnizada al Pontificado, y hé aqui porque nunca tampoco se ha ocupado el mundo de esta divina institución con más empeño y entusiasmo. La historia imparcial, en sus crecientes conquistas de crítica y erudición, enaltece cada vez más la grandeza esplendorosa del Pontificado, que es la piedra angular del edificio gigantesco é incomparable de la Iglesía, foco de luz vivísima é inextinguible, que todo lo ilumina y abrillanta; centro de verdad y de vida, en torno

la historia y tan alto raya entre todas las instituciones que ha contemplado la humanidad!

Y si se considera que, á pesar de tantas y tan furiosas tempestades como han estallado, y de tantos y tan tremendos cataclismos, como se han sucedido en el largo decurso de veinte siglos, la Cátedra de Pedro, fiel á su misión santa y civilizadora, ha permanecido firme é inconmovible sobre el movedizo suelo en que yacen desparramadas las ruinas de grandes imperios y de venerandas instituciones; compréndese bien cómo en momentos de confusión y de peligro, cuando en el tormentoso mar de las ideas parecen zozobrar los más sagrados intereses de la religión y de la sociedad, todos los católicos del mundo, llenos de fé en las divinas promesas, confirmadas por diecinueve centurías de luchas y de triunfos, vuelven los ojos al Vicario de Jesucristo, puesto en el Vaticano, como roca inconmovible en medio del Océano, exclamando en ademán suplicante: «Sálvanos, Señor, que perecemos!»

Y con razón sobrada; ya que todas las generaciones han pasado por el Vaticano inclinando la frente ante la augusta magestad del Romano Pontífice en sus días de gloria y en las épocas de prueba, como lo demuestra la maravillosa historia de la institución mas admirable que han presenciado los siglos.

Y en verdad; agrupar en torno de un solo hombre, en unidad de pensamiento y de acción, todos los pueblos y naciones de la tierra, por tal manera, que no haya más que un solo Dios, una sola

ramente divina, y al mismo tiempo, la más conforme á los destinos de la humanidad, que son idénticos, porque una es la inteligencia, uno es el corazón y una la conciencia, é iguales sus aspiraciones; ya que el bien y la verdad son y deben ser uno también en todas partes y en todos los tiempos.

Y sube de punto la admiración, si se considera que el mortal escojido para ejercer tan alta autoridad, no presentida ni soñada jamás por los más grandes filósofos y legisladores, fué un pobre Pescador de Galilea, para que en ello se viese la obra de Dios y no de la sabiduría humana.

Y aumenta la admiración considerar también que este humilde Pescador, necesitando fijar en alguna parte la Sede desde la cual había de regir y gobernar la grey, que le había sido encomendada, la cátedra desde donde dirijiría al mundo sus infalibles enseñanzas, marcha de Jerusalén á Antioquía y de Antioquía á Roma, á la orgullosa ciudad que, con más razón que Jerusalén y Atenas, podía llamarse, y era en cierto modo, *el centro del mundo: umbilicus terræ.*

***

No sabemos, en verdad, que pueda pararse la consideración en este solo hecho, sin que se vea la mano de Dios poniendo los fundamentos del Pontificado. Supongamos sino, que el establecimiento de la Iglesia fué un hecho puramente humano, y no acertaremos á explicarnos como

corazón mismo del imperio, sobre las gradas mismas del Capitolio, donde reinaba aquel, en cuyo nombre, Poncio Pilato había sentenciado á su divino Maestro, y donde se alzaban monstruos que anhelaban que la humanidad tuviese una sola cabeza para cortarla de un solo golpe, monstruos que tenían en su ferrea mano los destinos del mundo, y cuyo imperio se extendía, vigoroso é incontrastable, desde el Atlas al Rhin y del Atlántico al Eufrates.

Y ¡caso verdaderamente providencial! En nuestros días ha dicho la impiedad anticlerical: si hasta ahora no se ha podido destruir la Iglesia católica, es porque jamás se ha organizado un plan de persecución uniforme, al mismo tiempo y en todas partes, donde esa Iglesia exista; hagámoslo así en nuestros días y acabaremos con esa Iglesia, que se cree inmortal. Y han organizado el *kulturkampf universal* en una conjuración mancomunada de la masonería, el protestantismo y el anticlericalismo para acabar de un solo golpe con la Iglesia. Pues bien, su plan es el de Nerón y Dioclesiano; ensayado durante tres siglos consecutivos, por medio de diez persecuciones universales y cruentas en todo el Imperio romano, y cuando un solo déspota imponía su voluntad al mundo entero; y sin embargo, ese plan fracasó. No saben los impíos que es Dios quien ha garantizado los destinos de la Iglesia: *Non prævalebunt:* no prevalecerán; aunque permita las persecuciones, para hacer mas evidente la intervención divina. «Si á mí me han perseguido, también os perseguirán á vosotros», predijo Jesucristo á sus

Pero volvamos á Pedro: Pedro va á Roma, porque, como dice San León, era preciso que la maestra del error, se cambiase en discípula de la verdad, y erigida en cabeza del universo, reportase mayor gloria y poderío de la religión divina, que de la dominación terrena; es decir, realizase por medio de la cruz mayores y mas provechosas conquistas, que las alcanzadas por medio del fragor y el extrago de la guerra.

Y así sucedió, en efecto; mas ¿cómo? Hélo aquí: Pedro, dócil á la voz de Dios, surca el Mediterraneo; arriba á Italia, y sin que los Césares sospechen que traía la misión de derribar su imperio, entra oculto en Roma, fija en ella su Sede y sella la cátedra eterna, muriendo en una cruz, como su Maestro. Y su muerte es el principio de la gran cadena apostólica, de la no interrumpida serie de Pontífices, cuya autoridad llega á extenderse del uno

1—Tal ha sido la indignación producida por la persecución injusta á las comuninades religiosas, que hasta la mujer se ha sublevado indignada contra tan cobarde medida, hasta el punto de ser calificados de cobardes y criminales sus autores.

Es digno de leerse el mensaje, que firmado por millares de nombres, han dirijido las señoras católicas inglesas al Comité Central de la Asociación de señoras católicas de Francia. Y si es digno de leerse el indicado documento, más lo es de imitación el modo enérgico con que las damas inglesas hacen pública profesión de fe y condenan la inicua conducta del gobierno sectario de la República francesa.

Dice así el mensaje:

«Nosotras, mujeres inglesas que comulgamos en una misma fe, unimos nuestra protesta á la de las heroicas hijas de Francia que luchan hoy por sus altares y por la religión de su hogar. Nuestros corazones laten de indignación y nuestros rostros enrojecen de rubor al contemplar las vergonzosas escenas desarrolladas en esa hermosa tierra de Francia, tan grande y tan católica en tiempos pasados.

«Condenamos esta injusta persecución contra virtuosísimas religiosas que consagran su vida al servicio de los más pobres entre los pobres: reprobamos y estigmatizamos como criminales y cobardes (*villains and cowards*) á los hombres que, despreciando la justicia y la libertad, oprimen á la Iglesia de Dios y á los pobres de Dios, y atacan á mujeres y niños inofensivos.»

der de los dioses y de fundar un imperio eterno en el mundo. Pedro es judío, hijo de la nación más despreciable para los romanos; jamás ha dirijido legiones victoriosas ni ceñido con laureles su frente. Y sin embargo, la transformación realizada por el héroe del Rubicón y de Munda, se redujo á un mero cambio de forma de gobierno en el mundo romano, mientras que la llevada á cabo por el Pescador de Galilea es un cambio radical en las creencias, en las leyes, en las costumbres, en los sentimientos y aspiraciones: cambio que abarca todas las esferas de la actividad y todos los órdenes de la vida, desde la noción de Dios hasta la más íntima y secreta de las relaciones sociales. Y no se contiene dentro de los límites del mundo greco-romano, sino que afecta y trasciende á los destinos de la humanidad entera. ¿Qué importa que en el paroxismo de su furor los Césares Augustos juren á los dioses el exterminio de la *superstición cristiana*, y enciendan las hogueras y volteen las ruedas y agucen los garfios y esgriman las espadas y levanten los ecúleos, hasta el extremo de que Dioclesiano llegue á gloriarse insensatamente de haberlo conseguido? Todo fué en vano; Pedro triunfó en sus sucesores, y transformó el mundo antiguo por el ideal de la civilización cristiana. Y esto forma la mayor estupefacción de la historia.

Y ¡cosa admirable! Narra la historia que la persecución de Dioclesiano, que fué la décima y última de las grandes persecuciones, fué tan universal y terrible por su crueldad y duración, que se creyó había llegado el fin del cristianis-

y el triunfo del cristianismo.

Pues bien; hoy día la persecución se ha hecho universal y los sectarios del anticlericalismo pregonan el fin de la Iglesia y del Papado, hasta haber logrado la caída del Poder temporal. ¡Ilusos! Bien pueden erigir monumentos al anticlericalismo triunfante; pero la Iglesia no perecerá, y tendrán el mismo significado que el monumento erigido á Dioclesiano: en vez de pregonar la ruina de la Iglesia, anunciará la de sus enemigos. El monumento erigido á la Iglesía tiene esta inscripción escrita por Jesucristo: «*Non prævalebunt*: *sus enemigos no prevalecerán.*»

La Iglesia está acostumbrada á domar fieras, lo mismo que á domar tiranos, llámense césares, bárbaros ó herejes.

Así, pues, superadas las más crueles persecuciones, apareció triunfante el Pescador de Galilea en sus heróicos sucesores; y enmudeció el Foro y se hundió con estrépito el Capitolio, se alzó la imágen de Jesús crucificado donde existió la estátua de Júpiter Capitolino; donde se alzó la tribuna de las arengas, se levantó la Cátedra de los Papas, y á los Césares sucedieron los Pontífices; á los vanos retóricos los grandes doctores de la Iglesia; á los héroes los mártires y los santos; y en vez del *regere imperio populos*: «dominarás con imperio á los pueblos,» en que se revela y compendia todo un ideal de ambición, de fuerza y de servidumbre, el *Christus vincit*, *Christus regnat*, *Christus imperat*: «Cristo vence, Cristo

nado social de Jesús sobre la tierra.

El Pontificado había, pues, obtenido el más expléndido triunfo con solo la fuerza moral de su propia institución, derribando todos los obstáculos, los más vigorosos y tenaces; lo que constata la historia para lección de todas las edades.

*
* *

Pero ¿acaso será necesario recordar que el triunfo del Pontificado ha redundado siempre en pro de la humanidad? Los anales de la historia subsiguiente son un himno perenne á las glorias y beneficios del Papado en favor de los pueblos y naciones.

«Roma cristiana, dice Chateaubriand, ha sido para el mundo moderno lo que Roma pagana fué para el antiguo, el vínculo universal: aquella capital de las naciones llena todas las condiciones de su destino y parece verdaderamente la ciudad eterna. Pronto llegará el tiempo en que todos comprendan que la institución del trono pontifical fué magnífica, fué una grande idea. El Padre espiritual, puesto en medio de los pueblos, unía las diversas partes de la cristiandad. ¡Qué hermoso y excelente papel el del Papa, encarnación del espíritu apostólico! Como Pastor universal del rebaño puede, ó contener á los fieles en el deber ó defenderlos de la opresión. Sus Estados, bastante grandes para darle independencia, demasiado pequeños para que haya de recelarse nada de sus esfuerzos, no le dejan más que el poder de la opinión, poder admirable cuando no

mente la influencia de los bienes infinitos é inestimables que debe el mundo entero á Roma papal. Esta se ha manifestado siempre superior á su siglo: tenía ideas de legislación y de derecho público, conocía las bellas artes, la ciencia, la cultura, cuando todo yacía en las tinieblas de las instituciones góticas. No se reservaba exclusivamente la luz, sino que la difundía sobre todos los demás: derribaba las barreras que las preocupaciones levantaban entre las naciones; trataba de suavizar las costumbres de los pueblos bárbaros, y de sacarlos de la ignorancia.... »

En cuanto á los inmensos beneficios hechos á la civilización relativos á la dignificación de la personalidad humana, ya con la gran obra de la abolición de la esclavitud, ya con la no menos importante de la regeneración del hogar, dignificando y elevando á la mujer como esposa, como madre, y como hija por el modelo sublime de María, es cosa que hoy nadie discute, como tampoco nadie se atreve á negar la parte activa que tomaron los Papas en la aplicación de los principios cristianos con innumerables Bulas y Constituciones, y hasta con censuras espirituales contra los príncipes más poderosos, cuando atentaron á la santidad del matrimonio.

En fin, puede afirmarse en nombre de la historia esta proposición de Chateubriand en el mismo *Genio del cristianismo*: « La Europa debe á la Santa Sede su civilización, su cultura, sus leyes mejores y casi todas sus artes y ciencias ». ¿No es esta la mejor apología del Pontificado, y al mismo tiempo el mayor título á la gratitud y veneración de las naciones?

gresos incesantes de la crítica histórica, la reacción en favor de la influencia benéfica y civilizadora del Pontificado es tal, que autores incrédulos y protestantes la declaran y confiesan.

A ellos se refiere el historiador Gallé, al decir: «Esperamos que no quedarán estériles y sin eco estas voces, porque ya no estamos en aquél período de rigidez luterana (es protestante el que habla) en el que se deshechaba, al presentarse, toda obra que tuviese la menor relación con la edad media y el catolicismo. Ya no estamos en aquellos tiempos de *ciencia superficial*, que contemplaba en la Reforma la aurora de la brillante luz de que hoy día estamos disfrutando, y miraba la edad media como una noche de tinieblas y desolación».

Así pues, ya no es posible negar que el Pontificado es la más grande institución que registran los anales de la historia, la más gloriosa y benéfica para la humanidad, á no ser los que son víctimas infelices de una ciencia superficial, explotada por un sectarismo fanático y retrógado, que pretende atribuir al protestantismo y á la incredulidad la brillante luz que disfrutamos por medio de la Iglesia, benemérita é infatigable fautora de la civilización y cultura, de que tanto nos gloriamos, con suprema ingratitud.

### Resúmen sobre el jacobinismo

Ahora bien; apesar de todas estas glorias y beneficios de la Iglesia y del Pontificado á la civilización de los pueblos, el moderno liberalismo, ó más bien, el anticlericalismo jacobino,

Es conveniente, por tanto, que hagamos el proceso del liberalismo jacobino. Desde luego *el espíritu moderno*, al decir del radical Goblet, *exige esencialmente la libertad común para todos.*

Luego, también para los católicos; y por consiguiente, para sus creencias y para sus instituciones, esto es, para la Iglesia, el Clero y las comunidades religiosas, que constituyen lo que llaman *el clericalismo*. Pues bien ¿cómo calificar la declaración jacobina de que es condición para el reinado de la libertad aplastar al clericalismo, esto es, á la Iglesia y sus instituciones, obligándolo por medio de leyes jacobinas á aceptar la democracia liberal? Esto es pura y simple tiranía; no es democracia, ni república; no es el régimen de las libertades políticas y civiles, tan proclamado y endiosado.

Pero expongamos las razones alegadas para excluir al clericalismo del derecho de libertad, ó para aplastarlo, como afirman, á fin de que pueda vivir la democracia liberal.

Hélas aquí: porque el clericalismo, dicen, representa la influencia política del Pontificado sobre los Estados, con el fin de implantar la teocracia y subyugar al poder civil; porque la Iglesia es enemiga de la civilización y condena el liberalismo; y en fin, porque los votos religiosos son la negación de la personalidad humana.

Antes de responder en particular, es necesario indicar una vez más en que consiste el ideal democrático: este consiste en hacer reinar el régimen de la libertad común para todos, según el liberalismo, y mejor aún, en hacer

sentantes. Pero fijándonos en lo que es la base esencial, la justicia, esta exige que todo ciudadano goce de la libertad de ejercer todos los derechos y de cumplir todos sus deberes, salva, bien entendido, la libertad de los demás. No creemos que el liberalismo pueda indicar un ideal más elevado.

Ahora bien; M. Clémenceau, el jefe del radicalismo liberal, ha hecho la siguiente declaración: «La obra capital de la democracia y de sus representantes es doble: 1.º destruir todo lo que dice relación á la política romana, y por consiguiente abolir las congregaciones, que constituyen el órgano político militante de Roma. 2.º Establecer y desarrollar el reino de la libertad, y por consiguiente abolir las congregaciones religiosas, que constituyen la negación de los principios liberales y los derechos inalienables, definidos en la Declaración de los derechos del hombre». En verdad que pugnan entre si estos dos términos: reinado de la libertad y abolición de las congregaciones. Mas valdría decir: abolición de la libertad y reinado de la tiranía.

Pero, desde luego, pongamos un punto fuera de debate, cual es el orígen de la jurisdicción espiritual del Papa sobre toda la cristiandad. Los racionalistas no quieren ver en ello más que un hecho puramente humano; la fe católica enseña, y nosotros lo creemos, que es un hecho divino.

No podemos sospechar que M. Clémenceau y los liberales, tengan la pretensión de imponernos su manera de pensar; pues sería atentar directamente contra la libertad, contra el derecho inalienable de nuestra conciencia.

poral sobre los Estados. Para ello se traen á colación las luchas de los Papas con los emperadores y los reyes, desde la lucha de Gregorio VII contra Enrique IV de Alemania, hasta la de Pio VI contra Napoleón I. Ni se deja de citar el *Syllabus* y la célebre Encíclica *Quanta cura*, á fin de demostrar que la Iglesia católica no admite la libertad de pensar, de conciencia y de culto, y que es la enemiga del progreso y de la civilización moderna.

Ahora bien; semejante argumentación está muy lejos de ser triunfante, pues se basa en múltiples equívocos. Las luchas del sacerdocio y del imperio durante la edad media han tenido por causa principal las pretensiones cesarianas de los príncipes para apoderarse del poder espiritual, y por objeto la defensa de los derechos sagrados de la conciencia cristiana.

Es verdad que el derecho público de esa época reconocía en la Santa Sede cierto poder político sobre los Estados en defensa y por consentimiento de los pueblos oprimidos por el despotismo feudal.

Pero este derecho público ha desaparecido con la formación de las nacionalidades modernas, que si fué necesario y salvador en aquella época, como lo hemos demostrado, hoy no sería posible, y los grandes publicistas, aún adversarios, sólo proclaman el arbitraje internacional del Papado, como el mas conveniente por su rectitud é imparcialidad.

Podemos afirmar que ni la Iglesia, ni el Pontificado, tienen por carácter esencial, ni sobre todo, por carácter actual, procurar la dominación

poderes.

Síguese, por tanto, que no se podría reprochar á las órdenes religiosas ser los órganos de esta ficticia política papal de dominación temporal. Pero además, podemos afirmar que los institutos monásticos ó congregacionistas jamás han tenido este carácter de milicia política al servicio de Roma. Han sido fundadas con un objeto de santificación personal, de celo apostólico, de caridad y de beneficencia. ¿Cómo, pues, la obra capital de la democracia ha de ser la de destruir una pretendida política papal, que no existe, y de abolir las congregaciones, bajo pretexto de que estas son los instrumentos de semejante política, que solo existe en la fantasía de los sectarios?

En cuanto á la doctrina católica relativa al liberalismo moderno, no queremos ni disimularla ni atenuarla. Pensamos que el principal bien del hombre no es la libertad en sí, sinó el buen uso que de la misma debe hacer el hombre para la verdad, la justicia, la fraternidad, y el amor mútuo. La libertad puede ser común á los forajidos; ya que la libertad no es más que un medio, que puede servirnos para conseguir ó frustrar el ideal de la vida humana. Ahora bien, nosotros creemos, y esta es la fé católica, que Dios nos ha revelado la verdad religiosa y la ley moral perfecta, y que este don divino se encuentra en la Iglesia fundada por Jesucristo, y de ello tenemos pruebas apodicticas. En consecuencia pensamos que el hombre, ante la revelación divina, no es moralmente libre para determinar á su talante la verdad religiosa y la ley moral; y

á la libertad en estas materias. De donde resulta que el Estado no está obligado á reconocer ni á sancionar este derecho, sino que está obligado solamente á conceder á los no católicos, por un bien y fin de orden y de paz, la tolerancia civil. Hé aquí nuestra doctrina relativa á la libertad en religión y moral.

Ahora bien, por más que otra cosa crean los liberales y adversarios del cristianismo, ¿con qué derecho pretenderán impedirnos pensar de este modo y privarnos, por causa de esta doctrina, de una parte de los derechos comunes á todos los ciudadanos? Los católicos aceptamos y aprobamos las libertades públicas, no en verdad, como derechos naturales, sino como máximas de derecho social y de gobierno; y esto debe bastar y es suficiente. Nuestro modo de pensar, nuestra filosofía religiosa ó política, es un derecho propio, como los liberales tienen el suyo. Ante el tribunal de la razón, que es el solo árbitro reconocido por el liberalismo, puede cada uno creerse en posesión de la verdad.

Hé aquí porque los católicos tienen el derecho en el Estado moderno, aún fundado sobre las máximas del liberalismo, de reclamar para sus creencias y su culto una libertad, por lo menos, igual á la de los demás ciudadanos.

Y ¿acaso no es una demostración palmaria de esta libertad amplia el ejemplo de la gran República Norte-Americana, basada en el derecho común para católicos y liberales?

Pasamos ahora á considerar esta cuestión: ¿tienen los liberales la voluntad y el derecho de hacer de la adhesión á su liberalismo, del aban-

mocrática?

Si afirmativamente, ¿cómo es que vuestro liberalismo, siguiendo á Rousseau y á Robespierre, instituye un *credo* civil, acompañado necesariamente, como entre vuestros antepasados, de una inquisición y de un *Syllabus*? Entonces caeis de lleno en el error y la intolerancia de que formais un crimen para la Iglesia católica, olvidando que por doquiera y siempre, antes del 89, la fe religiosa ha sido considerada como uno de los fundamentos de la unidad social y moral de la ciudad y del Estado. Y añadis una flagrante contradicción; puesto que no tenéis para imponer una fe cívica mas que la autoridad imperfecta, falible, limitada por vuestra razón individual, la que en nada es superior á la razón de los demás individuos.

Pero, si no pretendeis, como es lógico, hacer obligatoria á los ciudadanos la profesión del liberalismo, si les dejáis en este punto la plena libertad de pensamiento y de conciencia ¿qué os importa que los votos religiosos, en los que consiste esencialmente la vida religiosa ó monástica, sean ó no contrarios á vuestras máximas liberales, pues ¿nadie os obliga á profesarlos? Lo decimos francamente y sin ambajes, esto no es de vuestro resorte, ni necesitamos de vuestra tutela para pensar como mejor nos parezca, y nos importa un bledo vuestra opinión en esta materia.

Puesto que no es necesario ser y declararse liberal para tener derecho á las libertades comunes á todos los ciudadanos en vuestra democracia, reclamamos el pleno goce de la

dado, sin que tuviera para ello necesidad de vuestro permiso ni de vuestra aprobación.

Tal debe ser y es la actitud de los católicos, tan ciudadanos como los demás, en presencia del liberalismo y de su programa; que es exactamente la que podrían tener los liberales ante el credo católico y sus instituciones. Pero no concedemos ni podemos conceder que la profesión religiosa esté en oposición con los principios de libertad y de progreso. El régimen político de la libertad no es incompatible con la existencia legal de compromisos y de contratos, como el de matrimonio, ¿De dónde resultaría la incompatibilidad especial con esta especie de compromisos de los votos religiosos? Sin duda. es una restricción considerable de la libertad individual comprometerse á seguir, en compañía de varios asociados, un reglamento de vida, practicar el celibato y no usar del derecho natural de propiedad. Pero ¿en qué este compromiso voluntario y libre ofende ó daña la libertad de los demás?

Afirmáis que constituye, como la esclavitud, una disminución de la persona humana, y que, por consiguiente, es inmoral y debe ser prohibido. Pero nosotros los católicos tenemos otro ideal de la dignidad de la persona humana y de la moral; creemos que los votos de religión, ligando más estrechamente el hombre á Dios, obligándolo con más fuerza á practicar la fraternidad, el amor mutuo, la igualdad, la comunidad de bienes, la abnegación de sí mismo, la renuncia á los intereses personales y á los placeres inferiores de la vida, la consagración al servicio

de sus semejantes, eleva y engrandece al hombre en lugar de rebajarlo ó aminorarlo. Creemos que estos votos confirman al hombre en la dignidad sobrenatural de los hijos de Dios, discípulos de Jesucristo, muy lejos de rebajarlo á la condición del antiguo esclavo. Y ¿con qué derecho los liberales nos prohibirían pensar así, y por consiguiente, practicar la vida religiosa, y nos impondrían su manera de ver en cuanto á la dignidad humana, que creemos haber sido elevada por la doctrina de Jesucristo, que tenemos derecho de preferir á la de los liberales?

Aquí discutimos ideas é ideales; y oponemos la idea católica de la vida religiosa á la liberal. Discutamos en buena hora; pero os negamos el derecho de armaros contra nosotros con la autoridad de la ley civil y de la fuerza represiva del Estado, porque esto es tiránico. Que la democracia liberal y jacobina no reconozca ni sancione los compromisos religiosos, pase; pero su propio liberalismo le prohibe proscribirlos, desde que la profesión que de ellos se hace voluntariamente por los ciudadanos, no implica ninguna traba á la libertad,ni perjuicio á los derechos ajenos.

Bien podriamos enumerar las ventajas que la sociedad civil reporta de las congregaciones religiosas; pero ¿qué necesidad hay de ello? Basta haber respondido á los argumentos del radicalismo jacobino y demostrado que sería una injusticia y una tiranía proscribir las congregaciones, sea por causa de una pretendida política de dominación universal, sea á nombre del progreso y de la libertad. La política de dominación papal por medio de las congregaciones es una quimera y un pretexto de los masones; y la vida religiosa es el ejercicio legítimo de la

libertad y el mas grande esfuerzo que pueda hacer el hombre en el camino del progreso personal y de la perfección moral.

Más hé aquí que se ha lanzado un reto á la Iglesia:

Dícese de Mr. Combes que, asumiendo la personería del jacobinismo dominante en el gobierno de Francia, ha declarado: «Es necesario que uno de los dos sea vencido, la Iglesia católica ó el Gobierno, esto es, el jacobinismo». Pero, acaso Mr. Combes, á pesar de su vanidad monstruosa y de su insensata ceguedad ¿no vé que se aplasta á sí propio, haciendo este paralelo insensato?

Si este apóstata engreído, supiese un poco de historia, sabría que su insolente desafío no es más que el eco mezquino del gran grito de ódio y de orgullo que, desde hace diecinueve siglos, ha atravesado vanamente el mundo.

Los Césares, que dominaban á los pueblos y naciones, y los heresiarcas, cuyo prestigio y habilidad los desvanecía, han exclamado ellos también, dirigiéndose contra la Iglesia: «Es necesario que uno de los dos desaparezca». Y fueron ellos los que desaparecieron.

Y es en esta imposible empresa, en que esas potencias formidables han fracasado miserablemente, que el mísero apóstata Combes tiene el empeño de salir airoso! Que se empeñe en hacer uso de todos los medios despóticos, y como lo ha declarado, de «peores» aún. Pasará algún tiempo, haciendo el mal, y despues será olvidado, mientras la Iglesia reinará todavía, y con mas esplendor, grandeza y autoridad, sobre las almas.

Estos pequeños Nerones, pretendiendo imitar al Nerón que incendió á Roma, son capaces de

incendiar la sociedad civil para inculpar á los católicos, y arruinarse, con tal de envolver en el incendio de la sociedad á la misma Iglesia. Pero solo logran infamar su memoria, como es infame la de Nerón, y hacer más espléndido el triunfo de la Iglesia.

### Resúmen sobre León XIII

Es tanto lo que hemos tenido el honor de escribir sobre el pontificado de León XIII, que seria muy pálido lo que ahora podríamos añadir; por eso nos inspiraremos principalmente en un elocuente trabajo de un ilustre Prelado americano, Mons. Angel Jara, para redactar el presente resúmen.

Y desde luego ¿quién puede negar que León XIII es uno de los más grandes hombres, sino es el más grande, que el siglo XIX lega al XX, gigante colocado entre dos siglos, porque los dominará con su grandeza?

El eminente estadista príncipe de Bismark había ya dicho de él que lo consideraba «como uno de los más grandes hombres de Estado de nuestros tiempos,» habiendo sido su vencedor en la célebre lucha del Kulturkampf.

El conde de Vogüe ha dicho que León XIII es la primera figura del siglo,» y en efecto, no existe genio semejante al suyo. En la dirección de los relaciones de la Iglesia con los diversos Estados y en las cuestiones más difíciles León XIII se ha mostrado siempre político hábil y prudente, habiendo conseguido restablecer las relaciones diplomáticas con los principales gobiernos del muudo.

La gloria mas grande del pontificado de

León XIII son sus encíclicas verdaderamente monumentales, pues constituirán la admiración de las edades, y han sido como el código sagrado de la nueva etapa de la sociedad humana. Y ¿qué es lo que informa la esencia de estas encíclicas y toda la actividad de su pontificado? Este pensamiento, consignado en forma mas solemne en la encíclica *Immortale Dei*, y expresado con esta hermosa frase en su carta al Cardenal Nina: «Nos sentimos sostenidos por la convicción, profundamente arraigada en nuestro corazón, de que la Iglesia es rica en fuerzas poderosas, no solo para la salvación eterna de las almas, sino también para la salvación de toda la sociedad humana». Este principio es el alma de sus empresas, sostenido por una firmeza de voluntad que nadie ni nada ha podido quebrantar, porque está basado en la caridad apostólica.

Y en verdad ¿quién como él ha señalado á los gobiernos y á los pueblos los fundamentos del orden social y la protección que la Iglesia le dispensa? ¿Cuándo se había mostrado con mayor claridad en sus principios y en sus aplicaciones el dón de la libertad humana, orígen de tantas grandes obras, cuándo está bien dirijida é inspirada? ¿Qué pluma había trazado con más claridad las relaciones de la Iglesia con el Estado? ni ¿quién podría medir todos los bienes que ha reportado al mundo la sola Encíclica en favor de los obreros?

Colocándose á la altura del porvenir del mundo moderno, su gran preocupación ha sido siempre la cuestión social; por eso en la citada Encíclica *Rerum novarum* ha indicado la solución de todos los problemas que con ella se relacionan y ha merecido el nombre glorioso de *Papa social*,

porque ha promovido el desarrollo de estos estudios de una manera explendorosa bajo el aspecto de la verdadera democracia. (1)

¿Quién ha expuesto como él los inmensos beneficios del Pontificado hechos á la civilización de los pueblos, cuál lo hizo en su primera Encíclica de 1878, indicando ya con ella que era el Papa destinado para reivindicar el honor y las glorias de la Iglesia en los tiempos modernos?

¿Qué mano más poderosa ha podido poner de manifiesto el nefando programa de las logias y su acción demoledora de toda autoridad civil y religiosa? ¿Cuántos problemas sociales no han quedado resueltos por la encíclica sobre la Democracia cristiana?

Inmensos son los tesoros de caridad que encierran las dos últimas encíclicas sobre los males y remedios de la sociedad moderna, y sobre la divina Eucaristía, vida de la Iglesia.

1—Refiriéndose á la cuestión social el ilustrado Obispo de Orleans, Mons. Touchet, en su panegírico de Lacordaire dice: «Seamos de nuestro tiempo. Pero ¿qué pronósticos podremos formarnos respecto de su porvenir? Qué carácter presentará este siglo, que apenas cuenta dos años de existencia?... A menudo resulta temeraria la pretensión de predecir por conjeturas la suerte reservada al que acaba de nacer; no obstante ¿no podemos sospechar, sin alardear de profetas, que esta nueva centuria está llamada á presenciar *cambios sociales* de tal magnitud que sembrarán la estupefacción por donde quiera? Estoy plenamente persuadido de que este será su peculiar distintivo.
Las masas continúan su curso ascencional hácia la luz, el bienestar, la influencia política. No parecen estar dispuestas á detener su carrera: nada ni nadie tiene bastante poder para neutralizar sus ímpetus; sólo ellas poseen el secreto. Si impulsadas por sus instintos ó cediendo á acometidas innobles, llegasen hasta hacerse violentas é insoportables, entonces se habrían tendido á sí mismas un lazo, porque á los triunfos pasajeros, que con tal sistema obtuvieran, sucederían sinsabores y penas duraderas. Además, es bien sabido que los actos engendrados por la violencia é intolerancia. engendran á su vez, tarde ó temprano, una reacción que concluye por atrofiar el progreso adquirido con el gérmen de las evoluciones futuras.» Y termina diciendo que en presencia de este movimiento, no debemos ser, para ser de nuestro tiempo, *ni revolucionarios ni retrógados* Ahora bien ¿no es esto interpretar fielmente las direcciones de León XIII en su Encíclica sobre los obreros? No hay que ir ni por el camino del socialismo, que nos lleva á una revolución destructora, ni por los consejos de los pesimistas, porque sería retrogradar: hay que ir por el camino de la democracia cristiana. para salvar al pueblo, como aconseja el gran Papa, y que con esto ha demostrado que está á la altura de su siglo, que es un Papa de su tiempo, como debemos todos *ser de unestro tiempo,* para saberlo orientar.

Y ¿quién podrá reducir á guarismos sus Cartas tan admirables?

En ellas, ora vuelve sus ojos al Oriente y alienta la propagación de la fe; ora mira las regiones del Africa y las puebla de misioneros, ora recorre las vastas comarcas de la China y del Japón para confortar á los cristianos; ora brinda á la Inglaterra las ventajas de la unidad de la fe; ora salva á la Francia de guerras intestinas, prestando firmeza á su Gobierno; ora sostiene á sus conciudadanos de Italia para que no desmayen en los reveses de fortuna; ora convoca y reune por vez primera en Roma al Episcopado de la América Latina; ora con una confianza incontrastable en la verdad, promueve la filosofía cristiana, los estudios bíblicos y apologéticos y abre á los sabios los archivos del Vaticano y su preciosa Biblioteca.

***

Más aún; á todos los institutos religiosos les regala sus ternuras y los defiende en un documento inmortal de la persecución inicua de que son víctimas; eleva á los altares mártires, confesores y vírgenes; habla á todos los pueblos; llora y se alegra con ellos; estimula generoso la felíz empresa de abolir la esclavitud; estrecha la mano de todos los monarcas, que á su vez le rinden homenaje en las ocasiones solemnes de sus tres grandes jubileos; consagra sus desvelos á ver restablecida la unión en la ínclita nación española; por caminos inesperados conduce á la victoria á los católicos de Bélgica y Alemania; atrae hácia su sólio hasta á los Sultanes de Turquía, y al Shah de Persia; ampara á su patria deteniendo los avances del Rey victorioso de Abisinia; conforta en

sus heróicos sacrificios á los hijos de Armenia y del Transwaal, é intercede hasta alcanzar la libertad de los prisioneros filipinos.

Si horribles catástrofes visitan á los pueblos, suyas son las primeras limosnas en favor de los que sufren; si bala homicida derriba á sus verdugos, suyas son las primeras plegarias vertidas sobre esos restos ensangrentados. ¿A dónde no alcanza la actividad prodigiosa de este León invicto de Judá? El mismo que así resuelve los problemas más trascendentales del orden social y religioso, es el que encuentra tiempo para fundar colegios internacionales, abrir asilos, restaurar Basílicas, enriquecer museos; y cuando le rinde el trabajo, y á la hora en que el mundo entero duerme, toma el plectro y engalana con las gayas flores de su magestuosa poesía los insomnios de su prodigiosa ancianidad

*¡Lumen in cœlo!* es el glorioso distintivo de su pontificado; y en efecto, ha iluminado desde el Vaticano al mundo y á la Iglesia con su genio gigantesco y fecundo.

Sin embargo, por uno de esos fenómenos inexplicables, dice el insigne prelado, este gran bienhechor de la humanidad, este hombre extraordinario, que encarna la mayor grandeza moral de nuestro siglo, se halla despojado de sus dominios y de su libertad como soberano espiritual. Más de treinta años hace que se ha conducido el Pontificado al Calvario; pero Dios, que burla los planes de sus enemigos, ha querido que esta prueba temporal sirva para exaltar su grandeza. ¿No es verdad que, lejos de haberse disminuido la autoridad moral del Papa, parece que la persecución y las injusticias hubieran estrechado más los vínculos de la cristiandad con el Pastor Supremo? ¿Cuándo

había sido más popular el nombre del Pontífice, más afianzada su autoridad espiritual en la Iglesia universal y más caudalosa la corriente de peregrinos que van á visitar á ese augusto vencido, que en realidad es el vencedor del mundo y la pesadilla de sus propios carceleros?

Y ¿no se debe, en gran parte, este triunfo social del Pontificado á la persona misma de León XIII, cuya existencia prodigiosa es el tormento de sus enemigos y el consuelo de la Iglesia?

Las maravillas que la sabiduría y la diplomacia de León XIII ha realizado, vienen compensando con espontaneos homenages lo que el derecho de la fuerza le ha quitado. El Vicario de Jesucristo no es hoy de hecho el Rey de Roma; pero es el Rey del Cristianismo y el Jefe religioso mas sonado y venerado del mundo; no tiene ciudades, pero en cambio tiene dos mundos por corona; no cuenta con vasallos en sus dominios temporales, pero tiene tres cientos millones de católicos, que reconocen su cetro; no tiene tribunales para administrar justicia á los romanos, pero van los reyes á su prisión para hacerle árbitro de sus querellas; no tiene asiento en los Congresos de la Paz, pero el león de Iberia y el águila prusiana irán al Vaticano en busca de justicia, y el Viejo de la Montaña Santa los reconcilia y despide en paz.

No obstante, estos expléndidos triunfos alcanzados por el gran Papa, no satisfacen al corazón y al cariño de los fieles. Ya que Dios ha premiado á León XIII con tan provecta ancianidad, hagamos violencia al cielo con nuestras oraciones y plegarias para alcanzar su libertad. Imitemos á los cristianos de la Iglesia primitiva, que no cesaron de rogar al Señor hasta que el ángel tronchó las cadenas de San Pedro. Hé

aquí el mayor obsequio que podemos hacer al gran Pontífice con ocasión de su jubileo papal: junto con nuestros homenajes nuestras más fervientes plegarias, á fin de que el Señor abrevie los años de su inicuo cautiverio y restablezca en todo su esplendor benéfico al que es Principe de la Paz en el mundo, y el ángel tutelar de la libertad y grandeza de los pueblos.

La Iglesia uruguaya se ha asociado dignamente en la celebración de las solemnidades y festejos, que el orbe católico dirige en acción de gracias por la prolongada existencia de León XIII, y por su jubileo pontificio; pero también nos es grato recordar que los católicos uruguayos han tenido el honor inefable de ser representados ante el trono del Pontífice por una selecta peregrinación, recibida de la manera más afable y paternal por el amantísimo León XIII. Los peregrinos no olvidarán jamás el honor y el consuelo de esa audiencia; pero así hemos cumplido con un deber filial, llegando hasta el trono del gran Papa, para darle, en la representación de nuestros hermanos, el testimonio sincero de nuestro homenaje de adhesión, de amor y admiración.

Sépanlo los incrédulos; si hay apóstatas en el Uruguay, como los hay en todas partes, su inmensa mayoría permanece digna de la tradición de sus antepasados, de su honor y de sus glorias; pues sabe que *la Iglesia es la fuente de donde se deriva la civilización de los pueblos*, al decir del historiador Guizot.

Y hé aquí lo que debemos responder á los que nos proponen trocar, á título de civilización, la fé católica por la heregía protestante ó la apostasía jacobina: «sólo la Iglesia católica es la fuente de donde se deriva la civilización de los pueblos.»

# ÍNDICE

'os qu
~ la

